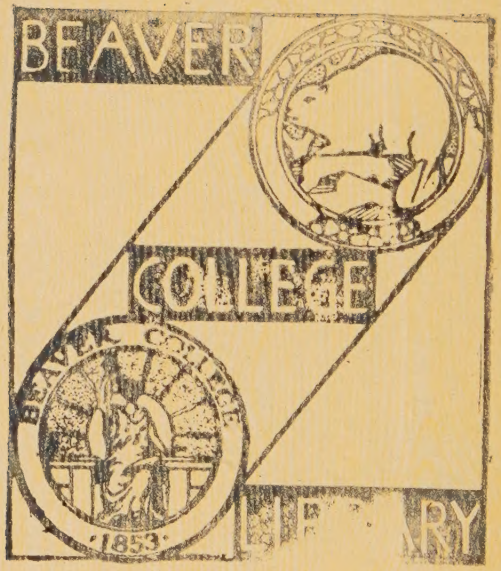

BEAVER
COLLEGE
BEAVER COLLEGE
1853

Digitized by the Internet Archive
in 2026

https://archive.org/details/teatro0000jaci_f7r4

B
V.10

JACINTO BENAVENTE

TEATRO

TOMO DÉCIMO

Richelieu.
La Princesa Bebé.
No fumadores.

TERCERA EDICIÓN

180

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUC. DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.
1920

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

860
B
V. 10

MADRID.—Imprenta de Perlado, Páez y C.ª, Quintana, 33.

RICHELIEU

DRAMA EN CINCO ACTOS Y NUEVE CUADROS,
ORIGINAL DE SIR BULWER LYTTON

Estrenado en Méjico el 15 de marzo de 1904.

TRADUCCIÓN

18581

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JULIA DE MORTEMAR ...	Sra. Ferri.
MARION DE LORME	» F. Comendador.
CARDENAL RICHELIEU...	Sr. Thuillier.
LUIS XIII.....	» Sárraga.
GASTÓN, duque de Orleans.	» Díaz.
BARADAS	» Parera.
CABALLERO DE MAUPRAT.....	» Montenegro.
EL SEÑOR DE BERINGHEN.....	» Pastor.
JOSÉ.....	» Rausell.
FRANCISCO.....	» Aguirre.
HUGO.....	» Torrent.
CORTESANO.....	» Barceló.
UN CAPITÁN DE ARQUEROS.....	
EL GOBERNADOR DE LA BASTILLA.....	» Marín.
UN CARCELERO.....	» Catalán.
SECRETARIO 1.º.....	
PAJE.....	

CORTESANOS, PAJES, CONSPIRADORES, OFICIALES Y SOLDADOS.

RICHELIEU

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Una sala en casa de Marion.

ESCENA I

En el centro de la escena una mesa servida con vino, frutas, etc., a la cual estarán sentados Baradas y cuatro cortesanos. En primer término, Gastón, duque de Orleans, sentado en un gran sillón. Marion de Lorme le ofrece una copa. A la otra mesa, el señor de Beringhen y el caballero de Mauprat juegan a los dados con otros cortesanos.

GASTÓN

(Bebiendo.) ¡Por nuestra empresa!

BARADAS

(Mirando de reojo a Marion.) ¡Cuidado, señor!...

GASTÓN

No, Conde. Nada temáis; me adora. En parte alguna más seguros que en casa de Marion.

BARADAS

Sin duda. Pero guardamos un secreto, y el agua y el

fuego, la mujer y el secreto fueron siempre enemigos declarados.

GASTÓN

Bien está. Marion, ve si se animan los jugadores.

BARADAS

En mi poder el convenio ultimado. Sólo falta nuestra firma. Tan pronto como le sea enviado al duque de Bouillon, y juntamente nuestro pacto con el Conde-Duque, el Richelieu del Escorial, el Duque unirá sus tropas con las españolas y marchará hacia París. El Rey será destronado; vos seréis nombrado Regente; vosotros y yo, señores, formaremos el nuevo Consejo. He aquí lo más importante de nuestro plan.

GASTÓN

Pero Richelieu es un Argos: vigilante siempre. Si sospecha de nosotros podemos despedirnos de la vida.

BARADAS

Por eso es preciso adormecer a nuestro Argos, y para siempre. Antes de enviar a Bouillon estos despachos, enviemos a Richelieu al cielo. A mi cargo queda. Mañana volveremos a vernos aquí. Vos, señor, más que nadie interesado, por vuestro honor y vuestras esperanzas, en esta empresa, buscad entretanto algún bribón redomado en quien pueda fiarse, capaz de hacer llegar a Bouillon nuestro convenio. Yo, por mi parte, entre los enemigos de Richelieu hallaré pronto alguno tan desesperado que se preste a servirnos, creyendo servir a su venganza.

GASTÓN

(Levantándose) Así será. ¡Hasta mañana! ¡Vamos, señores!... *(Salen el Duque y varios cortesanos.)*

ESCENA II

DICHOS, menos el DUQUE y varios CORTESANOS.

BERINGHEN

Doblo la puesta.

MAUPRAT

Aceptado.

BERINGHEN

Así me gusta. Aunque, en verdad, me apena sangrar así vuestro peculio ya *in extremis*.

MAUPRAT

Habéis asistido a su dolencia por tanto tiempo, que es muy justo le ayudéis a morir.

CORTESANO 1.º

Perdisteis.

OTRO

¡Pobre Mauprat!

BERINGHEN

El desquite...

MAUPRAT

(Levantándose.) No, es mi bancarrota. Todo lo he perdido, menos el honor y la espada.

BERINGHEN

El honor y las capas largas no están ya en uso. Hemos caído en que estorban el paso cuando se va de

prisa. La espada todavía sigue a la moda; el diablo la preserva.

CORTESANO 1.°

Y aun puede seros de algún provecho. Ofrecédsela al cardenal Richelieu. Cambia gustoso oro por hierro cuando se trata de un valiente como vos.

MAUPRAT

¡Richelieu!

BERINGHEN

(Bajo a Baradas.) Al oir su nombre muda el color. En sus momentos de mayor alegría, basta murmurar a su oído una palabra: Richelieu, y es como si le nublarais el sol de su vida.

BARADAS

Antes de ahora lo he advertido.

MAUPRAT

La reina de Egipto pulverizó su más rica perla para beberla en su copa. Así quisiera yo hacer con la vida y todos sus tesoros. Y apurarlos de una vez así. *(Bebiendo.)*

BERINGHEN

Vamos, señores, daremos un paseo. ¿No venís, Mauprat?

MAUPRAT

Perdonadme. Hemos de vernos antes de anochecer.

BARADAS

Yo me quedo también. Mi compañía sirve de consuelo a nuestro amigo. *(Salen Beringhen y los demás cortesanos.)*

ESCENA III

BARADAS y MAUPRAT

MAUPRAT

¿Consuelo?...

BARADAS

¡Habéis perdido y no estáis triste!

MAUPRAT

La vida y el dinero tienen alas, y han de volar por fin. Abramos la jaula y veamos alegremente cómo tienden el vuelo.

BARADAS

Sois un hombre enigmático. Osado en la guerra y, no obstante, desdeñoso con la gloria. Alegre en las acciones y triste en el reposo, extremos en que vuestro corazón muestra la fiebre de algún mal profundo. Confiad en mí. Juntos pasamos nuestra juventud, y en la misma tierra, bajo el mismo cielo en que parecía sonreír la estrella de nuestras esperanzas. Juntos forjamos mil aladas quimeras, y nuestra imaginación se elevaba a muy altos destinos. Después la suerte nos separó. A mí me trajo, como veis, a ser cortesano, conde, favorito del Rey... A vos, a ser espejo de los valientes caballeros de Francia. ¿No estáis satisfecho de vuestra suerte? No; confiad en mí... Guardáis un secreto.

MAUPRAT

Sí. Un secreto que me atormenta como si me hallara poseído de una legión infernal. Adondequiera que miren mis ojos, una tumba se abre ante ellos: la mía. Quiero confiar en vos... Odiado del Cardenal, engañado

por el duque de Orleans, ya sabéis que me uní a los rebeldes del Langüedoc, que caí prisionero y fuí encerrado en la Bastilla.

BARADAS

Pero lograsteis el perdón general que el duque de Orleans pudo conseguir para él y para cuantos obedecieron sus órdenes en la rebelión.

MAUPRAT

Advertid bien esas palabras: para cuantos obedecieron sus órdenes. Pero cuando me dirigía a unirme en el Langüedoc con las tropas del Duque, mozo imberbe yo, a mis órdenes otros jóvenes arrebatados y valerosos, asaltamos la ciudad de Faviaux, y sobre los estandartes reales ondearon bien pronto las banderas rebeldes. Cuando llegué al campamento del de Orleans, el Duque, temeroso siempre, reprendió mi conducta y, tened cuenta, el haber desobedecido sus órdenes. Por esta causa Richelieu borró mi nombre del perdón concedido a todos.

BARADAS

No obstante, salisteis de la Bastilla.

MAUPRAT

El Cardenal me llamó a su presencia y me habló de este modo: «Os habéis apoderado de una ciudad de Francia sin orden de vuestro jefe. Para vuestra traición sólo hay un castigo: la muerte.»

BARADAS

¡La muerte!

MAUPRAT

Pero añadió: «Vuestra juventud y vuestro linaje me inspiran compasión, y tampoco es mi deseo fatigar de-

masiado al verdugo. Unios a vuestro regimiento, que debe marchar a combatir contra los españoles. Trocad el cadalso del traidor por la tumba del soldado, y de este modo vuestra memoria quedará sin mancha. El Rey nunca sabrá vuestro crimen.»

BARADAS

¡Oh, compasiva bondad! ¡Oh, amable invitación!

MAUPRAT

Bien sabéis si combatí con arrojo. Perseguí a la muerte con afán de enamorado; pero como la ninfa Dafne entre los brazos de Apolo, convirtióse en laurel que no pude lograr.

BARADAS

¿Y el Cardenal?

MAUPRAT

Al revistar las tropas de vuelta de la guerra, sus ojos se clavaron en mí; frunció el ceño, y «¿Qué es esto? —me dijo—. Habéis escapado de la espada; tened cuidado con el hacha; puede sorprenderos algún día.» Pasó sin decir más. A poco fuimos llamados a París, y ya lo sabéis todo.

BARADAS

¿Y qué esperáis así, como pajarillo fascinado ante una serpiente, mientras vuestros mejores amigos consagran en su corazón votos fervorosos por la muerte del sombrío tirano? Despertad, sed de los nuestros; la ocasión es propicia. El Rey detesta al Cardenal, y sólo desea verse libre de un súbdito demasiado poderoso. Nada temáis. Unios a nuestros amigos y libertad a Francia y libertaos a vos mismo.

MAUPRAT

La vida de Richelieu está protegida por algún encanto sobrenatural. Cuantos osaron a él hallaron la muerte.

BARADAS

Y mientras él exista su sentencia pesará sobre vos.

MAUPRAT

Mejor víctima, Conde, que asesino. Francia necesita de un Richelieu; para nada necesita de un Mauprat. No hablemos más de esto. La vida es para mí una pesadilla, y mis propios pensamientos son sus espectros. ¿Qué hay para mí en la vida de halagüeño, sin gloria, sin amor?...

BARADAS

¿Sin amor?

MAUPRAT

Soy joven.

BARADAS

Y Julia hermosa.

MAUPRAT

Sí, amo, es verdad. Poseéis todos mis secretos, pero a nadie los reveléis. Lejos de mí la tristeza; mientras se vive, deshojemos alegremente las rosas de la vida.

ESCENA IV

DICHOS y HUGO

HUGO

Señor de Mauprat, seguidme de orden del Cardenal.

MAUPRAT

Ya lo veis, amigo mío; terminó la tregua: el tigre jugó bastante con su presa. ¡Adiós! Cuando alguien se acuerde de mí, responded: «Adrián de Mauprat vivió sin esperanza y murió sin miedo.» ¡Adiós! *(Salen Mauprat y Hugo.)*

BARADAS

(Solo.) ¡Adiós!... ¡Ojalá para siempre! Te había designado para ser el asesino de Richelieu... Mejor, ¡su víctima! ¡Te odio! De niño, eras más fuerte que yo; ¡te odiaba! De joven, más gentil; ¡te odiaba siempre!... Ahora eres mi rival. Cuando tus labios pronunciaban el nombre de Julia, yo sonreía, porque mi pensamiento anticipaba la muerte suspendida sobre tu cabeza. ¡Amor, ambición, estrellas gemelas de mi destino, favorecedme! Con el favor del Rey, Julia será mi esposa..., a despecho del señor Cardenal; con el favor del Rey, seré ministro de Francia..., a despecho del señor Cardenal. Y después..., después... El Rey ama a Julia... ¡Príncipe débil, pérfido tirano! Después, con el auxilio del duque de Bouillon y de España, el Rey será destronado..., todo a despecho del señor Cardenal.

CUADRO SEGUNDO

Un salón en el palacio del Cardenal. Trofeos de armas, banderas, etc.

ESCENA I

RICHELIEU y JOSÉ, fraile capuchino.

RICHELIEU

¿Y piensas que esta nueva conspiración es la trampa más hábil que nunca se preparó para cazar al zorro

viejo? ¡El zorro! Me place el apodo. ¿Qué dijo Plutarco del viejo Lisandro?

JOSÉ

No recuerdo.

RICHELIEU

«Cuando la piel del león es corta, debe añadirse con la del zorro.» Lisandro fué un gran hombre de Estado.

JOSÉ

El duque de Orleans figura a la cabeza de los traidores.

RICHELIEU

¡Gran cabeza!... ¡De palo! ¿Y además...?

JOSÉ

El favorito, conde de Baradas.

RICHELIEU

Mala hierba, que creció demasiado. Primer gentilhombre de cámara; poseedor de títulos, tierras; oráculo del Rey. Muchos años me costó a mí subir, como ese pintado camaleón subió en seis días... Pero soy yo quien sostiene la escala; si la suelto, la caída es segura. ¿Qué más?

JOSÉ

Una intriga para hacer de vuestra ahijada instrumento de vuestros enemigos. La colocasteis al lado de la Reina, como dama suya, para que vigilara a su alrededor...

RICHELIEU

Y esa necia criatura viene a verme todos los días; me colma de caricias, me llama padre, pide al Cielo por

mí, y... ¡tanto me valiera haber llevado una muñeca al lado de la Reina! De nada se entera, nada sabe: ni quién habla despechado, ni quién sonríe, ni qué enemigos antiguos se reconcilian y cuchichean en secreto, ni escuchó detrás de las puertas... ¡Mozuela insubstancial! ¡Y dice que me quiere!

JOSÉ

El Rey está enamorado de ella.

RICHELIEU

¡Enamorado! Tú sabes con cuántos desvelos arranqué cuidadosamente la hiedra del amor que intentara, insidiosa, prosperar a su sombra. ¿Y había de consentir que prospere la mía, bajo el árbol sagrado en que los más puros pensamientos, como alegres avecillas, cantan tan dulcemente, que los ángeles del cielo se recrean al oírlos? La Iglesia condena los impulsos de la carne, y nosotros, columnas de la Iglesia, debemos maldecir de ellos. El Rey es débil; cualquier mujer que él amara llegaría a dominarle. Esa mujer amaría a otro que, a su vez, dominaría a la dama, y de este modo, ¡quién sabe adónde nos conducirían! No; el Rey sólo debe tener un amante: el Estado, el Estado, que es Richelieu.

JOSÉ

¿Quién mejor? El Rey, por decoro, y pensando sin duda que sois demasiado celoso guardador de vuestra ahijada, intenta conseguir su propósito casándola con vuestro orgulloso enemigo el conde de Baradas.

RICHELIEU

Sé yo de otra esposa mejor para Baradas.

JOSÉ

¿Vos, señor?

RICHELIEU

Sí. Una fiel esposa, como no puede serlo mujer alguna. En su regazo puede descansarse tranquilo; en ella no hay tristeza posible ni engaño; nunca mancillará su tálamo.

JOSÉ

Si esa fiel esposa es la muerte, y su tálamo es la tumba, prefiero nuestro celibato.

ESCENA II

DICHOS y FRANCISCO, paje.

FRANCISCO

Mademoiselle de Mortemar...

RICHELIEU

Llega muy oportuna. Hacedle entrar. *(Sale Francisco.)* José, en mi oratorio hallarás unas disciplinas; esta mañana omití un Avemaría en mis oraciones; grave pecado. Mortifícate por mí, José. Soy débil, tú eres fuerte. Por caridad, toma sobre ti mis pecados.

JOSÉ

Lejos de mí la vanidad de substituiros en vuestros pecados y en vuestras penitencias. *(Aparte al salir.)* ¡Gracioso ofrecimiento! *(Sale.)*

ESCENA III

RICHELIEU y JULIA

RICHELIEU

¡Mi dulce Julia! ¡En tus ojos luce un alegre amanecer! Cuando vienes a verme, es la Aurora que viene a visitar a Tifón.

JULIA

¿Estáis contento? ¿Puedo llamaros padre?

RICHELIEU

Ahora y siempre.

JULIA

¡Padre! ¡Dulce palabra para el corazón de una huérfana!

RICHELIEU

Huérfana no, mientras Richelieu viva. Tu padre me quiso bien; fué mi amigo verdadero cuando yo aún no tenía aduladores. Ahora soy grande, es decir, no tengo un solo amigo. Tu padre murió muy joven por la edad, no por los servicios. Te confió a mi tutela, y será tal tu dote que podrás aspirar a unirte al más poderoso de los poderosos. ¡Lágrimas, suspiros!... ¿No eres feliz en la corte?

JULIA

No, no lo soy.

RICHELIEU

Eres joven, hermosa, todos te admiran. Su Majestad, ¿no ensalza tu belleza? ¿No te ruega a menudo que can-

tes, y afirma que la dulzura de tu canto aplacaría la cólera de Saúl?

JULIA

Nuestro amable Rey es muy enfadoso.

RICHELIEU

¡Enfadoso! ¿Qué dices? Los reyes no son nunca enfadosos más que a sus ministros. ¿Qué galanes caballeros son los preferidos entre las damas? ¿Gourdiac, Longueville o el favorito Baradas?

JULIA

Un hombre que jamás sonríe; me da miedo.

RICHELIEU

Aseguran que te galantea.

JULIA

Aun es más enfadoso que Su Majestad.

RICHELIEU

Sí, sí. Huye de ese hombre. Pero entre tantos caballeros, la flor de Francia, ¿no hay uno que merezca tu atención?

ESCENA IV

DICHOS y HUGO

HUGO

El caballero de Mauprat espera.

JULIA

¡De Mauprat!

RICHELIEU

¿También es enfadoso? *(A Hugo.)* ¡Al punto!

JULIA

¿Qué significa? ¿Le conocéis? ¿Sabéis acaso...?

RICHELIEU

Le conozco. ¿Y tú? ¿Habló contigo muchas veces?...

JULIA

No, casi nunca. Cinco o seis veces. Sí, cinco fueron. Rara vez parece por la corte.

RICHELIEU

Es un insolente y fanfarrón aventurero.

JULIA

No. Decid más bien modesto y afable y siempre triste, si no me engaño.

RICHELIEU

Tan bien crees conocerle, ¡y tan pronto! ¡Cuidado, niña! Pon más alto tus miradas. Alguna cuenta pudiera yo tener pendiente con ese caballero.

JULIA

¿Os enojáis conmigo? ¿Por qué causa?

RICHELIEU

¿No son odiosos para ti todos mis enemigos?

JULIA

Lo son, bien lo sabéis.

RICHELIEU

¿Y no odiáis a Mauprat?

JULIA

No; a Mauprat, no. A Adrián, no. No es vuestro enemigo.

RICHELIEU

A Adrián..., ¡así, con llaneza! Está bien. Retirate ahora. Aquí, no; en esta parte. Pronto seré contigo.

JULIA

Me miráis con enojo. No me atrevo a llamaros padre, y quiero hablaros, señor...

RICHELIEU

¡Basta, niña!

JULIA

No, sonreidme, sonreid como antes... Ahora ya soy dichosa. No tengáis a Mauprat por enemigo. No puede serlo, no lo será, yo os lo aseguro.

RICHELIEU

¿Que no tenga a Mauprat por enemigo? Tú lo quieres, sea. Queda borrado de la lista.

JULIA

Ahora sí, ahora puedo llamaros padre. *(Sale Julia.)*

ESCENA V

RICHELIEU, HUGO y después MAUPRAT

RICHELIEU

Hugo, ¿el caballero de Mauprat no hizo resistencia?

HUGO

Ninguna. Espera tranquilo.

RICHELIEU

Conducidle aquí. Ved si oculta algún arma, y vigilad cerca. Si intenta la menor violencia.. , ¿entiendes? Acércate. *(Examinando la espada de Hugo.)* Si, es buena espada. Le matas como a un perro.

HUGO

Descuidad. Ya sabéis que mis golpes son seguros. *(Sale Hugo y entra Mauprat.)*

RICHELIEU

Acercaos. ¿Cuánto tiempo ha que tuve el honor de recibiros aquí mismo? ¿Os acordáis? ¿Tres años, creo?

MAUPRAT

Sí, me acuerdo. Es un recuerdo...

RICHELIEU

Inolvidable por lo grato, ¿no es eso?

MAUPRAT

(Aparte.) ¿Aun quiere burlas conmigo?

RICHELIEU

Os concedí una gracia que no habéis sabido aprovechar. Vivís todavía.

MAUPRAT

Afronté la muerte cara a cara. A eso vengo.

RICHELIEU

Vuestras palabras son arrogantes.

MAUPRAT

Nunca las desmintieron mis hechos.

RICHELIEU

¡Vuestros hechos! ¡Ah, miserable vanidad humana! ¡Vuestros hechos! Ciudades saqueadas, campos asolados, hogares profanados, hombres pasados a cuchillo... En la hora de dar cuenta a Dios de vuestras acciones, no os mostraréis muy orgulloso de ellas. ¡Sangre y fuego, montones de cadáveres! ¡Mal puente para llegar al cielo!

MAUPRAT

¿La guerra es pecado? Vos arrojasteis el guante.

RICHELIEU

Es verdad. ¡Pero qué diferencia! Yo, que sé bien las causas que debían santificar vuestras armas, declaré la guerra para lograr la paz; Francia vertió su sangre; bien lo he llorado. Pero miré más alto, y vi a Francia próspera y gloriosa. Vos sólo fuisteis un arma de combate, nada veíais, nada podíais prever; inútil para todo, salvo para matar por vuestra paga. Acciones, sí; acciones: esa fué vuestra parte Pero ¿qué son las acciones sin una idea?

MAUPRAT

Si hubierais hablado así a vuestras tropas antes de enviarlas a la guerra, sospecho que hubierais tenido que marchar vos solo a combatir contra los enemigos de Francia.

RICHELIEU

Sois en extremo agudo, señor de Mauprat; pero he de haceros otros cargos, de que os será más difícil la disculpa. Sentenciado a una muerte cierta, ¿cómo habéis empleado el tiempo que os concedí para la meditación y la penitencia?

MAUPRAT

¿Queréis decir...?

RICHELIEU

¿No es clara la pregunta? ¿Qué sacerdote, qué iglesia frecuentasteis? ¿Qué cilicio atormentó vuestra carne? ¿Qué piadosos ejercicios fueron los vuestros? Lo que debisteis hacer y no hicisteis, pronto está dicho. Lo que hicisteis, en cambio, larga historia. Juego, pendencias, orgías. Así os preparabais santamente para el juicio eterno. ¿Os culpo sin razón, señor de Mauprat?

MAUPRAT

Nunca fué esa mi vida. Si cambió después, la culpa fué de quien cambió mi destino. ¡Vivir en plena juventud con el espectro de la muerte siempre delante, siempre amenazador, con más ansias de vida en cada instante, por si aquel instante era el último! ¿Qué hubierais hecho en mi lugar?

RICHELIEU

Acaso, como vos, hubiera sido un pendenciero, un rebelde; nunca un jugador de ventaja, nunca un ladrón.

MAUPRAT

¡Cardenal! ¡Desdecios de esas palabras! *(Aparece Hugo con la espada desenvainada.)*

RICHELIEU

¡Calma! ¡Calma, amigo! El caballero de Mauprat está tranquilo, puede esperar todavía. *(Hugo vuelve a ocultarse.)* Habéis derrochado vuestra hacienda: no os culpo por ello; quisisteis ser pobre: cada cual con su gusto. Pero sí os culpo de que, siendo pobre, hayáis vivido como si no lo fuerais. La trampa fué el crisol de vuestra piedra filosofal. Ostentosos vuestros vestidos, todo seda y lazos; sin par vuestros caballos; espléndidos vuestros banquetes. ¡Y viviais así del engaño, a costa del trabajo y de la industria y de mucha pobre gente, para la que no teniais otra paga que el responderles desabrido al reclamar su deuda: «Sois un impertinente»! Semejante habilidad, caballero, perdonad mis palabras, cuando se ejecuta sin esa graciosa delicadeza que los nobles ponéis en todo, se llama claramente robar. Sí, caballero de Mauprat. ¿Y no os avergüenza por vuestra condición, por vuestro linaje? Es preciso que paguéis vuestras deudas.

MAUPRAT

No deseo otra cosa, señor; pero, ¿quién me prestará el dinero para pagarlas?

RICHELIEU

¡Gastáis buen humor! *(Aparte.)* Creo haber encontrado el hombre que necesito. Agudo, franco, atrevido... *(Alto.)* Escuchad: todos me juzgan cruel, ¿no es eso? No lo soy: soy justiciero. Hallé una Francia destrozada, un déspota tirano en cada poderoso, un bandido en cada pobre. La indisciplina en la milicia, el

cisma en la Iglesia, la rebelión en todas partes. Y leyes caducas, enmohecidas como vieja espada. Yo rehice a Francia. De las cenizas del carcomido feudalismo surgió, con alas luminosas, como ave fénix, una Francia nueva, feliz y poderosa... ¿Cuáles fueron mis artes? Genio, dicen los unos; fortuna, dicen los otros. Alguien murmurará: brujería. No; todo mi arte fué uno solo: justicia. Los bandidos y los traidores la llaman crueldad. Confundidlos, sed mi paladín. Llegasteis a mí como enemigo; volved siendo mi amigo. No moriréis. Francia os necesita. Tendréis riqueza, honores; seréis grande. Sólo os pido en cambio esta vuestra mano, que entregaré a una esposa cuyo dote puede parangonarse con su hermosura.

MAUPRAT

¡Esposa!... Monseñor, yo no pretendo casarme.

RICHELIEU

Pensadlo bien; peor es la muerte.

MAUPRAT

No lo sé. El hombre más cobarde puede afrontar la muerte con serenidad; pero ante el matrimonio, ¿quién no tiembla?

RICHELIEU

Me engañas. Sé que osaste enamorar a mi ahijada.

MAUPRAT

¡Cómo puede amar al sol el arroyo que corre! Al correr refleja sus destellos un momento en su corriente trémula, y sigue su curso.

RICHELIEU

¿Le hablaste de tu amor?

MAUPRAT

No a ella, a cualquier mujer de más baja condición que me hubiese amado, nunca la hubiera revelado mi amor. Fuera un crimen pretender unir una vida toda juventud y esperanzas, a la mía, amenazada de muerte afrentosa.

RICHELIEU

Creo en tu palabra, y si así es, si nada sabe de tu amor, renuncia a ella; acepta de otra mano la vida y la fortuna... ¿Callas?

MAUPRAT

Vuestro destino fué glorioso; mal podéis saber cuánto vale para un corazón desesperado un amor, aun sin esperanza. En silencio, dentro de mi alma, como en un santuario, vivirá siempre este amor para mí solo. Por todo el oro del mundo, por la vida, por cuanto podáis ofrecerme, no haré traición a este amor mío; a ese precio no acepto vuestra gracia; cúmplase mi destino.

RICHELIEU

¡Hugo! *(Entra Hugo.)* Conducid a vuestro prisionero; seréis su ejecutor. *(Escribiendo y dándole después un pliego.)* Vuestra sentencia se cumplirá en secreto. El Cielo se apiade de vuestra alma.

MAUPRAT

Cuando haya muerto, decidle cuánto la amé.

RICHELIEU

Dejad esas locuras. Id *(Salen Hugo y Mauprat.)*

ESCENA VI

RICHELIEU y JOSÉ

RICHELIEU

José, pronto, avisa a un notario. Ordena a mis gentes que dispongan mi casa de Luxemburgo, que desde ahora deja de ser mía. Es el regalo de boda a mi ahijada, que debe casarse mañana.

JOSÉ

¡Casarse! ¿Con quién?

RICHELIEU

Con el señor de Mauprat.

JOSÉ

¡Esposo sin dinero!

RICHELIEU

¡Bah! Para una mujer hermosa, un hombre y no un saco de escudos debe buscarse. Cuando su padre, mi fiel amigo, yacía en su lecho de muerte, le juré ser otro padre para su hija, y murió sonriendo. Y ahora, cuando perdoné la vida al que ella ama, me pareció verle sonreír de nuevo. Además, es el hombre que necesito en la corte para suplantar al favorito, frustrar los designios del Rey y desbaratar sus planes. Le puse a prueba. Es honrado, es valiente, cualidades que elevan el alma del hombre con vuelo de águila poderosa, capaz de afrontar los rayos del sol, que derriten las prestadas alas de cera de tantos Ícaros. Y es muy inteligente. Cuando se representó mi tragedia ante un concurso de ignorantes,

incapaces de comprenderla, observé cómo aplaudía en los más hermosos pasajes. Créeme, José: es un hombre de mérito.

JOSÉ

Era enemigo vuestro.

RICHELIEU

¿Y no tengo ya bastantes enemigos? De mayor provecho me será trocar a algunos en amigos. Ya sabes mi gran máxima: primero cuanto se pueda para conciliar.

JOSÉ

¿Y si no es posible?

RICHELIEU

Cuanto se pueda para destruir. Y así, al abrir y al cerrar de esta mano, de esta mano tan pequeña, estrujaré todo el veneno de esos mezquinos cortesanos. Así, así aplastaré a Baradas.

JOSÉ

¿Y cómo impedirles la conjuración?

RICHELIEU

¿Impedir? Dejemos que prospere, que florezca, que madure. Cojamos el fruto en sazón, fruto de muerte, ceniza por dentro, ceniza que yo sabré dispersar a los cuatro vientos. Corre, José, haz cuanto te dije. A tu vuelta te obsequiaré con algo de tu gusto, escucharás el nuevo acto de mi nueva tragedia. Creo haber escrito una hermosa obra. Tú juzgarás, tú entiendes de poesía, también escribes versos. No están mal tus versos; hay buen gusto, discernimiento. Mueren las leyes; la poesía es inmortal. Como ministro no tengo vanidad alguna, pero como poeta... Escucha, escucha estos versos.

JOSÉ

Señor, el contrato de boda, el notario...

RICHELIEU

Sí, tienes razón. Habrá que esperar. Por ti lo siento. Hermosos versos. *(Sale José.)*

ESCENA VII

RICHELIEU, JULIA y MAUPRAT

MAUPRAT

Decid, señor, ¿qué es esto? No quiero pensar que es un sueño, y menos una burla cruel.

RICHELIEU

¿Vives todavía?...

MAUPRAT

No lo sé. Pienso que he muerto y estoy en el cielo.

RICHELIEU

¡Linda pareja!... ¡Oh, estoy contento!

JULIA

Seremos vuestros hijos.

RICHELIEU

Sí, mis hijos. Levantad, hijos míos, los dos. En vuestra juventud y en vuestro amor renace mi juventud y cuanto en ella amé. Sí, yo también amé. Pronto os bendecirá un sacerdote, y el sol de mañana alumbrará vuestra felicidad.

JULIA

¡Padre mío! Por siempre borraré de mi corazón el nombre de huérfana.

RICHELIEU

¿Qué decís, señor de Mauprat? ¿No tiembla el más valiente ante el matrimonio?

MAUPRAT

¡Ah, señor!...

RICHELIEU

Os esperan. *(Salen Julia y Mauprat.)*

ESCENA VIII

RICHELIEU

¡Oh poder sobrehumano, semejante al de Dios! Alegría, tristeza, miseria, riqueza, en manos de un viejo enfermo, que puede dispensarlas a su antojo, como la suerte de un gran reino, todo a mi voluntad. ¿Y han de estorbarme, como insectos que zumban al sol, esos lacayos asalariados, pigmeos famélicos, para quienes el gobierno de una provincia sería carga más pesada que la del mundo sobre los hombros de Atlas? ¡Y pretenden echar suerte sobre mis vestiduras!... ¡Francia! ¡Tú eres mi amante, mi esposa, el único amor de mi vida!... ¿Quién se atreverá a separarnos? ¿Quién? Unida a mí por siempre, el mundo entero no puede separarte de mi corazón. *(Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Un espléndido salón en casa de Mauprat.

ESCENA I

BARADAS y después MAUPRAT

BARADAS

He aquí la nueva morada de Mauprat, demasiado lujosa para un soldado. Pero mientras yo paseo por sus salones, contemplo mi sombra que se extiende sobre el pavimento, que se alza gigantesca por los muros, como las torres de la Bastilla, obscureciendo la luz del cielo en un hermoso día... Escapaste de las garras de Richelieu; ¿pero estás más seguro del verdugo? He revelado al Rey tu secreto. Tu matrimonio te hace ser su enemigo. Antes de que luzca tu luna de miel, me parece que veo tu espectro decapitado. Mientras, aunque celebraste tus desposorios, no puedes llamarte esposo todavía. *(Entra Mauprat lujosamente vestido.)*

MAUPRAT

¿A quién le sucedió nunca lo que a mí? ¡En un día feliz y desdichado!

BARADAS

¿Qué triste cara es esa en el día de vuestra boda? Alegraos, Mauprat.

MAUPRAT

¡Alegrarme!

BARADAS

¿Tan pronto os fastidia vuestra mujer? ¡Paciencia! Más tarde o más temprano, es la suerte de todos los maridos.

MAUPRAT

¡Ojalá fuera menos digna de ser amada! ¡Ojalá la amase yo menos!

BARADAS

¿De nuevo enigmático?

MAUPRAT

Ya sabéis cuanto me ha ocurrido con el Cardenal.

BARADAS

Recibí vuestra carta esta mañana, y, podéis creerlo, a un tiempo he llorado y he reído de alegría, por vuestra alegría.

MAUPRAT

Nos desposamos anoche. Apenas terminada la ceremonia, nos trasladamos aquí, y apenas habíamos llegado...

BARADAS

¿Qué?

MAUPRAT

El señor de Beringhen, portador de esta carta.

BARADAS

De puño y letra del Rey. El sello real.

MAUPRAT

Leed, leed.

BARADAS

(Leyendo.) «Por cuanto Adrián de Mauprat, coronel y caballero de nuestras tropas, es culpable de alta traición por haberse apoderado de la ciudad de Faviaux, y además, sin nuestra licencia ni consentimiento, ha contraído matrimonio con Julia de Mortemar, noble huérfana al servicio de Su Majestad, proclamamos y declaramos dicho matrimonio contrario a ley y bajo pena de muerte. Adrián de Mauprat no podrá comunicarse con la dama Julia de Mortemar de palabra ni por escrito, sino en presencia de nuestro leal servidor el señor de Beringhen, siempre con el respeto y decoro debidos a una dama de nuestra corte, sin perjuicio de proceder a la anulación del matrimonio, de acuerdo con nuestra Santa Iglesia Católica, y al castigo del señor de Mauprat, quien deberá, por propia conveniencia y seguridad, no revelar a nadie cuanto aquí se le comunica, y muy especialmente a Mlle. de Mortemar. De nuestra mano y con nuestro sello en el Louvre.—*Luis.*» *(Hablando.)* ¡Me sorprende en extremo! ¿No os dijo Richelieu que el Rey nada sabía de nuestra sentencia?

MAUPRAT

Así lo aseguró.

BARADAS

¡Infeliz Mauprat! ¿Conocéis ya al reptil? ¿Comprendéis la venganza, más cruel que la muerte, de que sois víctima?

MAUPRAT

¿Qué?

BARADAS

¿Nada habéis dicho al Cardenal?

MAUPRAT

¡Si aún no puedo darme cuenta de lo que me sucede! Correré a su presencia...

BARADAS

¡No hagáis tal! Deteneos. Esperad hasta que yo vuelva, y podré deciros algo.

MAUPRAT

¡Hablad, os lo suplico!

BARADAS

¡Chist! Vuestra esposa, el señor de Beringhen. Prudencia. Obedeced cuanto os ordena el Rey en su carta; yo vigilaré en tanto vuestro palacio. ¡Una morada suntuosa!

MAUPRAT

¡No me dejéis!

BARADAS

(Viendo aparecer a Julia y al señor de Beringhen.) A un recién casado le son enojosas las visitas. ¡Señora, soy vuestro criado! ¡Consorcio feliz, cuadro encantador! ¡Hasta la vista! *(Sale.)*

ESCENA II

MAUPRAT, JULIA y el SEÑOR DE BERINGHEN

JULIA

¡Adrián! ¿Por qué me dejaste de repente? ¿Estás enfermo?

MAUPRAT

No estoy bien.... Sí, estoy enfermo...

JULIA

¿Qué tienes?

MAUPRAT

¡Nada; estando tú a mi lado, nada!

JULIA

(Aparte.) ¡Si es que no me ama!

BERINGHEN

(Bajo a Mauprat.) ¡Tened cuidado!... Todas vuestras palabras, todas vuestras acciones debo comunicárselas a Su Majestad.

MAUPRAT

Si no estuvierais aquí cumpliendo sus órdenes...

BERINGHEN

¡Pero como no hago más que cumplirlas!....

MAUPRAT

¡Por dicha vuestra! Os aconsejo, sin embargo, que no os acerquéis demasiado a las ventanas.

JULIA

(A Mauprat.) ¿Qué te ocurre? ¿Qué debo pensar, si

desde ayer a hoy no eres el mismo? Ayer me jurabas amor.

MAUPRAT

¡Y siempre..., siempre! ¡Pero déjame ahora; déjame, te lo ruego!

JULIA

Pero no así; no sin decirme...

MAUPRAT

Decirte... ¿Qué? ¿Que el día está hermoso, sin una nube en el cielo? ¡Un hermoso día!

JULIA

¿Te burlas de mí? ¡Oh, no me enoja; todo parece bien en quien se ama! ¿Es que te parezco ya triste y quieres burlarte de mí? Búrlate, ríe; tu risa será la música más grata a mis oídos; pero di que me amas, que me amas siempre...

MAUPRAT

¡Con toda mi alma! *(Besándola una mano y separándose en seguida de ella. Bajo al señor de Beringhen.)* Corred, decídselo a Su Majestad, si es delito de Estado que un marido bese la mano a su esposa.

JULIA

¿Por qué te separas de mí al decir que me amas, y te muestras temeroso, como si hubieras cometido algún crimen? Siéntate a mi lado, sé más galán esposo... ¿Qué espera el señor de Beringhen? ¿Piensa importunarnos todo el día con su presencia? Despídele con cualquier pretexto.

MAUPRAT

Si pudiera... Ruégale tú que busque tus guantes o tu abanico, que dejaste olvidados...

JULIA

Señor de Beringhen... Olvidé mis guantes en el jardín, frente a la fuente, en la galería, cerca de la estatua de Cupido... Si fuerais tan galante...

BERINGHEN

¿Que enviara a buscarlos? Al momento. ¡Hola! ¡Andrés, Pedro! ¿Cómo diablos se llaman vuestros criados? ¡Hola! ¡Cualquiera! *(Entra un criado.)* Vuestra señora ha olvidado sus guantes en el jardín, cerca de la fuente o en la galería, junto a la estatua de Cupido... No recuerda dónde. Buscadlos. *(Sale el criado.)*

MAUPRAT

¡Vióse mayor impertinencia! Julia mía, he de despachar mil asuntos que me preocupan... Cartas, amigos.. Déjame, te lo ruego...

JULIA

¡Adrián!

MAUPRAT

Te lo mando.

JULIA

¡Adrián! ¡Esposo mío! *(Sale llorando.)*

ESCENA III

MAUPRAT y BERINGHEN

BERINGHEN

Os felicito.

MAUPRAT

Ya lo veis. Llora. Mis derechos de esposo, mi vida,

mi honor, nada me importa; pero su llanto sí, ¿lo entendéis? ¿Hasta cuándo creéis que puede durar esto?

BERINGHEN

Hasta cuando gustéis. Tan pronto como infrinjáis las órdenes de Su Majestad, debo entregaros al gobernador de la Bastilla. Agradeced que, pudiendo haberlo hecho ya, como mi natural es débil y bondadoso, sé compadecer a mis amigos en la desgracia.

MAUPRAT

Ya sé que el Rey puede enviarme al cadalso. No me asusta, estoy acostumbrado a esperarlo. Pero si mañana, de un modo o de otro, la Iglesia y el Consejo no han resuelto esta situación...

BERINGHEN

¿Qué haréis?

MAUPRAT

Arrojaros de mi casa, hablar en ella como me plazca, con quien me plazca, ¿lo entendéis?, si es que Su Majestad no envía para impedirlo alguien más fuerte que vos, odioso esbirro del infierno.

BERINGHEN

¡Calma, calma! Reflexionad friamente. Ya que se ha ausentado vuestra esposa, me permitiréis que tome algún refrigerio. ¡Calma, señor; calma! ¿Hacia dónde están vuestras provisiones? No os molestéis en acompañarme; yo daré con ellas: estoy en mi casa. *(Sale.)*

ESCENA IV

MAUPRAT y BARADAS

MAUPRAT

¡Conde! Me hablasteis de una traición, de una venganza más cruel que la muerte. Decidme...

BARADAS

¿Aún no lo habéis entendido? Dos únicas pasiones alientan en el alma de Richelieu.

MAUPRAT

¡Richelieu!

BARADAS

La ambición y la venganza. En vos ha satisfecho las dos. Julia, su ahijada, inocente, dócil, sumisa a su voluntad, la llevó a la corte preveyendo lo sucedido. El Rey ama a Julia.

MAUPRAT

¡Dios piadoso! ¡El Rey!...

BARADAS

Tales amorcillos prestan sus alas a Richelieu; pero el decoro de la corte exige que Cupido se cubra con el velo de Himeneo. Un matrimonio de nombre. Richelieu miró en torno, os halló su enemigo y sirvió a su ambición encumbrando a su ahijada; a su venganza deshonrando vuestro nombre.

MAUPRAT

¡Probadme que no mentís!

BARADAS

¡Pruebas, pruebas! ¿No las tenéis bien claras? La carta del Rey, el haberos exceptuado del perdón general, el haber descubierto Su Majestad un secreto que sólo Richelieu y yo conocíamos. Y no juzgaréis traidor a vuestro antiguo amigo, por disculpar a vuestro enemigo de siempre. No lo dudéis. Sólo Richelieu pudo revelar al Rey, enamorado de Julia, un secreto que vende vuestra vida para comprar vuestro honor.

MAUPRAT

Sí, lo veo. Mentira su perdón, mentira su bondad. Por eso tal precipitación en la boda. ¡Oh, malvado, que asesina sonriente!

BARADAS

¿Y dejaréis que triunfe su maldad? Nuestro plan es seguro. Orleans es nuestro jefe. Esta noche debemos alistarnos. Uníos a nosotros, y el triunfo es nuestro.

MAUPRAT

¡Esta noche! ¡Mi noche de bodas! ¡Venganza!

BARADAS

Todas las mañanas, muy temprano, acostumbra Richelieu en su capilla, con hipócrita devoción, distribuir limosnas entre los frailes mendicantes. En ese momento algunos de los nuestros, vos podéis ser de ellos, deben apoderarse de su persona.

MAUPRAT

¿Y el Rey? ¿Y Julia?

BARADAS

El Rey, enfermo de cuerpo, débil de espíritu, es el juguete de cualquiera que sea su ministro. Muerto Ri-

chelieu, yo seré su sucesor, y Luis XIII se olvidará muy pronto de su pasión y de vuestro crimen. ¿Qué decís?

MAUPRAT

No lo sé, ni aun puedo escucharos. Dejadme pensar. Sí, iré a buscaros. Pero ahora este aire que respiro está inficionado; no quiero oír nada, no quiero ver a nadie. *(Vase.)*

BARADAS

(Solo.) Aunque huyas de mí, ya eres mio. Persigue tu venganza, que será tu ruina y mi triunfo.

ESCENA V

BARADAS y BERINGHEN con la boca llena y una servilleta en la mano.

BERINGHEN

En verdad, caballero, que vuestro cocinero es maravilloso. ¡Cómo! ¿No está aquí mi huésped? Un cargo muy peligroso el mío, Conde; el señor de Mauprat es iracundo: insulta, amenaza.

BARADAS

No tardaréis en ser relevado. El Rey ha resuelto que la dama vuelva de nuevo a Palacio.

BERINGHEN

¡Pobre Mauprat! Pero a vos, que amáis también a la dama, ¿no os importa que el Rey la pretenda?

BARADAS

La dama es virtuosa y el Rey tímido. Antes de que pueda conseguir sus pretensiones será destronado; la

dama quedará viuda, y yo seré el Richelieu del regente Orleans. El mismo Rey conspira a medias contra el Cardenal. He hablado al hombre que necesitamos, el que le dará muerte a Richelieu.

BERINGHEN

¿Y quién es ese hombre? Espero que no seré yo. No es que me acobarde, pero...

BARADAS

¡Quién puede ser sino Mauprat! Esta noche nos reuniremos en casa de Marion. Allí firmaremos todos; vos seréis portador de estos despachos al duque de Bouillon... Sois de los nuestros, del Consejo futuro.

BERINGHEN

Pero dar entrada en Francia a las tropas españolas, en el propio corazón de Francia, destronar al Rey..., grave traición me parece. Presiento al verdugo...

BARADAS

Os dispensamos nuestra confianza; conocéis nuestros secretos; demasiado tarde para retroceder. Esta noche quedará decidido el modo de dar muerte a Richelieu. De estos despachos nada debe saber Mauprat; él sólo desea venganza; acaso retrocedería ante la traición.

BERINGHEN

Iré esta noche a reunirme con vosotros si el Rey me releva de este cargo. *(Aparte.)* No haré tal; soy perro viejo para andar entre lobos. *(Alto.)* Mientras discutimos, en el comedor nos espera un delicado pastel de liebre.

BARADAS

Un hombre preocupado con altas ambiciones no debe perder tiempo con un pastel.

BERINGHEN

Un hombre preocupado con un pastel no debe perder el tiempo con esas ambiciones.

ESCENA VI

DICHOS, JULIA y CORTESANO

JULIA

¡Qué!, ¿tenéis orden de conducirme al Louvre? ¿Hoy mismo, ahora mismo decís?

CORTESANO

Señora, la carroza real os espera a la puerta. *(A Beringhen.)* Vos debéis también acompañarnos.

JULIA

¿Qué significa esto? ¿Dónde está mi esposo?

BARADAS

Salió y no debe regresar hasta el anochecer; así me rogó que os lo dijera... ¡Ah, si en su lugar fuera yo el dueño de tal tesoro!

JULIA

Es extraño; mi corazón presiente algo horrible.

CORTESANO

Señora, las órdenes de Su Majestad no admiten dilación.

JULIA

(A Baradas.) Vos le diréis a mi esposo lo que ocurre.

BARADAS

Descuidad. Dichoso si en algo puedo serviros.

CORTESANO

(A Beringhen.) ¡Vamos, señor! *(Salen Julia, Beringhen y el Cortesano.)*

ESCENA VII

BARADAS y después MAUPRAT

BARADAS

Con esto aumentará el furor de Mauprat. Es hecho: Mauprat da muerte a Richelieu; el duque de Bouillon avanza sobre París, y entre los disturbios de Francia... lograré... ¿Quién sabe? Acaso una corona; todo a despecho del señor Cardenal. *(Entra Mauprat.)*

MAUPRAT

Decidme si es posible lo que he visto... La carroza del Rey... y Julia en ella... No, no es verdad... Son fantasmas de mi imaginación.

BARADAS

Es verdad, obra de Richelieu; como suya, hábil y pronta.

MAUPRAT

Iré a Palacio.

BARADAS

Perded toda esperanza. Si vais al Louvre..., es el camino más corto para la Bastilla.

MAUPRAT

¡El Rey!

BARADAS

No es más que blanda cera en que Richelieu imprime el sello de su omnipotencia. Romped el sello...

MAUPRAT

Sí, ¡venganza, venganza de muerte!... ¡Morirá Richelieu! Cuando destrozan nuestro honor a traición, cuando las leyes no pueden defendernos..., la venganza debe arrancar la espada de la Justicia y herir, castigar...

BARADAS

Bien dicho. Hasta la noche. En casa de Marion. No faltéis; allí os diremos...

MAUPRAT

Nada me digáis, nada quiero saber de vuestros planes. Yo solo me basto para la venganza. Con voz de infierno ruge en mi corazón. ¡Ay del que ha desatado el infierno en mi alma!...

CUADRO CUARTO

La misma decoración del cuadro segundo.

ESCENA I

RICHELIEU, JOSÉ y FRANCISCO escribiendo.

JOSÉ.

Sí, al hacer Hugo su acostumbrada ronda, disfrazado de sencillo burgués, oyó a esos rufianes murmurar vuestro nombre. Escuchó más atento, y uno dijo: «Sor-

prendemos al Cardenal en su mismo palacio mañana.» «¿Cómo?», preguntó otro. «Esta noche sabréis nuestro plan. El duque de Orleans y el conde de Baradas le han trazado. Debemos de reunirnos en casa de Marion.»

RICHELIEU

Son míos, son míos.

JOSÉ

Eso mismo dicen ellos de vos. Creedme. La conspiración es más poderosa de lo que pensáis. Para vencerla debéis emplear medios más poderosos todavía.

RICHELIEU

¡Bah! En política nunca se vencen los grandes peligros con grandes recursos, sino con pequeños. La estatua de mi fortuna, esculpida a cincel, no puede ser destruida a martillazos. Si yo fuera más joven, por el corazón de guerrero que late bajo esta vestidura sacerdotal, te aseguro que daría buena cuenta de esos traidores, como cuando en guerra franca combatí por mar y por tierra. Alcánzame aquella espada, Francisco, no ese juguete, bueno para guerreros de tapiz. Aquel otro pujante mandoble, como Carlos Martel lo blandiera cuando arrojó al sarraceno de Francia. Con este mismo, en La Rochela, contra los ingleses, rudos y fuertes como mastines, no estos muñecos de la corte, frente a frente con uno de los más fuertes, levanté así el arma y hendí su casco y su cabeza de un solo golpe. *(Deja caer el arma.)* Entonces esta arma era en mis manos un juguete, una pluma... Ahora, ya lo veis, un niño puede vencer a Richelieu.

FRANCISCO

Pero ahora disponéis de otras armas prontas a serviros.

RICHELIEU

(Cogiéndole la pluma.) Sí, ésta. En mis manos, más poderosa que la espada... Un talismán que puede trastornar al mundo entero. Recoge esa espada. Los Estados pueden salvarse sin ella. Es la hora. Retírate. *(Sale Francisco.)*

ESCENA II

RICHELIEU y JOSÉ, y MARION DE LORME, que entra por una puerta secreta.

JOSÉ

¡Marion de Lorme!

RICHELIEU

¡Silencio! Vigila, mi fiel Marion...

MARION

Dueño y señor, esta noche se reunen en mi casa. El duque de Orleans es su jefe.

RICHELIEU

Lo sé.

MARION

Su Alteza me preguntó con interés si yo sabía de alguien, valiente y astuto, capaz de guardar un secreto y pronto a servirle por dos únicos motivos: el amor al dinero y el odio a Richelieu.

RICHELIEU

¿Y tú?

MARION

Respondí que en un hermano mío. Nadie mejor. Que

de su fidelidad respondía la mía. El Duque entonces me indicó que esta misma noche debía estar pronto a partir para Italia.

RICHELIEU

¡Ah! ¿También Bouillon es de los traidores? ¿A qué parte de Italia, si te lo dijo?...

MARION

A la frontera del Piamonte, donde el duque de Bouillon está acampado.

RICHELIEU

El peligro es grande. Si se une a los españoles y el Rey no atiende mi consejo..., y no lo atenderá sin una prueba, una prueba de la traición..., Francia está perdida. ¿Qué más?

MARION

Maquinaciones para apoderarse de vuestra persona en vuestro mismo palacio. Nada sé de cierto, porque el Duque hablaba de esto con temor, con voz ahogada.

RICHELIEU

Lo creo. ¿Y quién es ese hermano tuyo que recomendaste al Duque?

MARION

Señor, el que vuestra eminencia designe. Sois un padre para mí, bien podéis darme un hermano.

RICHELIEU

(Acariciándola.) ¡Graciosa criatura! Al mirarte me alegro de ser viejo. ¿Estás segura de que no faltarán a la cita? ¿La hora?

MARION

Media noche.

RICHELIEU

¿Y entregarán los despachos del Duque a quien yo envíe?

MARION

Descuidad.

RICHELIEU

¿Y a quién? Hugo, no. Le necesito cerca. José es de confianza, pero demasiado conocido de todos. Mauprat, en el día de su boda... Francisco..., sí, ése es mi hombre: desconocido, joven, ambicioso... ¡Francisco!

ESCENA III

Dichos y FRANCISCO

FRANCISCO

¿Qué mandáis?

RICHELIEU

Sigue a esta dama. Tú cuidarás de vestirle como es debido, Marion. Toma mi mejor caballo, mis mejores armas. Deben entregarte unos despachos, no importa para quién. Tan pronto como estén en tus manos guárdalos bien, como tu propia vida, como tu alma, que la muerte sólo puede separar de tu cuerpo, y a carrera tendida, sin tomar aliento, de nuevo a mi presencia. Aguarda. Me hallarás a pocas leguas de aquí, en mi castillo de La Ruelle, y alégrate, porque, oye bien: si esos despachos llegan a mis manos, no tendrá dones la fortuna que no caigan sobre ti.

FRANCISCO

¿Y si fuera imposible?

RICHELIEU

¡Imposible! ¡Imposible! Para el corazón de un joven a quien el Cielo reserva una vida gloriosa no existe esa palabra. Marion, tú le dirás cuanto sea preciso. *(A Francisco.)* Sigue sus pasos, pero a distancia, sin hablar palabra hasta que lleguéis a su casa. Adiós, y no vuelvas a decir imposible. No hay imposible.

FRANCISCO

No le habrá.

RICHELIEU

Serás mi héroe. *(Salen Francisco y Marion.)*

ESCENA IV

RICHELIEU, JOSÉ y después HUGO

RICHELIEU

Apoderarse de mí, en mi palacio, ¿cómo puede ser? ¿Quién sabe? Ya tardo en salir de aquí. Un solo traidor puede vencer la fidelidad de muchos leales. José, ¿puedo fiarme de Hugo? Piénsalo bien; hicimos ahorcar a su padre...

JOSÉ

Pero tenéis bien pagado al hijo; le habéis colmado de favores.

RICHELIEU

Eso no es nada. Favores recibidos nada valen. En momentos de expansión contigo, ¿no te ha hablado de

los favores que espera recibir? *(Hugo aparece en una puerta sin ser visto de Richelieu.)*

JOSÉ

El grado de coronel y una ejecutoria de nobleza.

RICHELIEU

¿Todo eso desea el bueno de Hugo?

HUGO

(Aparte.) Oigo mi nombre. *(Se oculta.)*

RICHELIEU

¡Coronel y noble... con tan pocas luces! No puede ser, pero se le prometerá. Le diremos que el Rey se opone. Los reyes sirven a veces de algo a los ministros. Y Hugo saldrá ganando. Los moralistas aseguran que la esperanza es más dulce que la posesión. Los favores esperados, querido José, avivan el celo y la lealtad, y al más desmedrado gozquecillo le convierten en un cancerbero. Bien dices. Esta conjuración se presenta temible; pero una vez destruída, la grandeza de mi poder será tanta que no habrá en adelante quien pueda oponerse a él.

JOSÉ

¡Quiéralo el Cielo!

RICHELIEU

Así sea. Por mi amor a Francia, mi Francia querida, por ella sólo, aunque nadie lo juzgue así, el desvelo y el terror son mis familiares. Por mí la gloria de la antigua Roma resplandece sobre tu frente, y a tus plantas se postran todas las naciones. ¡En mi ambición no hay un solo impulso que no responda a un latido de tu corazón, Francia mía! *(Entra Hugo.)*

HUGO

Vuestra eminencia me mandó venir a esta hora.

RICHELIEU

Es verdad. ¿De modo que has oido algo que traman esos cortesanos contra Richelieu? Bien está; procuraremos evitarlo. Dime, Hugo, ¿de cuántos hombres de armas dispones?

HUGO

¡Unos veinte, señor!

RICHELIEU

¿De tu confianza?

HUGO

Toda es buena gente, que tiene alguna cuenta con la Justicia que vuestra eminencia solo puede perdonarles; *ergo,* podéis confiar en ellos.

RICHELIEU

Si es así, procura equipar lo mejor que puedas de armas y monturas a esa gente honrada. ¿Cuánto tiempo necesitas para reunirlos?

HUGO

Señor, los mejores no son gente que guste de pasear al sol; son aves nocturnas; pero sé dónde encontrarlos esta misma noche.

RICHELIEU

¿A qué hora podéis estar en mi castillo de La Ruelle?

HUGO

Antes de media noche.

RICHELIEU

El castillo es fuerte, conoces sus salidas... Veinte hombres bien repartidos, ¿podrán defenderlo contra cualquiera que intentara penetrar ocultamente?

HUGO

Veinte hombres a mis órdenes pueden defenderlo durante un mes contra un ejército.

RICHELIEU

(A José.) Di a los criados que preparen la litera. Antes de entrada la noche estaré en La Ruelle. A las doce espero a los tuyos. En ti confío, mi buen Hugo. Sabes en cuánto estimo tu lealtad. Si Dios me concede larga vida, óyelo bien, serás coronel y acaso noble.

HUGO

Señor, la gratitud me hace enmudecer. Corro a buscar a mis leales. *(Aparte.)* En casa de Marion los hallaré bien pronto, viejo zorro. *(Sale.)*

ESCENA V

RICHELIEU y JOSÉ

RICHELIEU

Ahora, como una araña, desde mi rincón, tenderé la red en que han de caer esas moscas.

JOSÉ

¿Y no fuera mejor sorprender antes a los traidores?

RICHELIEU

No. El rey Luis está enojado conmigo. Al separar a

Julia de su lado habrá aumentado su enojo. Casi deseará mi muerte. Pero el despacho al duque de Bouillon, el pacto con los españoles..., éstas son nuestras armas, José. Con ellas todo se ha salvado. Sin ellas todo es peligroso. Esperemos. Yo en mi viejo castillo, tú en la corte, atento y vigilante a todo. Triunfaremos, con el favor de Dios y si Francisco es audaz y Hugo es honrado. ¡Hugo! No sé por qué me infunde sospechas. Me habló con exagerada reverencia; ¿lo notaste? No es su costumbre...

JOSÉ

Es la maldición que pesa sobre los grandes: sospechar siempre, sospechar de todos.

RICHELIEU

Sí, de todos. El mismo Rey, que me debe su corona, en contra mía. Sin familia, sin amigos; nadie, nadie... Sólo me resta...

JOSÉ

¿Qué?

RICHELIEU

El corazón indomable de Armando de Richelieu.

JOSÉ

¿Nada más?

RICHELIEU

Sí; Julia, mi hija adoptiva. ¡Pobre niña, perdóname! Esta mañana, cuando llorabas de felicidad, tu dulce llanto caía sobre mi alma como una bendición, y tu esposo estoy seguro de que también sabría defenderme, llegado el caso.

JOSÉ

¿Y el pobre José?

RICHELIEU

Sí, es verdad. Tú también. Te creo. Todos te temen y muy pocos te aman. Pero Richelieu, sí; Richelieu puede darte un obispado. ¿Qué dices?

JOSÉ

(Con afectada humildad.) ¡Señor!...

RICHELIEU

Mi buen José, ¡obispo!, ¡obispo! Vamos. *(Telón.)*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO QUINTO

El castillo de La Rouelle. Un salón gótico.

ESCENA I

RICHELIEU, sentado, leyendo.

«En el silencio de la noche, la conciencia nos dice que nuestra vida tiene más noble objeto que la ambición del mando.» Así escribe el austero moralista. ¿Pero hablas por experencia? ¡Sublime filosofía, eres como la escala de Jacob, tocas al cielo llevada por los ángeles; pero nosotros, como el patriarca, sólo te percibimos en sueños, al pie del primer escalón, rendidos de cansancio sobre la tierra! ¡No puedo ser dichoso! Cuando deje de existir, ¿brillará mi nombre como estrella gloriosa? ¿Cómo seré juzgado por las edades futuras? Los fines fueron grandes; los medios tal vez ruines: ¡vertí mucha sangre! Pero sólo los enemigos del Estado fueron mis enemigos. ¡No puedo ser dichoso; viejo y fatigado antes de tiempo, respirando el odio de cuantos me rodean, adivinando un puñal en cada mirada! Domino a los reyes; se atreven a mí los lacayos. ¡Y, solo contra todos,

he de rodearme de espías y de verdugos! ¿Es esto el poder? ¡Tiene razón el filósofo! ¡Háblame! ¡Seguiré tu consejo! Bien dices fuera mejor...

ESCENA II

RICHELIEU y FRANCISCO

RICHELIEU

(*Cambiando de tono al ver entrar a Francisco.*) No, no; mientes, filósofo. Pronto..., esos despachos... El poder..., el mando..., esos despachos...

FRANCISCO

¡Matadme, señor!

RICHELIEU

¿Te conocieron? ¿Sospecharon de ti? ¿Nada te entregaron?

FRANCISCO

El conde de Baradas en mi propia mano me los entregó.

RICHELIEU

¡Baradas! ¡Oh, dicha!

FRANCISCO

Escuchadme, y después entregadme al verdugo.

RICHELIEU

¿Qué? ¡Habla!...

FRANCISCO

Llegué a la casa. Orleans y Baradas y dos o tres más, que yo no conozco, estaban allí reunidos.

RICHELIEU

¿Nadie más?

FRANCISCO

De otra habitación cercana llegaban rumores de gente y voces de... «¡Muerte a Richelieu!»

RICHELIEU

No hables ahora de mí. Francia está en peligro, ¿qué importa de mí?... Mi asesinato sería su menor traición.

FRANCISCO

Baradas me estrechó a preguntas. Parecía dudar. Al fin, por consejo del de Orleans, me entregó los papeles diciéndome que era cuestión de vida o muerte para todos. Orleans prometió enriquecerme cuando las tropas del duque de Bouillon entraran en París. Al salir de la casa presuroso, Marion me detuvo un momento y murmuró a mi oído: «No pierdas un instante; que esos despachos lleguen pronto a manos de Richelieu. Han jurado que esta noche morirá el Cardenal.» Esto me dijo y, tembloroso, me despidió en la misma puerta. Y entonces, de la obscuridad avanzó un hombre, cubierto con armadura completa, calada la visera. Su mano de hierro me sujetó de improviso, y antes de que pudiera darme cuenta de nada, se apoderó de los despachos, diciéndome: «Espía, no te mato porque este acero sin mancha lo reservo para tu señor.» Y desapareció en la noche como una sombra. Temiendo por vuestra seguridad, salí a escape, llegué hasta aquí, y aquí me tenéis a vuestras plantas para que no dudéis de mi lealtad, implorando por mi honor, no por mi vida.

RICHELIEU

¡Tu vida! ¿Quién habla de tu vida? ¿Qué importa tu vida? ¡Como tu alma, dije que debías guardar un tesoro

que vale muchas vidas! Vuelve, recobra tu honor. Busca a Marion, a Baradas, a Orleans... Sea como sea, recobra los despachos, y no vuelvas a mi presencia si no has comprado a ese precio el derecho de verme. Aun no puedes decir imposible.

FRANCISCO

¡Gracias, señor, porque me dais una esperanza! Por ella espero triunfar a pesar de todo. *(Sale Francisco.)*

ESCENA III

RICHELIEU y después JULIA

RICHELIEU

Es joven. Otro más viejo sólo hubiera pensado en salvar la vida. Amo la juventud porque es la vida futura, y en cada joven adivina mi alma un nuevo Richelieu. ¿Volverá victorioso? Sí. ¡Aun espero y tiemblo! Cada latido de mi corazón golpea en mi pecho como el péndulo de un reloj a la cabecera de un moribundo. ¡Si Hugo me engañase!... *(Escuchando.)* ¡Ese ruido!... ¡Son jinetes! Sí. ¡Las puertas del castillo se abren!... ¿Quién es? ¿Quién llega? *(Entra Julia.)*

JULIA

¡Cardenal! ¡Padre mío!

RICHELIEU

¡Julia! ¿A estas horas? ¡Llorando!... ¿Qué es esto?

JULIA

¡Por fin contigo! ¡Estoy salva!

RICHELIEU

¡Salva! ¿De qué? En las tormentas de la vida..., ¿qué viento puede tronchar la violeta?

JULIA

¿No sabéis? ¡Ese hombre! ¿Por qué le amé? Escuchad. Apenas en nuestra casa, ya no era el esposo enamorado; evitaba mi presencia; no contestaba a mis palabras. Por fin huyó de mi lado, y yo, anegada en llanto, aun esperaba, ¡soñaba todavía! En esto llegó una orden del Rey para que al punto volviera a Palacio.

RICHELIEU

¡Y obedeciste el mandato! El Rey mostró su enojo por tu apresurado casamiento.

JULIA

¡Fuera eso sólo! Declaró que anularía mi matrimonio; ordenó que me encerrara en mi habitación de Palacio, y cuando llegó la noche, todo en silencio, sola... ¿Sabéis leer en el corazón? Leed en el mío... ¡No puedo decir más!

RICHELIEU

¡Él, Rey! ¡Mujer, tú! Es fácil, ¡sucumbiste!...

JULIA

¡Sucumbir! ¿Qué habéis creído de mí? Dije mal... ¡No sabéis leer en el corazón! Él fué quien salió de mi presencia, humillado y confuso. ¡El poderoso rey Luis despedido como un cobarde villano! ¡Sucumbir! ¡Ah! Es más fuerte la majestad de una mujer honrada que la majestad de cien reyes. ¡Sucumbir!... ¡Dios mío!

¿Pudisteis creerlo? ¿Pudisteis pensarlo de mí, de vuestra hija?

RICHELIEU

¡A mis brazos, sobre mi corazón; más fuerte! Francia no necesitaría de un Richelieu si sus hombres, los bárbaros hombres, señores de la tierra, supieran resistir contra la adulación, la falsía, el interés, el orgullo, como tú, pobre niña, en tu inocencia de paloma, supiste vencer sus dos mayores tentaciones: la vanidad y el poder. Dices que el Rey salió de tu presencia; ¿y después?...

JULIA

Después... ¡Aún más crueles conmigo! El conde de Baradas llegó a mí, y entre dulces palabras y adulaciones aparentó compadecerse de mí... ¡Y su compasión era un nuevo insulto a mi desventura! Ofendido por mi desdén, habló al fin, claramente, y al oírle, la entereza de mi corazón no pudo sostenerme más tiempo... Lloré, lloré el llanto más amargo de mi vida. Porque, ¿sabéis qué dijo? No me miréis, oídme sólo, o no me atreveré a repetirlo. Que él, Adrián, mi esposo, sabía las pretensiones del Rey, y las estimaba como un honor. ¡Y la horrible verdad me dió entonces razón de todo! Su desvío, sus palabras y sus miradas misteriosas, todo lo que yo no podía explicarme!... ¡Era verdad! ¡El hombre que yo adoraba como a un Dios era un impostor miserable!

RICHELIEU

No puedo creerlo; te engañaron. Le culpas sin razón.

JULIA

¿Sin razón, padre mío? ¿Decís que le culpo sin razón? Probadme que es verdad, y toda mi vida será poca

para bendeciros y para que él me perdone por haber dudado.

RICHELIEU

Quiero saberlo todo.

JULIA

En mi desesperación sólo pensé en huir, correr en busca de Adrián, descubrir la verdad por triste que fuera. Temblando de espanto salí de mi habitación, corrí a la de la Reina, me arrojé a sus plantas, y una palabra suya bastó para que las puertas de Palacio se abrieran para dejarme en libertad. Volví a nuestra casa. Adrián no estaba allí. Todo era desolación. Presintiendo mayores males, sólo pensé en correr a vuestro lado, y aun tiemblo. . Al llegar, siguiendo mis pasos, oigo rumor de jinetes y de armas.

RICHELIEU

Es mi guardia; no temas. Hugo cumplió su palabra.

JULIA

¡En una sola hora toda una vida de tristeza!

RICHELIEU

No hay que temer. Ven ahora; necesitas descanso. Sin razón dudaste de tu esposo. ¡No puede ser! Confía en mí! *(Salen.)*

ESCENA IV

HUGO y MAUPRAT

HUGO

No está aquí.

MAUPRAT

Yo sabré encontrarle. Dejadme. Guardad las galerías

en que duermen los criados. Poned centinelas en todas las salidas. Que la casualidad no interponga su sombra entre la venganza y la víctima. Id. Antes de que esa nube que obscurece la luna, como mi propósito obscurece mi conciencia, haya pasado, todo habrá concluido.

HUGO

¿No necesitáis otro brazo?

MAUPRAT

¿Contra un viejo enfermo? No. ¡La venganza de otra ofensa menor que la mía convertiría ese castigo en asesinato! Salid.

HUGO

Hasta muy pronto.

ESCENA V

MAUPRAT y RICHELIEU

RICHELIEU

El aire es de tempestad. Oprime mi frente. La obscuridad aumenta el temor a la traición.

MAUPRAT

¡A la muerte!

RICHELIEU

¿Quién va? ¿Quién eres, miserable?

MAUPRAT

¡Tu juez y tu verdugo!

RICHELIEU

¡Aquí mi guardia! ¡Hugo! ¡Vermont! ¡Pronto!

MAUPRAT

Nadie vendrá. Los espíritus infernales no acuden ya a tu conjuro. Tus esbirros están de mi parte. Un solo paso, y será hacia tu tumba.

RICHELIEU

¡Mientes, traidor! Estoy viejo, enfermo, no puedo defenderme; pero mientes. Armando Richelieu no morirá a manos de ningún hombre. Le afirman las estrellas, y la voz de mi espíritu confirma el horóscopo. Que vengan todos tus sicarios. No habrá quien se atreva a darme muerte. Ninguno será el parricida de su patria. ¿Quién en Francia se atreverá a dar muerte a Richelieu?

MAUPRAT

Mienten las estrellas, Cardenal. Pudo tu astucia humillar a los reyes y burlarse del mundo entero; pero nada te vale ahora contra la espada de un solo hombre, infamado por ti con estigma de deshonor y de vergüenza.

RICHELIEU

¿Infamado por mí? ¿Es que me odias? ¿No eres un asesino comprado! Guarda, no te engañes. ¡Apariencias, sespechas, todo miente! ¿Qué sabes tú? Soy demasiado grande para que nadie sepa de mi la verdad.

MAUPRAT

Tus acciones te acusan. Tuviste entre tus manos la vida de un soldodo acusado de rebelión. Sobre su ca-

beza suspendisteis de un hilo a vuestro antojo el hacha del verdugo. Vuestra muerte le hubiera libertado de la angustia cruel de esperar la suya a cada hora, y ni pensó en mataros ni deseó que murierais. Un día le llamasteis para perdonarle, para colmarle de riquezas, y más aún, para que un ángel hiciera de su vida en la tierra un Paraíso. Era la venganza generosa del César, ¿no es cierto? No, Cardenal. Judas y no César fué vuestro ejemplo. Le salvasteis de la muerte para entregarle a la deshonra; para que su nombre fuera baldón de su linaje, un eterno oprobio; para servir de burla y de desprecio a su adorada y al regio cómplice de adulterio. ¿Sabes ya de quién hablo? No esperes compasión de mí; soy De Mauprat.

RICHELIEU

¡De rodillas, de rodillas, y arrástrate a mis pies para lograr tu perdón! Porque, óyeme: tu remordimiento mientras vivas será tan grande, tan grande, que si yo te odiara, si yo quisiera vengarme de ti como dices, no dudaría en decirte: hiere, mátame, ¡qué mayor venganza! Para salvar a Julia del Rey la confié a tu amor, a tu nobleza. Y mientras tú te aprestabas a servir de instrumento a los traidores, mientras dejabas desamparada tu casa y tu esposa, aquí, en mi casa, en mis brazos, halló Julia el amparo de su honor y del tuyo. ¡Julia de Mauprat, ven aquí, sé mi testigo!

ESCENA VI

DICHOS y JULIA

MAUPRAT

¿Estoy soñando? ¿Eres tú? ¡Julia, mi amor!

JULIA

No te acerques. Para siempre lejos de mí. Si no hu-

biera sido por este noble anciano, amenazado de muerte por ti, ¡por ti!, sería yo y no tú quien tuviera ahora que avergonzarse en tu presencia.

RICHELIEU

¿Oyes?

MAUPRAT

¿Con qué nueva astucia la engañaste?

JULIA

No. Él fué quien te disculpaba en contra mía, a pesar de que todo te condena. Tu amigo, tu confidente Baradas, me reveló la bajeza de tu alma.

MAUPRAT

¿Qué dijo?

JULIA

Conociendo las pretensiones del Rey aspirabas a ese honor.

MAUPRAT

¡Baradas! ¿Y pudiste creerlo? Mintió. Pero si tu amor es verdad no pudiste creerlo.

JULIA

Mi amor fué un sueño. Adiós para siempre.

RICHELIEU

No, hija mía, es la verdad. Sólo ese Conde traidor, ese espíritu del infierno, pudo decirte que Adrián no te ama, y él solo pudo decir a Adrián que yo pretendía vuestra desventura.

JULIA

¡Es verdad! ¡Es verdad!

MAUPRAT

¿Pudiste creerlo?

RICHELIEU

Tú, más ciego que todos, ¿no comprendiste que Baradas ama a tu esposa? ¿Que es él quien pretendía lograr el favor del Rey por este medio, que sólo procuraba tu perdición al inducirte al crimen?

MAUPRAT

¡Señor, nunca podréis perdonarme!

RICHELIEU

Perdonarte y salvarte.

MAUPRAT

¡Salvarme! Esa palabra... Antes habéis de salvaros vos. Vuestros enemigos invaden el castillo. Esperan impacientes por saber vuestra muerte.

JULIA

¡Su muerte!

RICHELIEU

¡Silencio! Un solo grito puede ser la señal. ¡Huyamos!

MAUPRAT

¡Es imposible! No hay salida que no esté bien guardada. ¡Es imposible huir!

RICHELIEU

Entonces, esperemos. ¿Cuántos de mi gente se han conjurado contra mí?

MAUPRAT

Todos los vuestros.

RICHELIEU

¿Y Hugo?

MAUPRAT

¡Es nuestro capitán!

RICHELIEU

Es justo. ¿Qué puede esperarse de un espía? La piel del león no basta a defenderme esta noche. Es preciso añadir la del zorro.

JULIA

Un tropel de gente se acerca, suben la escalera.

RICHELIEU

Seguidme pronto. Ahora podré fiarme de vos. Ven, Julia; venid, Mauprat. *(Voces dentro: ¡Muera el Cardenal!)* ¡Muera! ¡Ja, ja! Esperad todavía. ¡Traidores, aquí pronto!

ESCENA VII

HUGO, CONJURADOS y después MAUPRAT

HUGO

El brazo de Mauprat no tembló nunca en la guerra; ahora tampoco habrá temblado.

CONJURADO 1.º

El zorro es capaz de haberse escapado. Busquemos por todas partes.

MAUPRAT

¡Viva el Rey! ¡Richelieu ha muerto! *(Descorre una cortina y aparece Richelieu tendido en el lecho.)*

HUGO

Sus ojos están abiertos.

MAUPRAT

Como en vida.

HUGO

No quiero mirarlos.

MAUPRAT

Esperé a que durmiera; le ahogué sin que despertara. Ni rastro de sangre. Su salud estaba muy quebrantada. Fácilmente puede creerse que su muerte fué natural. Ahora volved a París. No lo olvidéis. El de Orleans prometió diez mil ducados y el de Baradas ejecutoria de nobleza al primero que llevase la nueva de la muerte de Richelieu. Corred; que toda Francia participe de vuestra alegría.

HUGO

¿Y vos?

MAUPRAT

Yo debo permanecer aquí para alejar toda sospecha, para impedir que nadie se acerque demasiado. Os cedo mi parte en riquezas y en honores.

HUGO

¡Seré noble!

CONJURADO 1.º

¡Diez mil ducados!

CONJURADOS

¡A París! ¡Pronto a París!

CUADRO SEXTO

Un salón en casa del conde de Baradas.

ESCENA UNICA

GASTÓN, BERINGHEN, y después BARADAS, PAJE y HUGO

BERINGHEN

Entiendo. Mauprat quedó de centinela y nada sabe de los despachos; pero capitanea la tropa que el pobre Cardenal pagaba para su defensa ¡Dios nos libre de tales defensores!

GASTÓN

Sí... Pero, ¿y si Hugo, que se ofreció a servirnos, haciéndonos cambiar nuestros planes, nos hubiera engañado y sirviera a Richelieu todavía? *(Entra Baradas.)*

BERINGHEN

¡Bueno fuera! Yo por mi parte estoy tranquilo, no he firmado; pero vosotros...

BARADAS

Julia ha huído de Palacio; el Rey, enfurecido, jura vengarse de ella, de Mauprat, y de Richelieu sobre todo... En cuanto a éste, hemos cumplido como leales

anticipándonos a los deseos de Su Majestad, y en cuanto a Mauprat... *(Mostrando un papel.)*

BERINGHEN

Bien dicen que el diablo inventó la escritura. ¿Es algo que compromete a Mauprat?

BARADAS

El asunto de Faviaux, que el Rey sabrá castigar antes de que Mauprat pueda decirle nada de nosotros.

GASTÓN

Si nuestro enviado llega con tiempo, y el de Bouillon nos envía sus tropas, nuestro triunfo es seguro ..; pero desconfío... Nuestra firma en esos despachos... Si se descubre..., la muerte.

BARADAS

Si se triunfa, el trono.

BERINGHEN

(Bajo a Baradas.) Nuestro futuro Regente no es muy heroico que digamos.

BARADAS

Otros sabrán aprovecharse de su cobardía. Si Orleans fuera Regente, ¿qué sería yo entonces? ¡Oh, se me olvidaba!... Hugo me advirtió que desconfiáramos de Marion; la han visto algunas veces entrar en el palacio del Cardenal.

GASTÓN

Habladurías... ¿Habrá de hacerme traición?

BARADAS

Perdonad..., pero... *(Entra un paje.)*

PAJE

Señor, un soldado que llega sin aliento y se dice portador de nuevas que os importan, solicita hablaros.

BARADAS

Hacedle entrar. ¿Los arqueros?...

PAJE

Están prevenidos en la antecámara, como ordenasteis.

BARADAS

Está bien; que entre el soldado. *(Entra Hugo.)*

HUGO

Todo ha terminado. Ahora, Conde, cumplid vuestra palabra.

BARADAS

¡Richelieu muerto! ¿Estás seguro? ¿Cómo murió?

HUGO

Estrangulado mientras dormía, sin sangre, sin violencia.

BARADAS

¡Ah, villano! ¡Traidor! ¡Hola..., mi gente! ¿Y osáis pedir la recompensa? *(Entran un capitán y varios arqueros.)*

HUGO

¿Qué intentáis? Ved...

BARADAS

Prended a ese hombre. Sujetadle bien. ¡A la Bastilla!

HUGO

Tengo vuestra palabra, vuestra promesa.

BARADAS

¡Mientes, traidor! Llevadle pronto.

HUGO

Ved, Conde, que guardo conmigo algo que...

BARADAS

Ni una palabra. *(Salen Hugo y los arqueros.)* Así todo se asegura... Hugo morirá en su prisión... Mauprat después. Esta gente baja, buena sólo por servirnos, no debe contar por calles y plazas lo que ha visto y oído.

BERINGHEN

Amigos, es muy tarde y no he cenado todavía. Recordaréis que soy del nuevo Consejo. Desde ahora empezaré a pensar en los asuntos de Estado. Hasta la vista. *(Sale Beringhen.)*

GASTÓN

Muerto Richelieu, nada hay que hacer.

BARADAS

Y aunque fuera posible que volviera a la vida, no recobraría el poder, que es su verdadera vida, la vida de su vida; ni salvaría a Mauprat del cadalso, ni a Julia de mis brazos, ni a París de los españoles, todo a despecho del señor Cardenal. *(Entra el paje.)*

PAJE

Un joven de noble presencia solicita veros.

BARADAS

Alguno de los nuestros, tal vez Mauprat.

GASTÓN

Pase al punto. *(Entra Francisco.)*

FRANCISCO

¡Señores!

BARADAS

¡Ah, traidor! ¿En París todavía?

FRANCISCO

No me culpéis. Los despachos..

BARADAS

¿Qué?

FRANCISCO

Un espía, sin duda apostado para ello en la misma puerta de la casa de Marion, se arrojó sobre mí, y sin darme tiempo para defenderme los arrancó de mis manos.

BARADAS

¡Un espía! Alguno de los nuestros, sin duda.

FRANCISO

Llevaba armadura completa, la visera calada.

BARADAS

Tal vez Mauprat. ¿Pero cómo?... Nada sabía de nuestros planes... Y si no él, ¿quien puede haber sido? Si los despachos han caído en sus manos... Su odio al Cardenal murió con el Cardenal, y no es capaz de atreverse a mayores empresas. Buscad a Mauprat, recobrad esos papeles, o, ¡por mi vida!, creeré que sois vos el traidor.

FRANCISCO

Descuidad. Por mi honor juro que los recobraré. *(Sale Francisco.)*

GASTÓN

¡Estamos perdidos!

BARADAS

Todavía no; Mauprat caerá en nuestras manos.

GASTÓN

Si esos papeles llegan al Rey..., la sombra del Cardenal se alzará vengadora sobre nosotros.

BARADAS

No penséis en eso... Mañana Francia es nuestra. *(Telón.)*

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO SÉPTIMO

Jardines del Louvre.

ESCENA I

GASTÓN, BARADAS, BERINGHEN y cortesanos. Después el REY y más cortesanos.

GASTÓN

¿Cómo lleva mi hermano la muerte del Cardenal?

BARADAS

Se aflige cuando piensa en los asuntos del Gobierno; se alegra cuando piensa en la hermosa Julia. A ratos suspira y dice: «¿Quién gobernará Francia?» Pero bien pronto exclama: «¿Quién se opondrá ahora a mi voluntad?» *(Entra el Rey seguido de cortesanos.)*

GASTÓN

¡Los brazos, señor! ¡Por fin puedo abrazar a mi hermano!

EL REY

¡Querido Gastón, nunca dudé de tu cariño! Richelieu lo negaba y nos mantuvo largo tiempo separados. ¡Un

grande hombre, a pesar de todo! ¿Quién gobernará Francia?

GASTÓN

Vos mismo. Aquella estrella, demasiado poderosa, eclipsaba vuestro sol. Sirvió a la patria; pero ¿sirvió a su Rey o se sirvió él?

EL REY

Sabía que yo amaba a Julia, y trató de impedirlo. Nunca me quiso bien. Siempre se opuso a mi voluntad.

BARADAS

¡Siempre! Pero ahora nada se interpondrá entre Julia y vuestro deseo. Unos días en la Bastilla decidirán a Mauprat a romper su matrimonio. Su sentencia de muerte está en pie.

EL REY

De nuevo volverá Julia a Palacio. He de hablaros, Conde. *(Sale el Rey con Baradas. Orleans, con los cortesanos, forman grupos en el fondo.)*

ESCENA II

FRANCISCO y después MAUPRAT

FRANCISCO

Inútiles todas las pesquisas para hallar a Mauprat. Un centinela me dijo que le había visto entrar aquí. Si Baradas le encuentra, sabrá recuperar los despachos, y entonces... ¡Fortuna, muéstrate propicia; y si has de abandonarme antes que caer en desgracia con el Cardenal, déjame hallar la muerte!

MAUPRAT

(Apareciendo entre un grupo de cortesanos.) ¡Dejadme, dejadme os digo! ¡Quiero verme frente a frente con él; he de arrancarle el corazón, aun cuando el mismo Rey le amparase bajo su manto real!

FRANCISCO

¡Mauprat, deteneos!

MAUPRAT

¿Qué quieres de mí?

FRANCISCO

Miradme. Yo sirvo al Cardenal. Bien me conocéis. ¿No erais vos quien guardaba esta noche la casa de Marion?

MAUPRAT

Sí, yo era. ¿Qué importa? ¡Dejadme ahora!

FRANCISCO

¿Vos? ¡Pronto! ¡Los papeles que me robasteis! ¿Dónde están? ¡Pronto!

MAUPRAT

¿Eras tú el que yo tomé por un espia del Cardenal?

FRANCISCO

El mismo. Volvedme esos despachos.

MAUPRAT

No los tengo. Pensé que delataban nuestros planes a Richelieu y se los entregué a...

FRANCISCO

¿A quién?

ESCENA III

Dichos y BARADAS; después el REY y RICHELIEU

MAUPRAT

Retiraos ahora. *(Encarándose con Baradas.)* ¡Ah, traidor! ¡Ya te tengo! ¡Defiéndete!

BARADAS

¿Estáis loco? El Rey está cerca. Esos despachos, decid, ¿a quién los entregasteis?

MAUPRAT

¡Miserable, infamador! ¡La espada!...

FRANCISCO

(A Mauprat.) ¡Huid, huid! ¡El Rey!... *(Entra el Rey.)*

EL REY

¡Las espadas! ¡En mi propio palacio! ¿Han muerto nuestras leyes con Richelieu?

BARADAS

Perdonad, señor. Fué en defensa propia. *(Bajo al Rey.)* Este es De Mauprat...

EL REY

¿Y se atreve a afrontarnos?

MAUPRAT

¡Señor! ¡En nombre del Cardenal!

EL REY

Prendedle, desarmadle. ¡A la Bastilla! *(Entra Richelieu seguido de pajes, guardias y José.)*

CORTESANOS

(Murmullos.) ¡Richelieu, Richelieu!

BARADAS

¡Los muertos resucitan!

EL REY

¿Qué burla es ésta? Pasa los límites del insulto.

MAUPRAT

(A Richelieu.) ¡Ministro del Rey y ministro de Dios, que de ambos lo eres, ampara la verdad y la justicia!

RICHELIEU

¿Qué es esto?

BERINGHEN

Los zorros tienen siete vidas como los gatos.

BARADAS

(Bajo al Rey.) Sed enérgico, señor.

EL REY

Recogí el poder. ¡Sabré mantenerle!

JOSÉ

(Aparte.) El mar está alborotado. Alguno ha de naufragar.

RICHELIEU

(Después de oír a Mauprat.) Alta traición. ¿Faviaux? ¿Aun hay quien se acuerda de traiciones? ¡Señor! Trai

dores son los que pretenden engañaros y abusan de vuestra regia bondad. En cuanto a este soldado, no tiene Francia uno mejor. Si en su mocedad pecó por imprudente, con noble lealtad enmendó después su culpa, y yo le he perdonado.

EL REY

Y yo doy vuestro perdón al viento. Cumplid mis órdenes.

RICHELIEU

¡No haréis tal, señor! No sabéis, no podéis saber todavía... Este honrado y valeroso corazón se interpuso entre el mío y el puñal de los asesinos. ¡Por mi vida, señor! ¡Por la vida de vuestro viejo servidor! Enmendad vuestra sinrazón. ¡No ejecutéis esa sentencia!

EL REY

¿Porque así os conviene? ¡Basta ya! *(A la guardia.)* ¡Cumplid vuestro deber!

RICHELIEU

¡Ni una palabra más! *(A Mauprat.)* ¡Id! No quiero ver vuestra juventud tan humillada como mi ancianidad.

MAUPRAT

¡Adiós, señor! ¡Salvad a Julia, defendedla!

FRANCISCO

(Bajo a Mauprat.) ¡Esos despachos! ¡Vuestra vida, vuestro honor, todo, en una palabra!, ¿a quién los entregasteis?

MAUPRAT

A Hugo.

FRANCISCO

Id tranquilo. Silencio y esperad. *(Sale Mauprat tranquilo y entre guardias.)*

BARADAS

(Bajo a Francisco.) ¿Están en su poder los despachos?

FRANCISCO

No quiere revelarlo. *(Aparte.)* Nada hay imposible. *(Sale.)*

RICHELIEU

(A los cortesanos.) ¡Plaza, señores; plaza! El ministro de Francia no necesita intercesores con el Rey.

EL REY

¿Qué significa la falsa nueva de vuestra muerte, Cardenal?

RICHELIEU

Señor, ¿por ventura os pesa que no sea verdad?

EL REY

No; pero ese engaño...

RICHELIEU

No es mío el engaño, señor. Mi castillo rebosaba de asesinos.

BARADAS

Ya están castigados. Hugo, encerrado en la Bastilla. Estábamos prontos a vengaros; creednos.

RICHELIEU

¿Vengaros? ¿Creednos? ¿Vos?... ¿En qué gramática hallasteis ese plural, Conde? Habéis cogido al asesino pagado ¿Queréis saber quién le pagó? ¿Queréis que yo os le nombre?

EL REY

¿Volvéis a vuestro tema? Siempre soñáis con asesinos para suprimir rivales.

RICHELIEU

¡Rivales, señor! Rivales, ¿en qué? ¿En servir a Francia? No puedo tener ninguno. ¿Existe un hombre que haga temblar al mundo entero ante vuestro nombre? Ese será el único rival de Armando Richelieu.

EL REY

¡Qué altivez! Tened presente que quien hizo puede deshacer.

RICHELIEU

¡Nunca! Vuestro enojo puede quitarme vuestra confianza, anular mis atribuciones, despojarme de mis tierras y de mis riquezas; pero mi nombre, mis acciones, vivirán siempre donde no llega vuestro poder.

EL REY

Escuchad, Cardenal. No es tiempo ni lugar para una larga audiencia. Volved a vuestro palacio.

RICHELIEU

¡Señor! Pensé que para hacer justicia, todo lugar es templo y cualquier hora conveniente. ¿Os negáis a escucharme? ¿Para mí no hay justicia? Durante quince años que regí vuestro imperio, el más humilde vasallo pudo pedir justicia, no servilmente, arrastrándose como reptiles, como muchos que aquí os rodean, grandes y príncipes que mendigan vuestros favores, sino con dignidad, con entereza, como hombres que invocan su derecho. ¡Y ahora yo no puedo obtenerlo y no queréis escucharme en presencia de los que pretendieron asesinarme!

EL REY

Cardenal, uno a uno habéis separado de mi a cuantos me amaban. Todos fueron condenados por vuestra venganza al destierro o a la muerte. Me veis ahora entre amigos leales, alguno de mi propia sangre, y queréis separarme de ellos. ¡Basta de conjuras, de traiciones en mi reino! Volved a vuestra casa, Cardenal, y dejaos de soñar con fantasmas.

RICHELIEU

¡Calma, calma, Dios mío! ¡A los pies de vuestro trono pide justicia este viejo a quien debéis el trono y no queréis escucharle!

EL REY

¡Cuando os vea a los pies del trono verdaderamente, os escucharé! *(Sale el Rey seguido de cortesanos.)*

GASTÓN

(Bajo a Baradas.) Estamos salvados.

BARADAS

Gracias a Julia y a Mauprat.

RICHELIEU

Conde de Baradas, perdonad. Sois mi sucesor. Dadme la mano.

BARADAS

¿Qué significa...?

RICHELIEU

Vuestra mano tiembla. La mano que ha de regir los destinos de una nación no debe temblar. ¡No tembléis! ¡Pobre Baradas! ¡Pobre Francia!

BARADAS

¡Insolente! *(Salen Orleans y Baradas.)*

ESCENA IV

RICHELIEU y JOSÉ

RICHELIEU

¿Oíste al Rey?

JOSÉ

¡Estáis en peligro! ¿Por qué hablasteis con tanta altivez?

RICHELIEU

¿Para que sus lacayos se burlaran de mí? ¿Para que murmuraran entre ellos? ¡Ah, el Cardenal está hoy muy abatido! No; en esta guerra de traiciones, el desprecio es la mejor armadura.

JOSÉ

Pero...

RICHELIEU

No es tiempo de vacilaciones; acusaré a los traidores, buscaré a Marion.

JOSÉ

Estuve en su casa. Por orden del Conde ha sido encerrada en una prisión.

RICHELIEU

¡Patria mía! ¿Consentirás mi ruina cuando más necesitas de mí? Déjame limpiar tu tierra de traidores, y después moriré tranquilo sobre tu corazón.

ESCENA V

DICHOS y JULIA

JULIA

¡Gracias al Cielo! No puede ser lo que me han dicho. No estaríais aquí.

RICHELIEU

¿A qué vienes? Vuelve a tu casa.

JULIA

¿A mi casa? ¿Está en ella mi esposo? Calláis, pero las palabras tiemblan en vuestros labios, mudos por compasión. Es verdad, es verdad... Prisionero en la Bastilla y en vuestra presencia, y no lo impedisteis. ¿Dónde está mi esposo? Le debéis la vida. ¡Eterno oprobio sobre vuestro nombre ni no le salváis de la muerte!

RICHELIEU

(A José.) Tú que ni en tu juventud fuiste joven, tú que no amaste nunca, contesta.

JOSÉ

Sed fuerte. Es verdad. El Rey ..

JULIA

No evitéis mis miradas. Una palabra sola. ¿Dónde está mi esposo?

RICHELIEU

Eres la hija adoptiva de Richelieu, la esposa de un soldado. Si quieres saber la verdad, debes afrontarla

sin miedo. ¿Preguntas por tu esposo? En las torres de la Bastilla.

JULIA

Ya lo veis. He podido oírlo. Ya lo sé. El Cielo quiera perdonaros.

RICHELIEU

¿Dónde vas?

JULIA

Dejadme; allí también. ¿No decís que soy vuestra hija? Puede creer que aprendí de vos a no tener corazón, a olvidarme del desgraciado. ¡Dejadme ir, dejadme ir con él!

RICHELIEU

¡Cuántas veces llené esas mismas prisiones de traidores! ¡Tenían esposas, hijas! ¡Cuántas lágrimas de inocentes!

JULIA

Salvadle, padre mío; decidle que le salvaréis. ¿No eres el Cardenal, más poderoso que el Rey mismo? Señor de vidas, de haciendas, ¿no eres Richelieu?

RICHELIEU

Ayer lo era... Hoy... un pobre viejo inútil...; mañana... ¡quién sabe!

JULIA

¿Qué queréis decir? No os entiendo.

JOSÉ

Ha caído en desgracia con el Rey, señora. En este momento cualquier lacayo de Palacio es más poderoso que el primer ministro de Francia.

ESCENA VI

DICHOS, CORTESANO y después BARADAS

CORTESANO

Julia de Mauprat, perdone vuestra eminencia: el Rey ordena que comparezca ante él.

JULIA

(Abrazándose a Richelieu.) Acordaos de mi padre, acordaos de cuando niña; sobre vuestras rodillas cuántas veces, con mis alegres risas, disipé vuestras tristezas; acordaos, y no consintáis que me separen de vuestros brazos.

RICHELIEU

(Al Cortesano.) A quien os envió, decidle que aquí, junto a mi corazón, como sobre un altar, protegida por el sagrado poder de Roma, está la virtud que quieren mancillar; decidlo...

CORTESANO

Señor, soy vuestro amigo y vuestro servidor, creedme; nunca vi al Rey tan irritado contra vos; comunicarle vuestra respuesta fuera ser vuestro enemigo.

RICHELIEU

Sedlo en buen hora, y el Rey y el mundo entero. Soy sacerdote, y no consentiré que sea violado este asilo de una virtud indefensa.

CORTESANO

Ved que es perderos.

RICHELIEU

¡Basta! *(Sale el Cortesano.) (A Julia.)* ¡Dios te proteja! ¡El huracán que derriba el roble, troncha también la flor! Su padre era mi hermano, la confió a mi amistad, el cuidado de su niñez fué mi consuelo, mi alegría...; por ella supe lo que es el amor a los hijos. ¡Hija mía! ¿Lo ves? Es llanto..., sí, lloro, lloro...

JOSÉ

Llanto, no; fuego ha de haber en vuestros ojos para confundir a vuestros enemigos. Sed fuerte... Esos despachos... El sol de mañana ha de alumbrar su traición o nuestra ruina.

RICHELIEU

Es mi muerte. No sobreviviré; amigos..., renombre, Francia, todo lo he perdido. Mi estrella como fuego de artificio cae a tierra en cenizas..., todos se mofarán de mí... Sí, mañana el triunfo o la muerte. Vuelve en ti, hija mía... Vamos, José. *(Entran Baradas y Beringhen.)*

BARADAS

Señor, el Rey no puede creer que de ese modo olvidéis el respeto debido a su grandeza... Os ruego, señor, que obedezcáis a Su Majestad; no tenéis por qué temer.

JULIA

¡Padre!

RICHELIEU

¡No irá!

BARADAS

No tenéis autoridad sobre ella, no es de vuestra familia; sólo el Rey...

RICHELIEU

¿Os obstináis todavía? ¿Haréis que despierte el poder que en la edad de hierro supo humillar a los grandes y proteger a los humildes? Ved; a su alrededor nuestra Santa Iglesia levanta un muro infranqueable... Un paso, y sobre vuestra frente, aunque ostentara la corona real..., caerá por siempre la maldición de Roma.

BERINGHEN

Cumplo las órdenes del Rey. La Iglesia, vuestro rango, una sola palabra vuestra, basta a detenerme; culpa será, si la resistencia os cuesta el poder.

RICHELIEU

Es cuanto arriesgo .. Y tú, jugador de ventajas, ¿qué puedes perder? ¡Ah! ¿Quién sabe? Mañana Francia será tuya... o yo tendré tu cabeza.

BARADAS

(A Beringhen.) Tendrá en su poder los despachos.

BERINGHEN

Si fuera así, perdisteis la partida.

JOSÉ

(A Richelieu.) Pensad que no tenéis esa prueba... Paciencia todavía... Paciencia...

RICHELIEU

Calla, fraile; deja para los santos la paciencia; yo soy un hombre. *(A Julia.)* ¿No dió tu padre su vida por mi Francia? Y dicen ahora que no tienes padre. ¡Santa y hermosa criatura, no mancharán tu virtud; aquí, entre mis brazos, sobre mi corazón, como si fueras Francia misma!...

JULIA

¡Padre mío!

RICHELIEU

Vamos, vamos de aquí...; no puedo más..., desfallezco.

BARADAS

Necesitáis reposo; los asuntos de Estado destruyen vuestra salud...

RICHELIEU

Ya veis si tengo calma.

BARADAS

(Bajo a Beringhen.) Su caída es segura...

RICHELIEU

¡Insolente lacayo! ¿Qué murmuras? Si es así, guárdate de las ruinas, no te aplasten en su caída... ¡Pero mi nombre es Richelieu! ¿Quién se atreve a desafiarle todavía? El verdugo sigue tus pasos..., espera..., espera... ¿Tiemblas? ¿Palideces? ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Dios salve a mi Francia! *(Telón.)*

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

CUADRO OCTAVO

La Bastilla. Una galería; a un lado la puerta de una prisión.

ESCENA I

JOSÉ y un CARCELERO; después el GOBERNADOR

CARCELERO

Aguardad, padre; avisaré al Gobernador. *(Sale el Carcelero.)*

JOSÉ

(Solo.) Están en poder de Hugo, según dijo Francisco; si logro llegar hasta él, hemos triunfado. El Cardenal tiembla entre la vida y la muerte. Su vida es el poder; perdido el uno..., perdido todo; no hay medicina que pueda salvarle si no consigo poner en sus manos esos papeles... ¡Entonces!... ¡Ah! ¡Entonces salvaremos a Francia y a Richelieu, y José será obispo! *(Entra el Gobernador.)*

GOBERNADOR

Padre, ¿deseáis ver a los prisioneros Hugo y el caballero de Mauprat?... ¿No es eso?

JOSÉ

El hábito que visto y la orden del Cardenal son mis fiadores.

GOBERNADOR

Padre, es imposible. El caballero de Mauprat ha sido conducido al Louvre por orden del conde de Baradas

JOSÉ

Bien está... ¿Pero Hugo...?

GOBERNADOR

Morirá al amanecer.

JOSÉ

¿Al amanecer? Ni un momento puede detenerse mi piadoso ministerio... Se trata de la salvación de un alma. Llevadme adonde está...

GOBERNADOR

No podéis entrar. Son sus órdenes.

JOSÉ

¿Órdenes de quién? El Cardenal es todavía ministro; sus órdenes son antes que todas.

GOBERNADOR

Salvo las de Su Majestad. Ved la firma y el sello reales. Nadie debe ser admitido a presencia de los prisioneros sin un salvoconducto del conde de Baradas. No insistáis en vuestra pretensión.

JOSÉ

¿Y han de burlarnos? ¡Temed la cólera del Cardenal!

GOBERNADOR

No es de temer; el Cardenal está en desgracia; todo Paris lo sabe.

JOSÉ

El Cardenal no ha muerto todavía... Os lo ruego, dejadme entrar... ¡Cinco mil ducados!

GOBERNADOR

¡Sobornarme! ¿A mí? ¿A un soldado envejecido en la guerra? ¡Salid pronto!

JOSÉ

¡Diez mil ducados! ¡Veinte mil!

GOBERNADOR

¡Fuera de aquí este hombre! ¡Pronto!

JOSÉ

¡Por esas nobles canas, por esa insignia que ostentáis sobre vuestro pecho, galardón de vuestros servicios a Francia, no consintáis su perdición! Dejadme ver al prisionero.

GOBERNADOR

¡No!

JOSÉ

¡Guarda papeles importantes! ¡Secretos de Estado!

GOBERNADOR

Lo sé, y envié aviso al conde de Baradas, por si le importan.

JOSÉ

¿Al Conde? No hay esperanza.

GOBERNADOR

Ni una palabra más; salid.

JOSÉ

Entregáis vuestra patria a los traidores. Richelieu ..

GOBERNADOR

¡Salid!

JOSÉ

¡Todo se ha perdido! *(Sale.)*

ESCENA II

El GOBERNADOR, el CARCELERO y después BERINGHEN y FRANCISCO

BERINGHEN

No me importunéis, amigo; haré lo que pueda en vuestro favor.

FRANCISCO

No me dejáis... ¡Ah, padre! ¡Quiero ver a mi padre!... ¡Un momento nada más; es la última vez!

BERINGHEN

Señor, ese pobre diablo de Hugo envió a decir al conde de Baradas que deseaba comunicarle un secreto de Estado. El Conde acompaña a Su Majestad y no puede salir del Palacio; me envía en su nombre.

GOBERNADOR

Si es así, las órdenes del Conde son leyes. ¡Eh! ¡Muchacho! ¿Cómo entraste de nuevo?

BERINGHEN

Es el hijo de Hugo, ¡pobrecillo!; le hallé a la puerta

llorando y suplicando que le permitieran ver a su padre *(Aparte.)* Espera aquí; le verás cuando yo salga.

FRANCISCO

No; antes entraré con vos.

BERINGHEN

Después, amigo; el Estado es primero.

GOBERNADOR

Los poderes del Conde son terminantes; nadie puede entrar sin su salvoconducto.

BERINGHEN

El mío servirá para los dos Es su hijo, y ya veis que no es ningún Hércules.

GOBERNADOR

Vos seréis responsable.

BERINGHEN

No temáis; espera aquí *(Sale Beringhen.)*

GOBERNADOR

Ten calma; ya ves que soy compasivo. No te veré entrar, ¿entiendes? ¡Ah! ¡Entre este pobre muchacho y ese fraile intrigante hay diferencia! *(Al Carcelero.)* Sigamos nuestra ronda.

FRANCISCO

(Solo.) Ya sabe el hijo, que sabe quién es su padre. No pude hallar un padre mejor El traidor envió aviso a Baradas .. Veremos el precio de sus papeles: la vida de un hilo está pendiente. ¿Voces?... ¡Disputan! ¡Luchan! ¡Ah! ¡Los despachos!... ¡El cortesano se apodera de ellos!. . ¡Hugo, a pesar de sus órdenes, se resiste!...

¡Ahora yo!... ¡La galería es larga!... ¡Nadie!... *(Al salir Beringhen se arroja sobre él.)* ¡Suelta, ladrón; suelta, o mueres!

BERINGHEN

¡Aquí! ¡Gente! ¡Villano!

FRANCISCO

¡A vida o muerte! *(Luchan.)*

CUADRO NOVENO

Un salón en el palacio del Louvre.

ESCENA I

GASTON, duque de Orleans, y BARADAS

BARADAS

Todo nos sonríe. El Cardenal enfermo, con pocas esperanzas de vida. Aunque viviera ya, no sería como ministro. El Rey está cansado de soportarlo, y él por su parte desconfía del Rey. Todo nos sonríe. Pero si ese maldito Mauprat hubiera entregado los despachos a cualquier otro..., no quiero pensarlo.

GASTÓN

¿No enviasteis a buscarlos?

BARADAS

¿Enviar decís? No es encargo para confiárselo a cual-

quiera. Sólo a estas manos debe llegar un secreto que es para nosotros de vida o muerte. No me atrevo a salir de Palacio. Mientras Richelieu viva, ni un espía, ni un criado suyo, deben acercarse al Rey.

GASTÓN

¿Qué habéis hecho entonces?

BARADAS

Hice traer aquí a Mauprat.

GASTÓN

¿Y no pudiera ese Hugo, que con tanta insistencia solicitaba veros, haberse apoderado de los despachos?

BARADAS

Hugo estaba con nosotros en casa de Marion cuando salió de ella nuestro mensajero. ¿Cómo pudo saber...? Es astucia suya para salvar la vida. Mas como debemos asegurarnos de todo, envié a nuestro más fiel amigo para que hablase con él ¡Silencio!..., el Rey llega.

ESCENA II

Dichos y el REY

BARADAS

¿Cómo estáis, señor?

EL REY

Resuelto a todo. Pretende separarme de mi hermano; de vos, mi amigo; de Julia, de cuantos amo. Seréis mi-

nistro, y vos, hermano mío, tendréis el mando de nuestros ejércitos. Tú me quieres bien, ¿no es verdad?

GASTÓN

¿Si os quiero? Nunca como ahora.

BARADAS

Puedo yo ser siempre merecedor de vuestra confianza, señor. Para obligar al divorcio al de Mauprat y Julia sólo hay un medio: firmar la sentencia de muerte de Mauprat. A su vista, los dos lo pensarán mejor.

EL REY

La firmaré. Pero no os precipitéis en ejecutarla.

BARADAS

No hay prisa. *(Aparte.)* Una hora de vida.

ESCENA III

Dichos, un CORTESANO y después JULIA y un CAPITÁN

CORTESANO

Julia de Mauprat, que implora audiencia.

EL REY

Arrepentida de su locura. Puede entrar.

BARADAS

Viene a pediros el perdón de Mauprat. Podéis imponer condiciones.

EL REY

Sois el ministro. A vuestro cargo queda responder. *(Entra Julia, y por otra puerta el Capitán de arqueros.)*

CAPITÁN

(Bajo a Baradas.) El caballero de Mauprat espera.

BARADAS

(A Orleans.) Veamos si guarda la misiva. *(Sale con el Capitán.)*

JULIA

Señor Me enviasteis a buscar, aquí me tenéis. A vuestras plantas, donde la pena sin culpa puede implorar justicia, si el nombre de Rey es todavía sagrado en la tierra. ¡Perdón, señor! ¡De rodillas lo pido!

EL REY

Perdonar es asunto de Estado. El Cardenal debía ser vuestro procurador.

JULIA

Aquel noble espíritu no vive ya para el mundo. Acaso mientras os hablo, él me oye desde trono más alto, donde los mismos reyes necesitan también ser perdonados. En vos está toda mi esperanza, señor... *(Entra Baradas.)*

BARADAS

(A Orleans.) No están en su poder. Sonreía mientras yo buscaba en vano. Parecía desafiarme. Veremos ..

EL REY

¿Qué pides?

JULIA

Una vida. Reináis sobre miles de vidas, ¿qué es una vida para vos? Para mí, es Francia, es el mundo entero, es mi vida la vida de mi esposo.

EL REY

(A Baradas.) Responded por mí. Mi corazón no es de mármol. Dadle una esperanza, o...

BARADAS

¡Señora, no importunéis al Rey con vuestras súplicas! Su corazón es demasiado compasivo si de hacer justicia se trata, y así confía a sus ministros tan solemne cargo.

JULIA

Erais su amigo.

BARADAS

Lo fuí antes de amarte.

JULIA

¡Amor!

BARADAS

(Señalando al Rey.) Yo solo puedo salvarte del tirano, que es ahora mi juguete. Sé mía; consiente en que esa farsa de matrimonio sea anulada, y Mauprat vivirá.

JULIA

¿Por qué no repites en alta voz esas palabras? Sois dos veces traidor y voy a confundiros.

BARADAS

Una palabra, y entrego la sentencia.

JULIA

Deteneos. *(Al Rey.)* Vuestro corazón es generoso, aunque no quiera responderme. Nacisteis para ser Rey, y el poder no os desvanece como a las almas ruines que no nacieron para él. Desterrad a mi esposo, anulad nuestro matrimonio, encerradme en un convento para siempre, pero dejad que viva... ¡Su vida!

EL REY

Ya lo oiste, Baradas. Es preciso anular ese matrimonio. Y después...

JULIA

Ser su esposa, ¿no es eso?

EL REY

Por fórmula, por vuestro decoro.

JULIA

¡Oh! ¡Qué vergüenza! ¡Dejadme! ¡Dejadme! Pedía su vida por compasión, no como precio de su deshonra. Adrián y yo sabremos morir juntos maldiciendo vuestra maldad.

BARADAS

Escucha: te adoro; no me resigno a perderte Puedo colocarte cerca del trono, acaso en el mismo trono. ¿Qué decides?

JULIA

¡No, no; dejadme. ., la muerte! ¡Oh! ¡Esperad..., sed humanos! *(Pasa Mauprat para la galería del fondo entre soldados.)*

BARADAS

Mira tu esposo. ¿Debe morir sabiendo que pudiste salvarle?

JULIA

¡Adrián..., habla! .. Di que prefieres la vida a la deshonra, al amor de tu Julia, y soy tu esclava. .

MAUPRAT

¡Qué importa la vida! ¡El amor es inmortal!

JULIA

Ya lo oís. Mi corazón es de bronce. ¡La muerte!

BARADAS

Di a quién entregaste los papeles, y vivirás.

MAUPRAT

No sabrás nada.

BARADAS

(Lo veremos.) Al tormento.

MAUPRAT

¿Qué tormento peor que la conciencia? Ése será el tuyo por siempre.

BARADAS

¡Llevadle! Cúmplase la sentencia.

ESCENA IV

DICHOS y RICHELIEU, seguido de guardias y pajes y sostenido por JOSÉ

JULIA

¿Vivís, padre mío? ¡Gracias, Dios mío! Adrián no morirá.

RICHELIEU

Si la súplica de un pobre viejo, cerca también de la muerte, puede algo. Conde, sois mi heredero en la tierra. Concededme una sola gracia: la vida de ese soldado.

BARADAS

En nuestra partida yo jugaba la cabeza, ¿os acordáis? Gané, y no quiero perdonaros nada de cuanto os he ganado. ¡Llevadle!

RICHELIEU

Un momento todavía. *(Al Rey.)* ¡Señor, vuestro antiguo servidor, moribundo, desea aliviar vuestra conciencia, y se anticipa a vuestros deseos! Resigno mis poderes.

MAUPRAT

¿Vos?

JULIA

No hay esperanza.

RICHELIEU

Mi fin está cercano. ¿Permitiréis que pueda bendecir a los que amé? No os pido su vida. Un instante nada más para despedirme.

BARADAS

(Al Rey.) ¡Señor!...

EL REY

¿Cómo negar a un moribundo?

RICHELIEU

Confiad el mando de vuestras tropas a vuestro noble hermano el duque de Orleans. Vuestro ministro, el conde de Baradas. Excelente elección. Los secretarios de Estado vienen conmigo para entregarle los libros del Gobierno. Háganse cargo estos nobles señores, en mi presencia, de la gloriosa tarea que les aguarda.

EL REY

Decís bien. Acercaos.

RICHELIEU

¡Aire .., me ahogo..., aire! *(A los que acuden a sostenerle.)* ¡Gracias! *(A los Secretarios.)* ¡Acercaos, hijos míos!

SECRETARIO 1.º

Asuntos de Portugal. De extrema urgencia. Un mes ha el duque de Braganza era un rebelde.

EL REY

¿Lo es todavía?

SECRETARIO 1.º

No, señor; ha triunfado. Ahora es Rey de Portugal, y demanda auxilio contra las tropas españolas.

EL REY

No podemos concederlo contra su legítimo Rey. ¿Qué decís, Conde?

BARADAS

Ciertamente.

SECRETARIO 1.º

El español fué siempre vuestro más temible enemigo. Cuanto pueda debilitarle fortalece a Francia. El Cardenal hubiera enviado socorro

EL REY

¿El Cardenal? ¿Qué pensáis, Conde?

BARADAS

Sí, en efecto, lo pensaré. Pasad adelante.

SECRETARIO 1.º

¡Pero...!

BARADAS

¡Pasad adelante!

JOSÉ

¡Hum!

SECRETARIO 2.º

Asuntos de Inglaterra. De extrema urgencia. Car-

los I perdió una batalla que decide la muerte de su reino. Solicita dinero y auxilios.

EL REY

Los tendrá.

BARADAS

Sin duda.

RICHELIEU

Perdonad, señor. La causa de Carlos está perdida. Un tal Cronwell, un grande hombre en verdad, es dueño de Inglaterra... Vuestro socorro sería inutil... Reflexionad.

EL REY

Reflexionad, Conde.

JOSÉ

¡Hum!

EL REY

(Aparte.) Tarde lo advierto. Richelieu no tiene sucesor. Los tronos se hunden, los reinos se pierden. Sólo la tierra en que él domina está firme y segura.

JOSÉ

Apenas eclipsada vuestra estrella, observad al Rey. ¡Ah, si los despachos estuvieran en nuestro poder!

BARADAS

(A los Secretarios.) Adelante, señores.

SECRETARIO 2.º

Correspondencia secreta. Relación de espías, desertores, herejes, asesinos..., todo urgente.

EL REY

¡Todo urgente! *(Entra Francisco.)*

FRANCISCO

(Cayendo a los pies de Richelieu.) ¡Señor!

RICHELIEU

¡Sangre! ¿Estás herido?

FRANCISCO

Nada..., un rasguño. Nada hay imposible. *(Entregándole los despachos.)*

RICHELIEU

¡Ah!...

SECRETARIO 2.º

Los españoles han reforzado su ejército en la frontera de Italia. El duque de Bouillon...

RICHELIEU

(Al Rey.) A propósito... Estos despachos, señor... Leedlos vos mismo. Acaso puedan importar en este asunto. El Conde os dará su consejo. *(Entra Beringhen y habla con Baradas.)*

BARADAS

(Después de oírle.) ¿Qué decís? *(Queriendo acercarse al Rey.)* ¡Pronto!

JOSÉ

¡Deteneos, señor! Ahora es nuestra vez.

BARADAS

¡La muerte!

EL REY

¿Para el duque de Bouillon? ¿Y firma Orleans? ¿Y también Baradas? ¿La alianza con nuestros enemigos de España? ¿Sus tropas en París, contra mí? ¿Mi hermano Regente?... ¡Por todos los santos! ¿Qué traición es ésta?

JOSÉ

(Mostrándole a Richelieu, que se ha desmayado.) ¡Ved! ¡El Cardenal se muere!

EL REY

¡Richelieu! ¡Cardenal! Yo soy el que debo abdicar. ¡Reinad vos!

JOSÉ

Es tarde. Se muere.

EL REY

No es posible... Reinad, Richelieu.

RICHELIEU

(Con voz débil.) ¿Con poder absoluto?

EL REY

¡Absoluto! Vivid, si no por mí, por vuestra Francia.

RICHELIEU

¡Francia!

EL REY

Los traidores...

RICHELIEU

Descuidad. *(Dando un pliego al Capitán.)* Para Chavigny. Ya sabe mis órdenes. En mi nombre hará prisionero al duque de Bouillon al frente de sus tropas. ¡Conde de Baradas, perdisteis la partida! Recordad lo que jugabais en ella. ¡Prendedle! Julia, la sentencia de vuestro Mauprat. *(Rompiéndola.)* Abraza a tu esposo. Por fin el pobre viejo puede bendeciros.

JULIA

Para no separarnos nunca.

MAUPRAT

Para amaros siempre.

EL REY

Vuestra curación ha sido maravillosa.

RICHELIEU

¿Qué queréis? En un instante he sentido el espíritu de Francia dentro de mí. ¿Qué amante mejor que la patria para un Rey? Señor de Beringhen, los aires de París no convienen a vuestra salud; no quisiera que peligrase vuestra vida. *(A Orleans.)* Para vos arrepentimiento, ausencia y confesión. *(A Francisco.)* Ya lo ves. No hay nada imposible. Eres un valiente, José; serás obispo.

JOSÉ

¡Ah, Cardenal!

RICHELIEU

¡Ah, José! Ya lo veis, señor. Sobre nuestras luchas y nuestras intrigas, nuestros triunfos y nuestras desgracias, en que parece triunfar la discordia sobre la tierra, el amor y la dicha resplandecen siempre.

EL REY

¿Gracias a nuestro primer ministro también?

RICHELIEU

No. Gracias a quien gobierna la misteriosa armonía del mundo mejor que todos los ministros. *(Telón.)*

FIN DEL DRAMA

LA PRINCESA BEBÉ

ESCENAS DE LA VIDA MODERNA, DIVIDIDAS
EN CUATRO ACTOS

Esta obra no podrá ser representada sin permiso especial del autor.

PERSONAJES DEL PRIMER ACTO

EL EMPERADOR MIGUEL ALEJANDRO DE SUAVIA.
EL PRÍNCIPE ESTEBÁN.
EL PRÍNCIPE MAURICIO (quince años).
EL PRÍNCIPE ALEX (ocho años).
EL GRAN CANCILLER.
EL PRECEPTOR, caballero Stirger.
LA PRINCESA ELENA.
LA PRINCESA MARGARITA (catorce años).
LA BARONESA ESTER DE ROSEMBERK.
LA CONDESA ADELAIDA DE ROSEMKRANK.

Servidores del Palacio imperial.

En un salón de confianza del Palacio de Suavia. Jardín nevado al fondo.

LA PRINCESA BEBÉ

ACTO PRIMERO

ESCENA I

La CONDESA DE ROSEMKRANK, el PRECEPTOR, la PRINCESA MARGARITA, el PRÍNCIPE MAURICIO y el PRÍNCIPE ALEX.

PRECEPTOR

(Explicando la lección de Historia.) Pero no todos habían de ser días gloriosos para el reino de Suavia. Miguel VIII era un rey prudente, modelo de virtudes públicas y domésticas; su esposa Edvigia era un modelo de reinas, como todas las reinas de Suavia a partir del siglo diez y siete, porque ya hemos visto que antes del diez y siete, y sobre todo entre el catorce y quince, hubo alguna de infausta memoria.

CONDESA

Caballero Stirger, perdonad si os interrumpo: yo creo que la reina Teodolinda, a quien os referís, vulgarmente llamada la Mesalina de Suavia, fué muy calumniada. ¿Habéis leído los últimos estudios publicados en la *Revista de Ciencias Históricas* por el caballero Tom-

berg? La memoria de Teodolinda parece completamente reivindicada. El caballero Tomberg demuestra que no toda la culpa de los escandalosos devaneos de la reina fué suya, sino de su esposo que se los consentía.

PRECEPTOR

Es posible, Condesa. ¿Permitís?

CONDESA

Continuad, y vuelvo a pediros perdón por haberos interrumpido. ¡La figura de la reina Teodolinda es tan interesante!...

PRECEPTOR

Llegamos a la página triste del reinado, por otra parte tan glorioso, de Miguel VIII, injustamente llamado *el Simple* por sus detractores, que fueron muchos; la batalla de Kuntz, perdida, no por cobardía de nuestras tropas ni por impericia de sus generales, sino por la traición...

CONDESA

Esta vez os interrumpo sin pediros perdón... Esa traición de que habláis no existió nunca; se trata de uno de mis antepasados, y su memoria está completamente vindicada de esa infame calumnia...

PRECEPTOR

Perdonad, Condesa; yo ignoraba que el barón de Rosemkrank, de la batalla de Kuntz, tuviera que ver con los condes de Rosemkrank...

CONDESA

Por sucesión directa, salvo un cuartel de bastardía que ennoblece mucho más nuestro linaje, por ser de

sangre real esa mancha... Ya sé que los historiadores hablan todos de esa infame traición a la patria. ¡Pero qué historiadores! Cuando queráis puedo mostraros, en el archivo de nuestra casa, más de seiscientas cartas de la propia mano del barón de Rosemkrank, sincerándose de tan viles acusaciones. No es posible leerlas sin quedar convencido. ¡Enseñáis Historia a los príncipes de Suavia, de los que fueron siempre leales servidores los Rosemkrank! Yo, la última, la más indigna, en nombre de mis antepasados, debo decir a los príncipes de Suavia: ¡Entre los Rosemkrank no hubo nunca traidores a su rey ni a su patria!...

PRÍNCIPE MAURICIO

Condesa, nosotros no lo hubiéramos creído nunca. El caballero Stirger no ha tenido la intención de ofenderos.

PRECEPTOR

De ningún modo. Ya sabéis que en mis lecciones procuro siempre que resalten los ejemplos de virtud y heroísmo, y paso por alto, rodeando con discreción, los puntos escabrosos, que nunca faltan en la historia de las naciones ni en la historia de las familias.

CONDESA

Es el deseo de Su Majestad. La Historia debe ser espejo de virtudes, sobre todo para los que han de ser reyes algún día.

PRÍNCIPE MAURICIO

Por fortuna, los reyes de Suavia, sobre todo desde el siglo diez y siete...

CONDESA

Cuando empieza a reinar vuestra gloriosa dinastía, Alteza.

PRÍNCIPE MAURICIO

Todos son espejo de virtudes.

PRINCESA MARGARITA

Los reyes, sí; pero los príncipes..., sobre todo a partir del siglo veinte...

CONDESA

¡Alteza, no habléis así! Su Majestad ha prohibido toda alusión o referencia a los tristes y recientes sucesos, que entristecen su corazón y el de todos sus leales servidores. ¡Ay!

PRECEPTOR

¡Ay!

PRÍNCIPE MAURICIO

Ya sabes lo que nos dijo ayer el Emperador: «¡Vuestro tío el príncipe Esteban y vuestra tía la princesa Elena han muerto!»

PRÍNCIPE ALEX

(Bajo a Margarita.) Luego veréis lo que tengo guardado.

PRINCESA MARGARITA

(Ídem.) ¿Qué?

PRÍNCIPE ALEX

(Ídem.) Ya verás; cuando nos dejen solos.

PRÍNCIPE MAURICIO

(Ídem.) ¿Qué dice Alex?

PRINCESA MARGARITA

Tonterías. Ya te lo diré cuando estemos solos. *(Dentro cornetas que tocan marcha.)*

CONDESA

Su Majestad entra en Palacio.

PRÍNCIPE MAURICIO

Entonces... es la hora...

PRECEPTOR

Sí, acabó la lección.

PRINCESA MARGARITA

¿Vendrá hoy el Emperador a vernos como otros días, o debemos ir nosotros a saludarle?

CONDESA

Aun no he recibido órdenes. Hoy es un día en que la corte está perturbada; la llegada de... Olvidé que no debe hablarse de esto.

PRÍNCIPE MAURICIO

¡Bah! Entre nosotros; la llegada del príncipe Esteban. Ya se conoce en el humor del Emperador, y sobre todo de la Emperatriz.

PRINCESA MARGARITA

¡Ya!... ¡ya!... La Emperatriz no quiere vernos...

PRÍNCIPE ALEX

A mí sí..., a mí sí.

PRINCESA MARGARITA

Eres el nieto preferido.

PRÍNCIPE MAURICIO

¡El Emperador regaña por todo! Ayer quería yo haber paseado en trineo por el parque y no me dió permiso.

CONDESA

Voy a recibir órdenes para el día. Espero que seréis juiciosos en mi ausencia. Caballero Stirger, permaneced un instante en su compañía.

PRECEPTOR

Aun no he almorzado; pero...

CONDESA

Poco tardo. *(Sale la Condesa.)*

ESCENA II

DICHOS menos la CONDESA

PRÍNCIPE MAURICIO

¡Alex! ¡Alex! Ya estamos solos. El caballero Stirger es muy bueno, y como si no estuviera... Además, tiene mucha rabia a la Condesa, como nosotros.

PRINCESA MARGARITA

¡Lo que me he divertido cuando hablasteis de la traición de su antepasado!

PRÍNCIPE MAURICIO

Quedamos ayer en que lo diría. Sabíamos que a la Condesa le enfadaba mucho.

PRINCESA MARGARITA

¿Os habéis fijado cómo tiene hoy el pelo?

PRÍNCIPE MAURICIO

¡Una vidriera gótica! A ver, Alex, ¿qué tienes guardado? Pronto...

PRINCESA MARGARITA

¡Antes de que vuelva la Condesa!

PRÍNCIPE ALEX

¡Mirad! ¡Mirad! .. Una «Ilustración» francesa. ¿Y sabéis lo que dice? ¡Mirad!

PRÍNCIPE MAURICIO

¡A ver! ¡A ver!... Caballero, tened cuidado; si viene alguien, nos avisáis.

PRECEPTOR

Sí, sí; pero permitidme, debo enterarme... ¡Oh! ¡Alteza! ¿Dónde habéis encontrado esto?

PRÍNCIPE ALEX

¡En el cuarto de la Emperatriz! Lo tenían escondido, pero di con ello.

PRECEPTOR

¡Si lo sabe!...

PRINCESA MARGARITA

Es el niño mimado, no le reñirán; ¡si fuera a nosotros!... Vamos a ver. «Los últimos escándalos de la corte de Suavia...»

PRÍNCIPE MAURICIO

¡Los retratos del príncipe Esteban y de la Kenisberg, su esposa!...

PRECEPTOR

¡Morganática!...

PRÍNCIPE ALEX

¡Su querida!...

PRECEPTOR

¡Alteza!...

PRINCESA MARGARITA

¡Su favorita se dice, Alex!...

PRÍNCIPE MAURICIO

Bueno, *une cocotte*. ¡No hay como el francés para estas cosas; por algo es la lengua diplomática!

PRECEPTOR

¡Percibo en Vuestra Alteza unas disposiciones para la observación picante, verdaderamente impropias de un príncipe! El espíritu de los príncipes debe ser benévolo y optimista... Se trata de una artista; no es una *cocotte*, como habéis dicho.

PRÍNCIPE MAURICIO

¡Qué más da! Es muy guapa, ¿verdad? ¡Cuidado! ¿Viene alguien?

PRECEPTOR

¡No, no! Nadie... ¡Oh! ¡Muy guapa!

PRÍNCIPE ALEX

¡Guapa, guapa!...

PRINCESA MARGARITA

¿Oís? Su Alteza el príncipe Alex opina que es muy guapa. ¡Es una opinión considerable! ¡Vaya el mono!

PRÍNCIPE ALEX

¡Vaya la tonta! Más guapa que todas las mujeres de la familia. Este periódico lo dice; en la familia reinante de Suavia las mujeres son insignificantes; en cambio los príncipes... Escúcha... *ils sont le type accompli de la beauté virile*...

PRINCESA MARGARITA

A que te doy un bofetón todavía...

PRÍNCIPE ALEX

¡Anda, anda!...

PRECEPTOR

¡Alteza, es vuestra hermana!

PRÍNCIPE ALEX

Es muy tonta.

PRÍNCIPE MAURICIO

No seáis fastidioso. Mirad sus retratos... La princesa Elena de Suavia, llamada la princesa Bebé...

PRINCESA MARGARITA

¿No es más guapa que la Kenisberg? ¡Y distinguida!...

PRÍNCIPE MAURICIO

El caballero Alberto Rosmer, con quien la Princesa...

PRECEPTOR

¡No leáis más, Alteza! Basta con ver esos retratos en la misma página, para leer una historia dolorosa. Traed ese periódico, que no debe estar un momento más en vuestras manos. ¡Si Sus Majestades lo supieran! Esta Prensa francesa acoge con fruición cuanto redunda en menoscabo de los prestigios dinásticos. Esa Francia sin religión y sin fe, es una mancha con su República en el corazón de Europa; como en los tiempos de Napoleón, reyes y príncipes debieran coligarse contra ella. . ¡Qué vergüenza leer estos comentarios!... Estos... *(Leyendo a pesar suyo.)* ¡Luego cuentan estas cosas con una gracia que desarma la indignación!... ¡Son el demonio!

PRÍNCIPE MAURICIO

¿Qué dice? ¿Qué dice?

PRECEPETOR

¡Nada, nada; calumnias, infamias!...

PRÍNCIPE MAURICIO

¡El Emperador!

PRINCESA MARGARITA

¡Buena la hemos hecho!

PRÍNCIPE ALEX

¡Encierro para ocho días!

PRECEPTOR

¡Siempre descargará sobre mí la tormenta!

ESCENA III

DICHOS, el EMPERADOR y la CONDESA ADELAIDA

EMPERADOR

¿Acabó la lección?

PRÍNCIPE ALEX

¡Abuelito, abuelo!...

EMPERADOR

¿Qué es eso, Alex? ¡Saludo militar! ¿Sabe Su Alteza que desde hoy forma parte de mi guardia? Ha sido nombrado sargento.

PRÍNCIPE ALEX

¿Y llevaré uniforme con coraza y todo? ¿Y el año que viene seré teniente como Mauricio?

PRÍNCIPE MAURICIO

¡Al año que viene! Cuando debas ascender.

PRINCESA MARGARITA

¡Ascenderás como él, por méritos de guerra!

PRÍNCIPE MAURICIO

¡Ojalá hubiera guerra!

EMPERADOR

¡Poco a poco!... La guerra no debe desearse nunca. Sobre todo en estos tiempos en que las guerras son muy caras. Y decidme, caballero Stirger, ¿aprovechan vuestros discípulos? Ya sabéis cuánto os encarecí la mayor severidad con ellos. No os acordéis para nada de que son príncipes; es decir, si, acordaos para considerar que deben ser los primeros en cumplir sus deberes... ¡Permitid!... ¿Qué periódico es ese que no sabéis cómo ocultar? Creo conocerle... Permitid. . ¡Me parece francés!... ¡Por vida...! ¿Quién ha traído aquí estos papeles? Caballero Stirger, ¿son éstas las lecciones de Historia y de Literatura?... Condesa Adelaida, ¿es éste el cuidado que tenéis de los Príncipes? ¡Estos papeles en su cuarto de estudio!... ¿Cómo han llegado aquí estos papeles? ¡Puede uno vivir tranquilo en Palacio! Sin saber cómo, llegan proclamas anarquistas, llegan libelos, llegan estos papeles y estos retratos y estas historias...

CONDESA

¡Perdonad, señor; yo no comprendo cómo puede haber llegado aquí ese periódico!

PRECEPTOR

Su Alteza el príncipe Alex es quien puede explicar a Su Majestad...

EMPERADOR

¡Tú! ¡Habráse visto! ¡Tú!

PRÍNCIPE MAURICIO

Buena entrada en la milicia; hoy te fusilan.

PRÍNCIPE ALEX

(Llorando.) ¡Abuelito!

EMPERADOR

¿Cómo es eso? Habláis con vuestro jefe. ¡Saludo militar! Explicadme cómo ha caído este periódico en vuestras manos.

PRÍNCIPE ALEX

Estaba en el cuarto de la Emperatriz, y yo no sabía que decía nada de...

EMPERADOR

¡Silencio! No dice nada. ¡En el cuarto de la Emperatriz! La curiosidad de las mujeres. Condesa, devolvedlo al cuarto de la Emperatriz.

CONDESA

Me atrevería a indicar a Su Majestad cuánto mejor sería que la Emperatriz no se enterara de lo ocurrido.

EMPERADOR

No os preocupéis. Así tendrá más cuidado otra vez, sabiendo que su nieto se entera de todo. *(Bajo a la Condesa.)* Y la hará mucha gracia. *(Sale la Condesa.)* Ahora, señor sargento, por esta primera falta hoy no patinaréis en el *skating* y durante tres días comeréis separado de vuestros hermanos.

PRINCESA MARGARITA

¡Me alegro!...

PRÍNCIPE ALEX

¡Envidiosa!

PRINCESA MARGARITA

¡Por atrevido!

PRÍNCIPE ALEX

También yo le diré al abuelo otras cosas de ti y de Mauricio.

PRÍNCIPE MAURICIO

¡Vaya un militar, delator y cobarde!

PRÍNCIPE ALEX

¿Yo?

EMPERADOR

¡Silencio! Caballero Stirger, continuad vuestras lecciones en la biblioteca. Yo debo tener aquí una conferencia reservada, y como estas habitaciones tienen entrada aparte...

PRECEPTOR

Las lecciones de hoy habían terminado.

EMPERADOR

¡Perfectamente! Entonces, la Condesa acompañará a los Príncipes a saludar a la Emperatriz. Margarita, un beso... Mauricio, un apretón de manos... Alex...

PRÍNCIPE ALEX

¿Me perdona Su Majestad?

PRÍNCIPE MAURICIO

¡Cobarde! No se pide nunca perdón.

EMPERADOR

Por una sola vez, perdonado... Pero a una segunda falta... Que te lea Mauricio la Ordenanza.

PRÍNCIPE ALEX

¿Puedo patinar con Mauricio y con Margarita?

EMPERADOR

¡Sí!

PRÍNCIPE ALEX

Lo de comer solo no me importa, porque Mauricio y Margarita me hacen rabiar siempre.

PRINCESA MARGARITA

¡Qué gracioso! ¡Él sí que es insoportable!

PRÍNCIPE MAURICIO

¡Y glotón! Come con los dedos en cuanto la Condesa no le mira.

PRÍNCIPE ALEX

¡Y tú mojas pan en las salsas!

PRINCESA MARGARITA

¡Y tú te guardas el postre en los bolsillos!

PRÍNCIPE ALEX

Es para Mogol.

EMPERADOR

¡Silencio!

PRECEPTOR

Vamos, Altezas; no incomodéis a Su Majestad.

EMPERADOR

Podéis retiraros. *(Salen el Preceptor y los tres Príncipes.)*

ESCENA IV

El EMPERADOR, un UJIER y después el PRÍNCIPE ESTEBAN

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Cómo debo saludaros? Señor..., padre... Porque sois mi padre siempre. No conocí el mío, a vuestro hermano; sois el jefe de la familia; sois el Emperador; os he querido y os he respetado siempre.

EMPERADOR

¿Siempre? Siéntate... Más cerca. Aunque mi decisión irrevocable era no volver a verte, que no volvieras a poner los pies en Palacio, como de continuo llegan a mí tus quejas y has tenido el atrevimiento de llevar tus agravios a las columnas de la Prensa revolucionaria, prestando así armas contra mí y contra la dinastía a nuestros enemigos...

PRÍNCIPE ESTEBAN

Permitid...

EMPERADOR

Aún no he terminado. Como por cartas y emisarios no nos entenderíamos nunca, he preferido que hablemos. Quise que vinieras reservadamente, porque deseo que de nuestra conferencia nadie tenga noticia; esto es, si tú, encantado con tu nueva profesión de periodista, y por sostener la *pose* de príncipe a la moderna, no te encargas de publicarla como una de esas ingeniosas *interviews* que son gala diaria de la Prensa moderna. Si la Emperatriz supiera que he consentido en escucharte, el disgusto la causaría una enfermedad, y su salud está bastante quebrantada, como la mía, gracias a nuestros

amados sobrinos, que sólo procuran endulzar los últimos días de nuestro reinado y de nuestra vida. Por si no bastaba contigo, Elena, por su parte, hace todo lo posible para que la atención del mundo entero no se aparte de nuestra casa y de nuestra familia.

PRÍNCIPE ESTEBAN

No es culpa mía si mi prima no ha esperado a mejor ocasión para dar el escándalo de su divorcio y de su fuga con el secretario de su marido.

EMPERADOR

Tú has empezado. Sin tu ejemplo, ¡quién sabe si ella se hubiera atrevido!

PRÍNCIPE ESTEBAN

No admito el parangón. Mi prima está en un caso muy diferente al mío.

EMPERADOR

Sea como sea. Dos escándalos en tres meses es demasiado en cualquier familia; en una familia reinante es intolerable. En estos tiempos de perturbación todo es arma contra nosotros. La institución monárquica no vive ya de prestigios divinos ni heredados, sino del prestigio personal, del respeto y de la consideración que logremos imponer con nuestra conducta. Y no es el mejor modo de conseguirlo dar que reir a los que no creen ya en nosotros y dar que sentir a los que creen todavía...

PRÍNCIPE ESTEBAN

No creo haber dado ocasión a ninguno de esos dos extremos. Y todavía comprendo que entre los cortesanos y entre los tradicionalistas sea censurada mi con-

ducta... ¿Pero entre los que se llaman liberales? ¡Reírse de mí o indignarse porque me caso por amor con la mujer elegida por mi corazón, francamente, no lo concibo!

EMPERADOR

Pues habrás observado que la Prensa liberal y revolucionaria es la que más se divierte a costa tuya, nuestra mejor dicho. Ya ves lo que agradecen tu liberalismo, tu modernismo, y lo que respetan ese amor, que debería parecerles admirable.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Sí, es verdad. Es que nunca luchan las ideas, sino los intereses, y porque soy príncipe su interés es que yo sea ridículo, yo y mi amor y mi matrimonio. No me respetan como príncipe y me censuran porque amo como un hombre cualquiera...

EMPERADOR

Ahí está la razón de esa universal censura que lamentas de amigos y de enemigos. Gozaste las prerrogativas de príncipe mientras te convenían, y quieres gozar las de un particular cualquiera cuando te conviene... Eso es lo que no puede ser, lo que la gente, con su buen instinto, condena... Cada estado impone los deberes correspondientes a sus derechos.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Qué derechos eran los míos? Vivir de la vida oficial, sin una iniciativa, ni un pensamiento propio. Me disteis el mando de un regimiento, y apenas intenté algo beneficioso para mis subordinados, vuestros ministros, recelosos, procuraron sujetarme a la ordenanza más inflexible. Emprendí viajes a nuestras colonias, quise publicar mis observaciones, y mi libro quedó reducido por la

censura oficial a unas cuantas páginas vulgares que yo nunca hubiera publicado... Hasta para ejercer la caridad debo contener los impulsos de mi corazón para que mis liberalidades no superen a las vuestras ni a las de personas más cercanas al trono. Adorador del Arte, ni puedo expresar mi admiración hacia un artista o hacia una obra, si no está de acuerdo con el Arte oficial y sus cánones ortodoxos... Y en todo así... Estos son mis derechos. Mi actividad, mi inteligencia, mi corazón, no pueden pasar nunca del límite marcado por vuestra autoridad, límite tan inviolable como las fronteras de nuestro territorio. ¿Qué me hubierais permitido a cambio de una vida sin amor?... decidme.

EMPERADOR

¿Sin amor? ¿No había más amor que el de esa mujer?

PRÍNCIPE ESTEBAN

Para mí no. Nunca hay más que un amor en la vida: el de la mujer que se ama. Sin duda hay muchos amores posibles en el mundo, porque hay muchas mujeres, como hay muchas tierras y muchas madres... Pero el único amor es el nuestro, por eso nos parece mejor, porque es nuestro; como nuestra patria, como nuestra madre, nadie las elige, y siempre nos parece que la mejor, que la única posible es la nuestra.

EMPERADOR

Mal podías elegir cuando siempre te has alejado de la corte, cuando evitabas la intimidad con mujeres de tu rango y de tu condición por frecuentar de continuo los bastidores de un teatro y la sociedad de una cantante de opereta.

PRÍNCIPE ESTEBAN

De una mujer adorable, inteligente. A su lado, en

esa sociedad de bastidores que tanto os asusta, entre artistas y bohemios, entre gente que vive de su vida y de sus méritos propios, he aprendido yo a conocerme, a sentirme vivir por mi cuenta, he desechado preocupaciones y he fortalecido mi voluntad y mi conciencia.

EMPERADOR

¡Muy bonitas frases! A lo Ibsen, a lo Tolstoï, a lo Niezstche, esos perturbadores de espíritus débiles que debieran de haber nacido en Suavia para haber hecho con ellos un escarmiento. ¡Vivir la propia vida! Gran disculpa para todas las faltas y todos los errores. ¡Ser uno mismo! ¡Uno! Como si la vida de uno solo fuera posible sin el concurso de todos, sin disciplina social. Pero ya que esas son tus ideas y tus sentimientos, sé lógico hasta el fin. ¡Tu vida es esa, la que lograste por tu propio esfuerzo desechando preocupaciones de clase!... Pues vive de ella, sin procurar todas las ventajas de tu posición anterior...

PRÍNCIPE ESTEBAN

Es que no debo consentir la injusticia que me obliga a perderlas. Es que, perdiéndolas, me hallo en condición inferior al que nunca las tuvo para luchar en la vida. Me habéis perseguido implacable; el último súbdito vuestro que hubiera cometido un horrible delito, sería juzgado en justicia, no como yo, castigado contra las leyes de vuestro imperio, que aseguran al más miserable el derecho a disponer de su corazón y a elegir la compañera de su vida.

EMPERADOR

Esos miserables, a quien tanto envidia tu imaginación de poeta, cambiarían muy gustosos ese derecho por las rentas y privilegios que disfrutabas como príncipe, sólo con haberte tomado el trabajo de nacer...

PRÍNCIPE ESTEBAN

De modo que nada puedo esperar...

EMPERADOR

Esperas ser dichoso, ¿qué más deseas? Dejarías de tener razón contra todos si no lo fueras. Se trata de saber qué vale más: si el amor o las riquezas y las dignidades de príncipe. ¿Y qué mejor garantía de tu acierto que poder convencerte de que la elegida de tu corazón te ama por ti mismo, al hombre en sí, como dijo Shakespeare?

PRÍNCIPE ESTEBAN

Sea. Nada volveré a pediros, pero nada me exijáis tampoco. Desde ahora nada debo a mi dignidad de príncipe; no tratéis de impedir cuanto haga contra ella.

EMPERADOR

Siempre qne sea lejos de Suavia.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Ya lo veis, la lucha es más penosa para mí. Ya no soy príncipe, soy un hombre cualquiera, y las leyes de todos no existen para mí. Me desterráis de mi patria.

EMPERADOR

Por favorecerte. Como aseguras que tendrás que ganarte la vida, en Suavia te sería difícil hallar colocación. Aquí no pueden olvidar quién eres, y nadie se atrevería a ofrecerte un empleo modesto; y si alguien te ofreciera una brillante posición, créelo, ya no sería como a un cualquiera, sino como a príncipe de Suavia, sobrino del Emperador, y estoy seguro de que esa consideración te ofendería... *(Voces dentro.)* ¿Eh?... ¡Qué alboroto! ¿Qué significa?... *(Toca un timbre.)*

ESCENA V

Dichos y el CANCILLER

CANCILLER

Con vuestro permiso, señor; perdonad...

EMPERADOR

¿Qué ocurre? ¿Qué voces son ésas?

CANCILLER

Lo que no podéis imaginaros, señor. No sé cómo deciroslo. Nadie podía suponer tanto atrevimiento.

EMPERADOR

¿Qué?... Decid...

CANCILLER

La princesa Elena ha llegado a la capital, y desde el tren, antes de que nadie pudiera prevenirlo, a todo escape en un trineo, atravesando por el centro de la capital, se ha atrevido a presentarse en Palacio, y aquí la tenéis.

EMPERADOR

(Al Príncipe.) ¿Lo ves? ¿Puede tolerarse? Sabrá que estás aquí, y ella también se atreve... ¡Siempre tiene uno que arrepentirse de su debilidad! ¿Y esas voces...?

CANCILLER

Gente que se ha reunido por curiosidad, y entre ella estudiantes que aclaman a la Princesa, y aprovechan la ocasión para manifestar contra el Gobierno.

EMPERADOR

Que debía estar mejor enterado... ¿Cómo ha podido llegar la Princesa sin que nadie tenga noticia de su viaje? No hay duda de que nuestro Ministerio de Estado está muy bien servido. ¿Y tendremos manifestación callejera por mucho tiempo?

CANCILLER

La guardia despeja los alrededores de Palacio; pero los estudiantes ya sabéis... La princesa Elena es muy popular entre la juventud. Sus amores interesan... Luego un poeta joven, muy admirado entre la bohemia literaria, ha compuesto una poesía que los jóvenes recitan y cantan en todas partes: una especie de canto al amor y una sátira contra...

EMPERADOR

Contra mí. ¿No es eso?

CANCILLER

Contra el Gobierno, señor.

EMPERADOF

¡Oh, no! Si fuera contra el Gobierno ya estaría preso el autor y prohibida la poesía. ¿Y decís que la princesa Elena está en Palacio?

CANCILLER

Nadie se atrevió a detenerla; solicitó ver a la Emperatriz.

EMPERADOR

Que no la recibirá, seguramente. Voy yo mismo...

ESCENA VI

Dichos y la CONDESA ADELAIDA

CONDESA

Señor, señor, ¿sabéis ya...? La princesa Elena...

EMPERADOR

Sí, ya lo sé. ¿Dónde está?

CONDESA

La Emperatriz se muere. Se ha negado a recibir a Su Alteza, y ha sido presa de un violento ataque de nervios. Toda la corte está trastornada; ya sabéis cuánto queríamos todos a Su Alteza.

EMPERADOR

Bien, bien. ¿Dónde está?

CONDESA

Perdonad, señor. Su Alteza, al saber que la Emperatriz se negaba a recibirla, corrió en busca de los Príncipes. Nadie se atrevió a oponerse a su paso, y con ellos está.

EMPERADOR

¿Con los Príncipes? ¡Pronto! ¡Decid que venga aquí, que yo lo mando! ¿Oís?, ¡que yo lo mando! ¿Quién acompaña a Su Alteza?

CONDESA

La baronesa de Rosemberk.

EMPERADOR

¡Ah! ¿La Baronesa ha tenido el valor de acompañarla? Me alegro. Tenía ganas de avistarme con la Baronesa. *(Sale la Condesa.)* ¡Y aún os atrevéis a presentaros delante de mí, a pedirme que perdone y apruebe vuestra conducta! ¡Y nos quejamos de los progresos revolucionarios de socialistas y de anarquistas! Sus bombas son preferibles; por natural reacción, robustecen y afirman el principio de autoridad; pero este anarquismo de arriba, este quebrantamiento de todo respeto y de toda moral, es peor mil veces. Más vale caer de un solo golpe que desmoronarse pulverizado.

CANCILLER

Exacto, señor.

EMPERADOR

El escarmiento será digno de la falta, yo os lo aseguro.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Señor, permitidme que me retire. En este momento sería inútil oponer razón alguna a vuestro enojo. Además, no quiero hallarme con mi prima, ya que por culpa suya castigáis con igual pena faltas muy distintas. Yo no he faltado a ningún deber; mi amor es noble, legítimo. Señor, permitidme besar vuestra mano; mi cariño y mi respeto no os faltarán nunca. Sólo os pido, como único favor, que al desterrarme de Suavia no me persiga todavía vuestro enojo; comprenderéis que, con mi fortuna personal, la vida me será difícil; ignoro a qué medios tendré que acudir; desde luego no serán indignos de un caballero, aunque ya no sea príncipe... ¡Adiós, señor! Que algún día me juzguéis en justicia es mi único deseo. *(Sale el Príncipe.)*

CANCILLER

¡Pobre Príncipe!

EMPERADOR

¿Por qué? Si ha sido fuerte para cumplir su voluntad, debe serlo para oponerse a la mía. ¡Un príncipe de Suavia casado con una cómica!

CANCILLER

¡Señor! El amor...

EMPERADOR

¡El amor, el amor! ¿Qué necesidad tenía de casarse?

CANCILLER

Aseguran que ella es virtuosa.

EMPERADOR

Desconfiad de esas virtudes que se hacen pagar con el matrimonio. Decid que es una mujer que sabe mucho, y mi sobrino un tonto que no conoce el mundo ni a las mujeres. Si se tratara siquiera de una artista seria, de una artista dramática de uno de los teatros subvencionados... Pero una artista de opereta, que no hace un mes cantaba *La bella Elena* y *La hija de madame Angot*, ¿creéis que una mujer así puede presentarse en la corte? Los mismos ujieres, al anunciarla, no podrían por menos de tararear algún *couplet* que la hubieran oído en el teatro. ¡La Princesa! Dejadnos un momento, pero esperad cerca. *(Sale el Canciller.)*

ESCENA VII

El EMPERADOR, la PRINCESA ELENA, el PRÍNCIPE MAURICIO, la PRINCESA MARGARITA, el PRÍNCIPE ALEX, la CONDESA DE ROSEMKRANK y la BARONESA DE ROSEMBERK.

PRINCESA ELENA

¡Querido tío!... ¡Señor!...

EMPERADOR

No me abraces. *(A los Príncipes.)* ¿Quién os ha mandado venir?

PRINCESA ELENA

Dejadlos. ¡Me quieren tanto!... Como yo a ellos. Ya veis, todos me quieren todavía; me aclaman en las calles; nadie ha olvidado a Elena, a la princesa Bebé, como me llamaban todos, porque era un tiempo en que yo era la alegría de este palacio; aquí se quedó toda, con todos mis cariños. ¿Verdad que me queréis mucho? Tú, Margarita, pobre niña a quien deseo toda la felicidad que yo no hallé en la vida, que no dispongan de tu corazón como dispusieron del mío. Sé inflexible si tratan de unirte a un hombre a quien no amas ni puedas amar nunca.

PRINCESA MARGARITA

Elena, Elena, yo no quiero que llores; yo no quiero que te vayas de aquí.

EMPERADOR

Basta, Condesa; llevaos a los Príncipes...

CONDESA

Ya oís, Altezas...

EMPERADOR

Elena y yo tenemos que hablar por última vez.

PRINCESA ELENA

¿Por última vez? Sois inflexible.

PRÍNCIPE MAURICIO

El abuelito está muy enfadado.

PRÍNCIPE ALEX

¿Y llegarán hoy los juguetes que me has traído?

PRINCESA ELENA

Sí, sí; ya veréis. Un automóvil; un campamento, con soldados que andan, y cañones que disparan.

PRÍNCIPE ALEX

Te quiero mucho.

CONDESA

Vamos.

PRINCESA MARGARITA

¡Abuelito!...

EMPERADOR

¿Qué es esto? Hoy no saldréis en todo el día de vuestras habitaciones. Basta de llantos. *(Salen los Príncipes y la condesa Adelaida.)*

ESCENA VIII

El EMPERADOR, la PRINCESA ELENA y la BARONESA DE ROSEMBERK

PRINCESA ELENA

¡Señor!

EMPERADOR

¿A qué has venido? Me supones tan débil, que todas esas lágrimas, aunque fueran de arrepentimiento, puedan hacerme olvidar lo que debo al honor de nuestro nombre. Aunque no te juzgara como Emperador, sólo como jefe de nuestra familia, tendría que decirte lo que ya sabes...: has muerto para mí.

PRINCESA ELENA

Sois muy cruel. Os he pedido consejo, protección, os habéis negado a escucharme. ¿Por qué os opusisteis a mi divorcio?

EMPERADOR

¡Un divorcio en nuestra familia!

PRINCESA ELENA

¿No son iguales para todos las leyes de vuestro Imperio? Con más razón debo yo invocarlas, ya que me casasteis contra mi voluntad.

EMPERADOR

Con un príncipe digno de amor.

PRINCESA ELENA

Baronesa, habéis sido testigo de mis sufrimientos.

BARONESA

¡Pobrecita señora! ¡Pobrecita!

PRINCESA ELENA

Sabíais bien que el Príncipe era un hombre brutal; conocíais mi corazón; sabíais que no podía ser dichosa a su lado.

EMPERADOR

El cumplimiento del deber es una dicha que nunca puede faltarnos, y sólo depende de nosotros. Quizá sea la más difícil de lograr; por eso mismo es la más digna de los que por mala o por buena suerte nacimos en elevada cuna.

PRINCESA ELENA

Sois hombre y soberano, y podéis hallar en nobles, ambiciosas y altas empresas, compensación a todo. Para un corazón de mujer nada tiene sentido en la vida, ni el deber, ni la ambición, ni el sacrificio, ni preceptos de moral, ni la misma fe religiosa, si no es el amor..., que sin hablarnos nunca de deberes, ni de obligaciones, ni de sacrificios, ni ordena ni castiga, y todo lo consigue sólo por ser amor. ¿Y queréis condenarme a vivir sin amor toda mi vida? Aun es posible que una mujer pueda resignarse a vivir sin ser nunca amada; ¡pero sin amar! ¿Cómo puede vivir? Yo hubiera cumplido mis deberes de esposa con el Príncipe, si su única falta hubiera sido no amarme; pero bien lo sabéis, es un hombre grosero, indigno, que no podía inspirarme ni compasión siquiera, ni lástima, el último refugio del corazón para cumplir deberes de amor, cuando todo amor falta.

BARONESA

Es la verdad, señor; es la verdad. ¡Pobrecita señora!

EMPERADOR

Después hablaremos, Baronesa. Fué un gran acierto destinaros al lado de la princesa Elena. Habéis sabido velar por su decoro.

BARONESA

¡Señor!

EMPERADOR

Debí informarme mejor de vuestra vida pasada.

BARONESA

¡Señor! ¡Alteza! ¡No puedo, no puedo oírlo! ¡Insultada, ultrajada! No puedo contestaros; sois el Emperador... Pero es indigno, insultáis a la baronesa de Rosemberk.

PRINCESA ELENA

Tranquilizaos. ¡Señor, sois injusto con la pobre Baronesa!

BARONESA

¡Es horrible, horrible! ¡Así se pagan mis leales servicios! ¡Yo, que he sacrificado todo por servir a Vuestra Majestad! Su Alteza os dirá cómo la aconsejaba yo siempre. No diré que Su Alteza no haya cometido errores y locuras que yo sólo puedo lamentar, pero no sabéis las que hubiera cometido si yo no hubiera estado a su lado para contenerla. Sin mí, se hubiera escapado dos meses antes.

EMPERADOR

Si creéis que con ese retraso hemos ganado algo...

BARONESA

Y Vuestra Alteza puede deciros que, así como en el asunto de su divorcio me ha tenido siempre de su parte,

respecto a los amores con el caballero Rosmer siempre halló en mi la mayor oposición.

EMPERADOR

Por eso era en vuestra casa donde se veían.

BARONESA

Cuando ya no tenía remedio, señor; por evitar mayores escándalos.

EMPERADOR

Y la fuga, digno remate de la aventura, ¿quién la facilitó?

BARONESA

La Princesa amenazaba con suicidarse, estaba loca. ¿Y qué deciros, señor? Yo adoro a la Princesa.

PRINCESA ELENA

¡Mi buena amiga! Y mi gratitud será eterna.

BARONESA

Ya lo veis, se me insulta, pierdo la gracia del Emperador... El honor de una Rosemberk puesto en duda. El Emperador habla con reticencia de mi vida pasada, una vida de virtud ejemplar. Sólo me queda el cariño de Vuestra Alteza... ¡Princesa de mi corazón!

PRINCESA ELENA

¡No os faltará nunca, Baronesa de mi alma!

EMPERADOR

¡Por vida! No hay paciencia. Sois insoportable, Baronesa. No volváis a presentaros en la corte bajo ningún

pretexto. Concluyamos de una vez. Tus pretensiones serán, sin duda, como las de tu primo, otro héroe de una novela de amor; pero por lo visto confiáis poco en el amor para asegurar vuestra felicidad, y pretendéis seguir disfrutando de vuestra asignación como príncipes, ¿no es eso?

PRINCESA ELENA

Me ofendéis. Mi única pretensión es que sé admita mi demanda de divorcio, que pueda yo disponer libremente de mi corazón.

EMPERADOR

¿Después del escándalo de la fuga? ¿No sabes que nada conseguirás? El caballero Rosmer es tu cómplice, la misma ley se opondría a tu matrimonio con él.

PRINCESA ELENA

No es cierto. El caballero Rosmer era el secretario del Príncipe, y como tal me acompañó en mi viaje. Yo no le amaba entonces... La Baronesa puede asegurarlo.

BARONESA

Lo juro por todos mis antepasados.

EMPERADOR

Y yo no lo creo, Baronesa. Terminemos: el escándalo producido en el mundo entero por vuestras locuras, el borrón indeleble que habéis arrojado sobre nuestra dinastía, sin contar con las perturbaciones morales y políticas que padece el Imperio por culpa vuestra, imponen la mayor severidad en el castigo. Princesa Elena: para merecer el perdón sólo os queda un medio. Seréis declarada falta de juicio, y recluída durante algún tiempo, según vuestro comportamiento, en alguno de los sitios reales.

PRINCESA ELENA

Gracias. Si soy culpable, quiero ser responsable de mis culpas. ¿No tenéis otro medio para enmendarlas? Francamente, no comprendo vuestro modo de velar por el buen nombre de la familia. Yo creo que siempre será mejor garantía para el Imperio saber que somos capaces de enamorarnos en nuestro cabal juicio, que no incapaces de todo por imbéciles o por locos. Si empezáis a declarar locos en la familia tenéis para rato, y no es seguridad para los pueblos la de estar gobernados por una familia en que haya tanta gente sin juicio.

EMPERADOR

¿Aún te burlas?

PRINCESA ELENA

No, no me burlo. Comprendo que hice mal en acudir al corazón de quien nunca lo tuvo.

EMPERADOR

¡Insolente! ¡Lejos de mí! ¡Lejos de Suavia!

PRINCESA ELENA

Sí, lejos de aquí los que buscamos la verdad de nuestra vida en la verdad de nuestro corazón, los que no supimos aprender a vuestro lado y al de los príncipes que seguirán cerca de vuestro trono, y dignos de vuestro afecto, a guardar hipócritas las apariencias del amor y del respeto, por lo que ya no se ama ni se respeta. Queden aquí con todos sus honores el príncipe Miguel, que no se casará con una actriz como el príncipe Esteban, pero está en relaciones con tres o cuatro; la princesa Leonor, que no pretenderá divorciarse, porque nada mejor que un marido para disimular el horror al matrimonio; la princesa Clotilde, a quien para

nada le estorba el suyo... Esas son las virtudes oficiales, las que no escandalizan ni ponen en peligro la tranquilidad del Imperio. Yo no soy así; y tenéis razón, hice mal en acudir a vuestras leyes, cuando puedo invocar la ley de mi propia conciencia. ¡Qué locura! ¡Pedir a los demás lo que está en nosotros mismos! .. ¿Para qué intentar revolucionar el mundo? Basta con revolucionar nuestro espíritu. Oidlo: en este momento, yo, la princesa Elena, acabo de sentirme feroz anarquista. El mundo, vuestro Imperio, la sociedad entera con sus leyes, con su moral, con sus mentiras..., quede todo conforme estaba, que nadie intente destruirlo... Hay gentes que no sabrían vivir de otra manera... Pero dentro de mí, en mi vida, acaba de estallar una bomba que ha hecho saltar en mil pedazos todo ese mundo con todas sus leyes y todas sus mentiras... Salgamos de aquí, Baronesa. *(Salen la princesa Elena y la Baronesa.)*

ESCENA IX

El EMPERADOR, después el CANCILLER

EMPERADOR

¡Todo se desquicia..., me ahogo!...

CANCILLER

¡Señor!

EMPERADOR

El príncipe Esteban y la princesa Elena saldrán hoy mismo de Suavia sin pretexto para dilatar una hora su permanencia en la corte. Suspended el Consejo citado para hoy. ¿Había algún asunto urgente que resolver?

CANCILLER

La ley de reformas sociales.

EMPERADOR

¡Buena ocasión para promulgarla! ¡Para dar qué reir! ¡Pretender reformar la sociedad cuando mi casa y mi familia andan como ve todo el mundo!... ¿Y qué más?

CANCILLER

Nada más de importante. Vuestra firma al decreto concediendo una pensión a nuestro gran poeta.

EMPERADOR

¿Poeta? Poetas, filósofos, escritores, ésos tienen la culpa de todo. Ésos son los que trastornan las ideas y perturban las inteligencias; locos, indisciplinados; no me habléis de poetas. ¡Ah! Y esa canción estudiantil que celebra los amores de la Princesa, que no vuelva a oirse... ¿La sabéis por casualidad?... ¿Qué dice?

CANCILLER

No la recuerdo... No tiene mérito alguno... Aconseja a la Princesa que desprecie a la corte y a los cortesanos; que entre los estudiantes y los enamorados hallará su verdadera corte..., el reino del amor...; desatinos...

EMPERADOR

Ya veo.. ¿Y dice algo de mí?

CANCILLER

Nada de particular. El estribillo: Deja al viejo Emperador; ¿qué sabe él lo que es amor?...

EMPERADOR

¿Qué sabe él lo que es amor?... Bien está; retiraos... Necesito descanso... ¡Ah! ¡Cuidad de la Prensa! La hemos dejado demasiada libertad en estos tiempos.

CANCILLER

Ya hemos acordado lo que debe hacerse. Descansad, señor...

EMPERADOR

Buenas noches. *(Sale el Canciller.)* El viejo Emperador... ¿Qué sabe él lo que es amor?

FIN DEL ACTO PRIMERO

PERSONAJES DEL SEGUNDO ACTO

EL PRÍNCIPE ESTEBAN.
LA PRINCESA ELENA
LA CONDESA DIANA DE LYS.
ELSA KENISBERG.
LA BARONESA DE ROSEMBERK.
EL CONDE DE TOURNERELLES.
EL CABALLERO ALBERTO ROSMER.
Mr. DE CHANTEL.
EL MAESTRO WULF.
Mme. CLEMENCIA WILF.
GODOFREDO WILF.
LA REINA DE SABA.
LA DUQUESA DE ARCOLE.

Acompañamiento.

En una estación de invierno, entre Italia y Francia
Gran salón en el Casino.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

DIANA DE LYS, la REINA DE SABA.
Acompañamiento.

DIANA

Es casualidad; dos años seguidos me sucede lo mismo. En el momento de verte, acierto un pleno. Es el primero que acierto en toda la temporada. ¿Vienes de París?

REINA

Dando un rodeo.

DIANA

¿Cuándo has llegado? Leo todos los días las listas de viajeros.

REINA

Es que ahora han dado por llamarme con otro nombre. Desde que representé el invierno pasado en Olimpia la pantomima *La reina de Saba*... Tú viajabas entonces por Italia. ¡Un éxito loco! Tanto como tú cuando hiciste *El baño de la parisienne*, pero yo me desnudaba más veces; la última, sobre todo, delante de Salomón; ese canalla de Fló-fló inventó una combinación de luces...

DIANA

Si lo hubiera sabido, vuelvo de Italia... ¿Y tuviste buena prensa?

REINA

Admirable. *Lorrain* dos columnas de insultos, que nunca le agradeceré bastante Desde entonces nadie me conoce más que por la reina de Saba.

DIANA

Ahora recuerdo; leí el nombre y pensé: ¿quién será esta nueva?...

REINA

Pues era yo, salvo la novedad...

DIANA

¿Vienes sola?

REINA

Completamente. Es viaje de recreo. ¿Y tú? ¿Acompañas siempre al Condesito? ¿En qué millón está? En París aseguran que en los últimos.

DIANA

Al paso que lleva... Todavía si los gastara en él .., pero se divierte en verlos gastar.

REINA

¿Sigue tan aburrido como siempre?

DIANA

Ha llegado a lo supremo. Ya no se conmueve ni se molesta por nada; los que le rodean viven por él; su secretario, sobre todo, Chantel.

REINA

Le conozco. Sabrá aprovecharse.

DIANA

¡Ya lo creo! Y todo el mundo. El Conde compra coches y automóviles, y él ni los ve siquiera; sus amigos y los amigos de sus amigos los pasean y lucen. Entrega a manos llenas los billetes de a mil para que los otros jueguen y pierdan naturalmente, y él ni siquiera asoma por la sala de juego. Se habla de un espectáculo cualquiera, envía a sus amigos y prohibe que le cuenten después lo que han visto. Hasta las extravagancias en el vestir, a que antes era tan aficionado, ahora se las impone al secretario.

REINA

Y tú, ¿has quedado también para el secretario?

DIANA

A mí me quiere todavía. Soy la única persona que tiene influencia sobre él. Tanta, que de seguro al regresar a París este año seré la condesa de Tournerelles. No te ofendas si aquí no me reuno mucho contigo; aquí tengo un círculo muy selecto y no me conviene comprometerme.

REINA

¿Qué círculo es ése?

DIANA

Ya sabes que el Arte y la devoción son dos pretextos que han servido siempre para mejorar de clase. Los artistas y los devotos, con tal de que se guarden las apariencias, admiten encantados a todo el que llega a su grupo.

REINA

¿Te has hecho devota?

DIANA

No. Eso lo guardo para la vejez. Por ahora basta con el Arte. Frecuento un círculo de artistas amantes de la música. ¡Pero qué música! La música de Wilf. ¿Tú no sabes quién es Wilf? Ni te importa. Fué un genio que murió desesperado en un manicomio porque nadie entendía de música; pero después de su muerte, su viuda Mme. Clemencia Wilf y su hijo Godofredo...

REINA

¡Qué nombre!

DIANA

Se llama así porque ese es el nombre de un poema sinfónico de su padre. Su viuda y el hijo y unos cuantos admiradores y devotos de la música divina de Wilf se propusieron que fuera admirada y conocida por todo el mundo; fundaron una Sociedad por acciones, dieron conciertos, dirigidos unas veces por Wulf (¿tú no conoces a Wulf?), otras por Godofredo Wilf; y si al principio nadie les hacía caso, y unas veces les silbaban y otras les insultaban y hasta les arrojaban patatas, poco a poco la mujer de Wilf se impone, los fanáticos aumentaban, la gente se volvía loca.

REINA

¿Y a ti te cogió la locura? No sigas...

DIANA

No lo creas; ni a mí ni a nadie, fuera de algunos engañados de buena fe, que son indispensables para el buen éxito de todo negocio. La viuda, el hijo, el maestro y los músicos que los acompañan explotan muy lindamente el snobismo de mucha gente que a su vez se da por bien explotada, pareciendo superior a los demás

mortales con entender y admirar la música de Wilf. Como entre esta gente figuran personas muy distinguidas, yo hago valer mi influencia con el conde de Tournerelles para inscribirle como accionista de la Sociedad de conciertos de Wilf, Wulf y Compañía. Los socios me acogen con entusiasmo; se me perdona mucho porque amo mucho... la música del maestro, del ídolo; me codeo con gente *chic:* princesas, grandes damas, grandes artistas, y preparo mi entrada en la mejor sociedad de París del brazo del conde de Tournerelles y en alas de la música de Wilf... ¡Y viva el Arte, mi querida amiga!

REINA

Tienes un talento que asusta. Si hubieras sido hombre hubieras sido lo que hubieras querido.

DIANA

Es que eso es lo primero que no hubiera querido ser: hombre. Ahora... perdona. Llega mi gente. Ya nos veremos.

REINA

¡Qué fastidio! No me has dicho quién hay por aquí.

DIANA

Está muy aburrido. Ya nadie viene a distraerse; todos vienen con algún interés. Nunca ha estado esto tan triste en vísperas de Carnaval. La única que se divierte es la Zaragoza, la española... Como todo le coge de nuevas...

REINA

¿Está aquí ese animal salvaje? Si lo sé no vengo. ¿No sabes que el verano pasado, en Trouville, dimos un escándalo? Nos pegamos en pleno Casino; se cruzaron apuestas, hubo empate...

DIANA

Ya me lo contarás. Bien venida y buena suerte.

REINA

Hasta la vista, Condesa. *(Sale.)*

ESCENA II

DIANA, MME. WILF, WULF, MR. WILF, ELSA KENISBERG y la DUQUESA DE ARCOLE

DIANA

Señores, ¿ha terminado ya la ópera?

MME. WILF

No hemos podido tolerar más que dos actos, y eso por galantería hacia los artistas. ¡Qué ópera! ¡Llamar ópera a eso!

WULF

¡Y pensar que la humanidad ha vivido en esa creencia!

MR. WILF

¡Y que aún hay quien oye esa música como si fuera música!

ELSA

La Condesa ha tenido el buen gusto de no acompañarnos.

DIANA

Salvo la música, hubiera tenido mucho gusto; pero cuando me dirigía al teatro me encontré con una amiga de colegio... Y el Príncipe, ¿no vendrá esta noche?

ELSA

El Príncipe tiene el mal gusto de escuchar la ópera hasta el final.

DIANA

¿Y qué hay, señores? ¿Se ha combinado ya nuestro concierto? ¿La Sociedad del Casino acepta las condiciones?

MR. WILF

Todo está convenido. Sólo faltan detalles. Será un acontecimiento.

ELSA

¡Qué programa!

MR. WILF

Aquí nos atrevemos a todo. Contamos con un público inteligente.

WULF

Convencido.

MME. WILF

Aquí no se trata de iniciar a una multitud de neófitos, sino de oficiar ante una *élite* de creyentes.

MR. WILF

Aquí oiréis lo que no habéis oído nunca. Los tres grandes poemas: el poema del Sueño, el poema de la Idea y el poema del Silencio.

MME. WILF

La obra capital de Wilf.

WULF

La que todavía no ha entendido nádie.

MR. WILF

La que dejaría de ser lo que es el día que se entendiera.

MME. WILF

La única vez que se ejecutó en Londres se desmayaron cinco señoras, y a los pocos días se suicidaban los dos primeros violines que habían tomado parte en el concierto.

WULF

Yo no puedo dirigir esa obra sin una preparación, estoy por decir, religiosa. Ocho días antes no salgo de mi habitación, no hablo con nadie; sólo leo las pocas y sublimes páginas que nos legó el maestro; sólo me alimento lo preciso para sostener mis fuerzas; llego a producirme una exaltación mística, único modo de aspirar a la interpretación de la sublime obra. Cuando termina el concierto, madame Wilf os dirá cuál es mi estado.

MME. WILF

¡Lastimoso! Sólo a fuerza de friegas y de ponches de ron conseguimos que reaccione. Por eso es una obra que sólo puede ejecutarse de tarde en tarde. Mi hijo no puede dirigirla todavía.

MR. WILF

La estudio desde hace seis años, y mi interpretación se aparta en todo de la del maestro Wulf.

WULF

Pero no explicáis las razones; por ejemplo: ¿a qué obedece vuestra opinión de que debe ser lento el segundo tiempo del poema de la Idea y vivo el del Silencio? Cuando lo ideal sería que el Silencio no llegara a escu-

charse, y en cambio la Idea pasara rápida como el pensamiento. ¡Ah, si yo encontrara ejecutantes que me siguieran!

MME. WILF

La discusión es muy interesante. ¿Qué opináis, Condesa, y Vuestra Alteza y la Duquesa?

DUQUESA

(Despertando.) ¡Ah! Perdonad...

DIANA

La Duquesa no ha pasado de la música italiana.

DUQUESA

¿Qué queréis? A mi edad no se cambia el gusto. Para mí no se ha hecho nada mejor que *La Sonámbula*, y como pieza de concierto *La Mandolinata*.

DIANA

Pero Duquesa...

DUQUESA

(Bajo a Diana.) ¡Cállate! Estoy de música y de sociedad...

DIANA

Disimula.

DUQUESA

Si yo sé esto, cualquier día te sirvo de dama de compañía.

DIANA

Calla, que se fijan en todo.

DUQUESA

¿Por qué he de callar? Si aquí todos estamos lo mismo... Representando lo que no somos. Ni la Princesa es

Princesa, ni tú Condesa, ni yo Duquesa, ni esta viuda del músico será viuda, si fuéramos a ver, ni la música de su difunto es música, si vamos a oir... Di que todos estamos a lo nuestro, y a todos nos conviene pasar por todo.

DIANA

¡Duquesa!

DUQUESA

¡Cállate! ¡Lo que nos divertíamos aquí otros años!...

DIANA

Entonces era la juventud, la irreflexión. Hay que pensar seriamente.

DUQUESA

¿Pero quién puede aguantar a esta Princesa, que no hace dos meses cantaba operetas y música de organillo, dándoselas ahora de gran señora y de artista sublime?

DIANA

No me comprometas, que acabarás por hacerme reir. *(Alto.)* La Duquesa confiesa que ella, en el fondo, comprende la superioridad de la nueva música, de la única música.

DUQUESA

Si, si..., yo comprendo, yo siento; pero no me negúeis que aquello de... *(Tarareando)* siempre hará llorar.

ELSA

¡Duquesa!

DUQUESA

Cuando poseamos nuestro Templo, nuestro Bayreuth...

WULF

¡Oh, nuestro Bayreuth! Una leyenda llamada a desaparecer.

MME. WILF

Sí, Wagner fué algo, un precursor tímido.

WULF

Acertó algunas veces. Pero cuando poseamos nuestro Templo, nuestra gran sala de conciertos sobre una montaña, a orillas del mar, en una isla si fuera posible...

MR. WILF

Donde una vez al año se congregaron todos los creyentes.

WULF

Esperemos, que muy pronto será realidad nuestro Sueño.

MME. WILF

Contamos para ello con grandes capitales.

MR. WILF

No sólo para el Templo, sino para la construcción de hoteles, *restaurants* y cuanto sea necesario.

WULF

Puede ser un gran negocio.

MME. WILF

Puede serlo; pero no pensemos en ello: pensemos en él nada más.

WULF

Cierto. Más que en él, en ella, en su Idea; más que en lo que hizo, en lo que pudo hacer.

MME. WILF

En el ideal...

DUQUESA

(Bajo a Diana.) Si esta gente no sacara dinero de todo esto, diría que no la había visto más loca en mi vida.

ESCENA III

DICHOS, el CONDE DE TOURNERELLES y CHANTEL

CONDE

¡Muy gracioso ese lance, muy gracioso! ¿Y si se hubiera presentado algún caballero y te hubiera desafiado? ¡Más gracioso todavía!

CHANTEL

Perdonad; esta vez hubierais tenido que desafiaros en persona. Yo hablé a Su Alteza en vuestro nombre, por encargo vuestro.

CONDE

Porque de lejos me pareció una *cocotte;* pero tú debiste informarle.

CHANTEL

¿Qué queréis? Me acerqué, y de cerca me siguió pareciendo lo mismo. Estaba sentada en una de las mesas de treinta y cuarenta; a su lado una señora de edad, pero nada respetable; las dos jugaban y reían como

locas; figuraos que una jugaba a encarnado y la otra a negro, y luego apostaban entre ellas...

CONDE

Es gracioso. ¿Y tú?

CHANTEL

Yo me atreví a proponerles una combinación, que ellas aceptaron encantadas. Ya sabéis, la infalible. Pusieron su dinero a mi disposición...

CONDE

¿Te quedaste con algo?

CHANTEL

Os aseguro que no; se perdió todo. La Princesa, la que resultó luego ser princesa, pasaba de continuo su brazo escotado por mi espalda. Yo soy muy nervioso; bajo el tapete verde, mi pie oprimía el suyo con fuerza...

CONDE

¿Y ella...?

CHANTEL

No era ella, era la venerable dama de compañía; de ahí la equivocación. Cuando quise atreverme a lanzar mis proposiciones..., vuestras proposiciones, la Baronesa de... (no recuerdo el título) me abrumó con los dicterios más injuriosos, y entonces supe quién era la gran señora a quien habíamos juzgado tan ligeramente.

CONDE

¿Y ella...?

CHANTEL

Ella no parecía muy ofendida; al contrario, se levantó riéndose a carcajadas.

CONDE

Entonces debemos continuar la aventura. Esa princesa, ¿no es la princesa Elena de Suavia, la que se fugó con el secretario de su marido?

CHANTEL

Y con él está aquí, esperando a que el Emperador le permita divorciarse.

CONDE

¿Divorciarse? ¿Para qué? ¿Para casarse con el secretario? Sería un final indigno. Esa princesa me divierte. Estoy por emprender yo mismo la aventura; una princesa vale la pena de que uno se moleste.

CHANTEL

¡Si supierais que, según me han asegurado, la enamorada pareja anda muy mal de fondos y trata de negociar un empréstito a toda costa!... El Emperador los sitia por hambre. El Príncipe consorte ha hecho publicar en todos los periódicos del mundo que él no reconoce las deudas de su esposa. Los demás parientes, por no malquistarse con el Emperador, también la niegan su protección; el treinta y cuarenta no les ha sido muy propicio, y...

CONDE

Admirable. Entérate de todo. Para acercarme a la Princesa tengo el pretexto de ofrecerle mis excusas por la torpeza de mi secretario.

CHANTEL

Gracias...

CONDE

La música de Wilf puede dar ocasión a un concierto en mi «villa», al que puedo invitar a Su Alteza...

CHANTEL

¿Y si Diana sospecha...?

CONDE

Diana tiene mucho talento para molestarse... Sabe que estoy decidido a casarme con ella, a pesar de todo. A ella y a mí nos conviene rodearnos de la mejor sociedad, cueste lo que cueste.

CHANTEL

Y cuesta bastante. A propósito. ¿Por cuánto os suscribís por fin en la Sociedad Wilf para la construcción del gran teatro? Esta gente no me deja vivir; no ve la hora de coger el dinero.

CONDE

Cinco mil francos más que el mayor accionista.

CHANTEL

Es que hay algunos figurados por cantidades fantásticas...

CONDE

Entonces... cincuenta mil francos. Ya lo dije.

CHANTEL

¡Ah!... Esta cartita... La Zaragoza, la bailarina española, me escribe, os escribe... El Carnaval se aproxima; necesito deslumbrar en la batalla de flores, en los bailes del Casino.

CONDE

Diez mil francos...

CHANTEL

El Eco de la Costa Azul os ha dedicado una brillante crónica de su más brillante cronista. Escribe también...

CONDE

Tres mil francos.

CHANTEL

Y *El Monitor del Gran Mundo* publica vuestro retrato... y el mío.

CONDE

Tres mil quinientos...

CHANTEL

Y en estos días había perdido...

CONDE

Te empeñas en jugar combinaciones ridículas.

CHANTEL

¿A qué hora podríais firmar mañana los cheques?

CONDE

¿A qué hora? ¿A qué hora podré yo firmar mañana? ¡Qué fastidio! No sé; a cualquiera hora. Procura enterarte de cuanto se refiera a la Princesa; es lo único que puede distraerme... Voy a saludar un instante.

CHANTEL

Me enteraré de todo. *(Sale.)*

CONDE

(Acercándose al grupo.) Señores... Alteza... Madame...

MME. WILF

Creo que mi hijo os ha expresado ya mi agradecimiento por vuestra generosidad en apoyo de nuestra obra...

CONDE

No vale nada...

WULF

Sois un alma de artista, digno de comprender la obra.

MR. WILF

Vuestro nombre figurará en el Templo.

DIANA

Asistiremos todos los años.

CONDE

(Bajo.) Eso sí que no; sería demasiado...

DIANA

Calla.

CONDE

Y antes que el concierto público anunciado, ¿no podía prepararse algo más íntimo en mi «villa»? Yo creo que la música de vuestro esposo necesita, para ser bien comprendida, un auditorio selecto, una atmósfera de intimidad, de...

DIANA

Sí; puede organizarse un pequeño concierto.

MR. WILF

No hay inconveniente.

MME. WILF

(Bajo.) Cincuenta mil francos merecen la molestia

WULF

Yo me encargaré de todo. El señor Conde no tiene más que designar el día...

ELSA

Yo me ofrezco a cantar aquella lamentación muy..., aquella página admirable...

MME. WILF

¿Qué decís, Alteza? Será la primera vez que una verdadera artista haya interpretado esa página.

ELSA

Pondré en ella todo mi sentimiento del Arte.

WULF

El espíritu del maestro se estremecerá en aquel instante.

MME. WILF

Él os oirá. Estoy segura.

CONDE

(Bajo a Diana.) Tendrá que oír Su Alteza.

DIANA

Sí; desde *La bella Elena* a la música de Wilf, es demasiado salto.

CONDE

No tanto como desde princesa de teatro a princesa de veras.

DIANA

Sí; pero el terreno del Arte no se presta tanto como el terreno social a esos saltos mortales. Con grandes y con reyes se codea cualquier advenedizo; con Shakespeare y con Beethoven no es tan fácil... Yo no me tengo por tonta.

CONDE

No, ciertamente.

DIANA

Intenté ser artista y no pude lograrlo...; intenté ser Condesa... y no hago tan mala figura...

MME. WILF

Es muy tarde; nos retiramos. Godofredo consagra la noche al estudio...

WULF

Yo necesito también recoger mi espíritu en vísperas de un gran concierto.

ELSA

Por lo visto, el Príncipe soporta la ópera hasta el final. Yo también me retiraría.

CONDE

El príncipe no está en el teatro. Entraba en la sala de juego hace poco.

ELSA

¿En la sala de juego? Me disgusta.

CONDE

A estas horas está muy animada.

ELSA

¿Me acompañáis a buscarle?

CONDE

Con mucho gusto.

MME. WILF

Señores... *(Al Conde.)* ¿Cuándo os dignáis señalar el día para esa audición particular?...

CONDE

¡Ah, sí! Descuidad... Tengo mucho interés... *(Salen todos.)*

ESCENA IV

La PRINCESA ELENA y la BARONESA DE ROSEMBERK

BARONESA

Conmigo no volvéis al Casino; ¡no quiero ser responsable de lo que os suceda! Bastantes responsabilidades... ¡ay! y bastantes remordimientos pesan sobre mí. No sabéis qué noches paso; sólo a fuerza de morfina logro aletargarme, pero el sueño, ese sueño benéfico que sólo una conciencia tranquila proporciona, huyó de mis ojos para siempre.

PRINCESA ELENA

Sí; creéis que vengo por mi gusto al Casino. Me divertía las primeras noches por la novedad. Yo no había asistido más que a las fiestas aburridísimas de la corte; sólo había visto algún casino de nuestros aburridísimos balnearios, y ya sabéis, cuando asistíamos alguno de la familia imperial, todavía estaban más aburridos. Pero, ya satisfecha la curiosidad, no vendría aquí nunca.

BARONESA

¿Pues dónde iríais?

PRINCESA ELENA

A otros sitios más divertidos... o peores, que es lo mismo. He notado que los sitios que da en decir la gente que son malos son los más divertidos; de donde deduzco que el infierno, que es el de peor fama, debe de ser divertidísimo.

BARONESA

Alteza... Afligís mi corazón, como no tenéis idea. No es posible que sintáis nada de lo que decís desde hace algún tiempo.

PRINCESA ELENA

Desde que me he propuesto decir todo lo que pienso y hacer todo lo que sienta. ¿No es eso?

BARONESA

Ya veis a lo que habéis dado lugar esta noche. A que un insolente deslizara en mi oído frases que yo no pensé escuchar nunca. Y en mis manos un billete de cien francos, diciéndome al mismo tiempo: «Facilitadme una entrevista con vuestra amiguita...» ¡Creí morirme al escucharlo!

PRINCESA ELENA

¿Y no es gracioso? Yo, en vuestro caso, hubiera aceptado los cien francos y los hubiera jugado a pleno... Estoy segura de que hubiera ganado.

BARONESA

Alteza... No sé cómo deciros que todo esto me costará la vida. Pensad que el mundo entero está pendiente de

vuestros pasos; que desde Suavia nos siguen y nos observan...

PRINCESA ELENA

Por eso mismo, no quiero que vean que estoy triste ni aburrida un solo momento.

BARONESA

Y lo estáis, sin embargo, a pesar vuestro; sólo la paz de la conciencia...

PRINCESA ELENA

Dejad la conciencia; la mia está en paz con todo el mundo. No tenia hijos a quien perjudicar con mi conducta, lo único que la hubiera hecho indisculpable; a mi marido no hago más que pagarle, sin grandes réditos, todas las groserías y brutalidades que le debía; a la corte de Suavia una vida de mortal aburrimiento y una continua abdicación de mi voluntad. He saldado la cuenta con todos ellos; conmigo es con quien no estoy satisfecha.

BARONESA

¿Y por qué?

PRINCESA ELENA

Porque es inútil renovar nuestro espíritu cuando todo continúa lo mismo a nuestro alrededor. No es el porvenir, es lo pasado lo que gobierna al mundo. La historia, la maldecida historia, es el gran tirano de las naciones y de los hombres. Si fuera posible nacer a la vida el dia en que con plena conciencia, con plena libertad, podemos afirmar «esta es nuestra vida», pero ni siquiera desde el primer dia de nuestra vida podemos decir que nacemos, vivíamos desde mucho antes, desde muy antiguo, desde muy lejos. La vida es una selva mil veces centenaria, y como sus árboles seculares, nuestras al-

mas tienen raíces muy hondas. Las ramas que mueve el aire nos parecen alas que en vano agitamos ansiosos de aire, de luz, de libertad...

BARONESA

Lo que significa...

PRINCESA ELENA

Significa que yo hubiera renunciado sin pena a toda mi vida pasada, pero a toda en absoluto. ¿Pero de qué me sirve olvidar lo que fuí si nadie lo olvida a mi alrededor, si todos me imponen las mismas obligaciones y las mismas ceremonias de la corte de Suavia?... Todos, el primero él, quien menos debía acordarse de lo que fuí. Y así, desde el hombre que me ama, por quien renuncié a mi posición y a mi rango sin tristeza, hasta los últimos criados y el comerciante que me vende cualquier baratija, y el mendigo que me acosa en la calle, todos me recuerdan que soy la princesa de Suavia, que ni en mi trato, ni en mi ostentación, ni en mis gastos, puedo dejar de serlo; los honores que me niega el Gobierno de Suavia oficialmente, me los conceden todos por su conveniencia, y en vano es que yo quiera decir: «Soy una mujer enamorada, una mujer que sólo desea vivir dichosa y olvidada, sin dar a nadie cuenta de sus acciones.» Todos protestan: «No, Alteza, no es posible; sois siempre la princesa, la princesa Elena de Suavia...» ¡Y aseguraba el Emperador que con mis locuras había perdido el derecho a la consideración de las gentes! Nunca me he visto tan respetada, tan considerada y tan princeseada... Por eso, cuando ese atrevido me confundió con una mujer cualquiera, no pude ocultar mi alegría; es la primera vez que he estado a punto de saber lo que valgo por mí misma.

BARONESA

Tened compasión de mis pobres nervios. Decís cosas

inauditas. ¿Pero creisteis alguna vez que nadie podía olvidar lo que erais? Ni en el fondo os agradaría que lo olvidásemos. Lo que os mortifica no es veros considerada como princesa, sino los apuros que ahora empezáis a padecer para sostener una posición difícil.

PRINCESA ELENA

Puede que tengáis razón. Es imposible vivir como vivimos.

BARONESA

La crisis será pasajera. El Emperador no puede consentir que una sobrina suya...

PRINCESA ELENA

Cuando se trata de dar dinero, el Emperador lo consiente todo.

BARONESA

Entonces...

PRINCESA ELENA

He inventado varios recursos; pero al caballero Alberto Rosmer le parecen todos muy incorrectos, indignos de una princesa.

BARONESA

Si es así; pero como la incorrección sólo sería en la forma, digo yo, porque al fin el Emperador pagará, estoy segura...

PRINCESA ELENA

Supongo que sí. Ante un escándalo. Pero Alberto no quiere escándalos. Espera todavía que el Emperador consienta mi divorcio y podamos volver a Suavia como príncipes.

BARONESA

No lo creo. El Emperador no consentirá nunca el divorcio de una princesa de sangre imperial.

PRINCESA ELENA

Y hace bien. El divorcio es ridículo. Además, suprime la única seguridad del matrimonio: la de no poder volver a casarse. Yo, por mi parte, ya no pienso en él, ni creo que conduce a nada. Mi matrimonio ahora con el caballero Rosmer, después del escándalo, sería como la fe de erratas al final de un libro, cuando ya se ha leído el libro: no enmienda ninguna y las recuerda todas.

ESCENA V

Dichos y CHANTEL

BARONESA

Vamos de aquí. ¿No veis? ¡El atrevido de antes, y sería capaz...!

PRINCESA ELENA

Veamos de lo que es capaz. No me asusta ningún atrevimiento.

CHANTEL

Señora baronesa de... ¡Perdonad si olvidé vuestro título!

BARONESA

De Rosemberk.

CHANTEL

El aturdimiento que me produjo la incorrección cometida me impidió cumplir como caballero presentando

todas mis excusas y pidiendo perdón a la señora Baronesa y a Su Alteza.

BARONESA

Su Alteza viaja de incógnito; decid Duquesa...

CHANTEL

¡Perdonad! Para mí Su Alteza siempre será Su Alteza.

PRINCESA ELENA

Y para todos; es igual.

CHANTEL

Ante todo debo advertir, en disculpa mía, que si me dirigí a Su Alteza fué por encargo del conde de Tournerelles, de quien soy secretario particular. El Conde no ve muy bien desde lejos y creyó...

PRINCESA ELENA

No tiene nada de particular. En esta Cosmópolis, donde todos aparentan lo que no son, bien puede tomarse a una princesa por una *cocotte,* cuando hay tantas *cocottes* que parecen princesas...

BARONESA

El conde de Tournerelles, ¿es el que ha dado tanto que hablar con sus extravagancias? Al que llaman... ¡Perdonad, olvidaba que sois su secretario!

CHANTEL

Pero eso no es un secreto. En París le llama todo el mundo el Chocolaterito, porque el origen de su fortuna fué una fábrica de chocolates fundada por su abuelo, el cual llegó a París sin un cuarto.

PRINCESA ELENA

¡Y sin zapatos!; es la leyenda de todas las grandes fortunas.

CHANTEL

Lo cierto es que a los veinte años de llegar a París y establecer la primitiva y modesta fábrica empezó a comprar terrenos, a edificar casas...

BARONESA

¿Aprovechando los chocolates?

CHANTEL

Aprochándolo todo. El caso es que hoy su nieto es archimillonario, Conde; París, entre burlas y veras, le dispensa una atención que sólo han sostenido tanto tiempo Sarah Bernhardt y la Otero... Lanza las modas...

PRINCESA ELENA

Y a las mujeres más hermosas de París, según mis noticias. La famosa Diana de Lys, ¿no fué invención suya?

CHANTEL

¿La condesa Diana de Lys?

PRINCESA ELENA

¡Ah! ¿Se llama condesa también?

CHANTEL

¡Es una mujer muy inteligente! Ha logrado dominar al Conde a fuerza de talento, y logrará cuanto se proponga, hasta casarse con él, que es lo que se ha propuesto.

PRINCESA ELENA

¡No sabéis cuánto me divierten esas historias!... Gente que lucha, gente que vive...

CHANTEL

Pues aquí no faltan. Su Alteza lleva, sin duda, una vida muy retirada, por gusto de Su Alteza sin duda, porque este medio facilita, sin comprometerse, toda clase de relaciones. ¿No habéis oído hablar de la Sociedad Wilf, Wulf y Compañía?

PRINCESA ELENA

¿Qué Sociedad es ésa?

CHANTEL

El mejor pretexto que ha podido encontrarse para hallar un terreno neutral en que todo el mundo se codea y se comunica, cada uno con su interés particular, y en apariencia todos con un ideal artístico... La música de Wilf..., la Sociedad para la construcción de un gran teatro..., no se habla de otra cosa. Si Su Alteza quiere asistir a un concierto en la «villa» del Conde, el Conde será muy dichoso si aceptáis su invitación.

PRINCESA ELENA

Desde luego. ¿Decís que asiste gente de todas clases?

BARONESA

¡Alteza!

CHANTEL

¡Gente muy distinguida! Su Alteza el príncipe Esteban entre otros.

PRINCESA ELENA

Eso me desagrada. No estoy en las mejores relaciones con mi primo... Es un carácter serio.

BARONESA

¡No, Alteza; donde asiste el príncipe Esteban no podéis asistir! ¡Os veríais obligada a admitir la presentación de su esposa..., la Kenisberg, una cantante de opereta!...

PRINCESA ELENA

Es verdad; estoy en el caso de ser intransigente. Sois muy ridícula, Baronesa.

BARONESA

¡Alteza! Me veré al fin en el triste caso de tener que abandonaros... Trastornáis por completo todas mis convicciones.

PRINCESA ELENA

Vuestras convicciones y las mías quedaron en Suavia. Decid al Conde que tendré mucho gusto en aceptar su invitación y de asistir al concierto.

BARONESA

¡Oh!

CHANTEL

Para el Conde será una verdadera felicidad. ¡Alteza..., a vuestros pies!... Baronesa, permitid un momento... ¿Dónde podría hablaros un instante a solas?

BARONESA

¡Caballero! ¡No iréis a ofrecerme otro billete de cien francos!

CHANTEL

¿Quién se acuerda? No; ahora debo ofreceros algo más...

BARONESA

¡Caballero!

CHANTEL

¡Tranquilizaos! Yo sé que Su Alteza negocia un empréstito de importancia y halla dificultades...

PRINCESA ELENA

¡Baronesa!

BARONESA

¡Permitid! El caballero me dice algo muy interesante. ¡Sabéis...!

CHANTEL

El Conde está dispuesto a facilitar las negociaciones y a servir a Su Alteza en cuanto se le ofrezca.

BARONESA

¡Ah, vamos! El Conde negocia...

CHANTEL

No se trata de una especulación. Al Conde le basta con el solo nombre de Su Alteza como garantía. Podéis decírselo así, y espero la contestación de Su Alteza. *(Sale Chantel.)*

ESCENA VI

La PRINCESA ELENA y la BARONESA

PRINCESA ELENA

¿Qué secreteabais con el secretario?

BARONESA

Algo muy serio. No sé qué pensar. Figuraos que en nombre del Conde me ha dicho que os ofrezca cuanto necesitéis, sin más garantía que vuestro nombre.

PRINCESA ELENA

¿De veras? ¡Estamos salvadas!

BARONESA

¡Alteza! Vuestra imprevisión me aterroriza. Pensad que el dinero ofrecido así..., por una persona desconocida...

PRINCESA ELENA

Una persona que, tarde o temprano, sabe que ha de pagársele; que tiene bastante práctica en los negocios y bastante habilidad para comprender que la confianza dispensada y el desinterés aparente son un motivo más para obligarme...

BARONESA

Es posible. Pero con estos *parvenus* es menester estar prevenidos. ¿Quién sabe si en el fondo lo que desea es comprometeros, valerse de vuestro nombre para algún negocio dudoso?

PRINCESA ELENA

¡Bah! Hoy día mi influencia personal nada significa; yo no puedo vender secretos políticos ni financieros... Yo sólo creo que el Conde paga con su ofrecimiento el lujo de presentar una Alteza más en su casa y en sus fiestas, entre esa sociedad algo mezclada que le rodea... Estoy segura de que mi primo se habrá hecho pagar también del mismo modo su amistad con el Conde. El príncipe Esteban debe estar más apurado que yo... Nadie mejor que él puede informarme...

BARONESA

Temo que vais a comprometeros en alguna aventura peligrosa. Este conde, esa condesa, ese secretario..., esa Sociedad de músicos y, sobre todo, la aproximación al príncipe Esteban, y por consiguiente a su esposa... Ya sabéis que, en el fondo de todo, en la corte de Suavia perdonan mejor la separación de vuestro marido que el matrimonio del príncipe Esteban.

PRINCESA ELENA

Eso prueba cómo anda de sentido moral la corte de Suavia. Sobre todo, comprenderéis que el extremo a que hemos llegado no es ocasión de guardar distancias. Para los que amanecen todos los días con la renta fija que necesitan para todos los gastos de su posición social, sientan muy bien esos lujos de selección en sus relaciones. La moralidad es como la Ordenanza para el soldado: no es la misma en tiempo de paz que de guerra. Yo lucho ahora por la vida; sólo cuento conmigo, y lucho con desventaja. ¡Ah! Subir, subir desde muy abajo, como esa condesa de quien nos hablaba el secretario, con voluntad, con energía, es muy fácil; a nada ni a nadie se deben respetos ni miramientos. Se dice: «Allí quiero llegar», y se llega. Descender desde muy alto, pretender ocultarse, desaparecer, si es posible, para vivir de otra vida más íntima, más nuestra, eso sí que es difícil, porque el interés de cuantos nos rodean está en que no descendamos, porque su posición social depende de la nuestra, porque son muchos los que vivían de nuestra vida, que por eso era tan poco nuestra. Pero pensáis mal si pensáis que ahora van a detenerme consideraciones ridículas.

BARONESA

¡Si, ya veo que no os detiene nada! Si todos hicieran

lo mismo, ¿qué sería del mundo? Una lucha de fieras. Si nuestro egoismo no hallara un límite cuando quisiéramos ser dichosos...

PRINCESA ELENA

Sí, hay un límite al buscar nuestra felicidad: el dolor ajeno...

BARONESA

¿Y creéis que no habéis traspasado ya ese límite? Pensad cuánta tristeza habéis causado a Sus Majestades, a vuestro esposo, a mí...

PRINCESA ELENA

¡Bah! Esas no son tristezas, no es ése el verdadero dolor. Vanidad, amor propio, preocupaciones de clase, etiquetas de corte: eso es todo lo que yo he herido...; pero ningún corazón lloró por mí con tristeza verdadera. Fué indignación, no fué dolor lo que por mí sintieron. Y si una sola lágrima verdadera, de quien nos ama con toda su alma, bien merece que sacrifiquemos toda la felicidad de nuestra vida, a los chillidos y aspavientos de esa otra indignación, que ni es tristeza, ni es amor, ni es indignación siquiera, mal haríamos en sacrificar ni un solo capricho, y mucho menos nuestra felicidad.

ESCENA VII

Dichos, el PRÍNCIPE ESTEBAN y el CONDE DE TOURNERELLES

PRÍNCIPE ESTEBAN

Os aseguro, querido amigo, que si acudí a la caja del Casino fué porque la cosa no tiene importancia. Jugué

esta noche con una suerte deplorable. Tuve la corazonada de que la suerte cambiaría...

CONDE

Si sólo se trata de esta noche, os perdono; pero no os perdonaré nunca que dudéis de mi amistad en ningún caso.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Querido Conde, ya sabéis que sólo espero la ocasión de corresponder a vuestro afecto y a vuestra generosidad.

CONDE

¿Seréis tan amable que me presentéis a vuestra prima la princesa Elena? Le debo una explicación y una disculpa.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Con mucho gusto, si estuviera seguro de ser bien acogido yo mismo. Debo confesaros que mis relaciones con la princesa Elena nunca fueron muy cordiales. La casualidad hizo que, por motivos muy distintos, pero por los mismos días, nuestra conducta produjera grandes disgustos en la corte. Uno y otro creímos que la coincidencia agravaba el enojo del Emperador, y si nunca nos fuimos muy simpáticos, desde entonces aumentó nuestra antipatía.

CONDE

En ese caso, perdonad; yo ignoraba...

PRINCESA ELENA

(A la Baronesa.) No discutamos, es inútil; estoy resuelta; haced lo que os digo.

BARONESA

En este instante quisiera poseer el alma heroica de alguno de mis antepasados para oponerme a vuestra voluntad. Por última vez, pensadlo bien.

PRINCESA ELENA

Le hablaré yo misma...

BARONESA

No, no; esperad... *(Al Príncipe.)* Señor...

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Eh? ¡Ah! ¡Mi querida Baronesa!... Tengo mucho gusto en saludaros, tanto gusto como sorpresa. La verdad, no me hubiera atrevido a esperar..., y mucho menos cuando acompañáis a la Princesa.

BARONESA

Es Su Alteza quien me envía...

PRÍNCIPE ESTEBAN

¡Ella! Eso sí que es inaudito. Explicadme... Permitid, queride Conde...

CONDE

Yo me retiro, puesto que Su Alteza desea hablaros.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Esperad cerca; ahora ya es posible la presentación que solicitabais. *(Sale el Conde.)* ¿Decís que es ella quien...? Yo creía que huía de mí.

BARONESA

Eso creía mi señora por parte de Vuestra Alteza.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿De mí? ¿Por qué? Al contrario, ahora veréis... ¡Que rida prima!...

PRINCESA ELENA

Queridísimo primo, ¿es cierto que no me guardas rencor?

PRÍNCIPE ESTEBAN

Yo era el que creía que tú evitabas mi presencia.

PRINCESA ELENA

...a podido existir esa mala inteligencia entre nosotros. Ahora, ya lo ves, la desgracia nos une. Desterrados los dos por una misma culpa, por haber proclamado la independencia de nuestro corazón.

PRÍNCIPE ESTEBAN

El mío era libre...

PRINCESA ELENA

¿Es un reproche? El mío padecía un tirano, impuesto por otro tirano; por lo mismo me considero más heroica que tú. Tú eres príncipe, como yo, pero eres hombre y soltero. Yo he tenido que vencer tres tiranías: la de ser princesa, la de ser casada y la de ser mujer. Figúrate si he necesitado ser valiente.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Sí, es verdad; fué un desacierto tu casamiento, un capricho inexplicable del Emperador. Has debido sufrir mucho. Pero ahora, ahora, serás feliz como yo.

PRINCESA ELENA

Sí, soy muy feliz, tan feliz como tú. Ahora es la vida,

la libertad, el amor verdadero. Todo esto bien vale algunas privaciones que debemos imponernos, y que yo, por mi parte, no sentiría, puedes creerlo.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Ni yo por mi tampoco, te lo aseguro. Pero es injusto que participen de ellas los que nos aman.

PRINCESA ELENA

No somos ricos. Del Emperador no debemos esperar nada..., y yo menos que tú. Y mis deudas son muchas y el crédito se agota.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¡Dímelo a mí!

PRINCESA ELENA

Yo creí que el conde de Tournerelles... ¿No es gran amigo tuyo?

PRÍNCIPE ESTEBAN

Sí; pero yo no me atrevería a solicitar de él favores de esa clase, a pesar de sus ofrecimientos.

PRINCESA ELENA

Pues haces mal, porque todo el mundo lo cree. Nadie se explica de otro modo tu amistad con él.

PRÍNCIPE ESTEBAN

La explicación es muy sencilla. Sería yo un tirano insoportable si pretendiera aislar a mi pobre Elsa de toda relación en el mundo... ¿Y qué relaciones son ahora posibles para nosotros? Entre toda esta gente aquí reunida en completa democracia del dinero y del vicio, los dos grandes niveladores sociales, la única selección posible es entre los contados que se hacen perdonar

su dinero y sus vicios por algo de arte y de fantasía. Él Conde es uno de ellos. Además, es una excelente persona, de gran corazón, incapaz de una indelicadeza...

PRINCESA ELENA

¿De modo que tú crees que es persona de quien puede una fiarse?

PRÍNCIPE ESTEBAN

Sin temor alguno.

PRINCESA ELENA

Acepto por inmejorables tus informes; y como sé que el Conde desea serme presentado, te ruego que no tardes en complacerle.

PRÍNCIPE ESTEBAN

En efecto, será una alegría para él. Me dijo que deseaba darte una explicación.

PRINCESA ELENA

Es innecesaria. Tendré mucho gusto en saludarle.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Al momento; no debe estar muy lejos. *(Sale el príncipe Esteban.)*

BARONESA

¡Alteza, Alteza!... Rodamos por una pendiente incalculable. Me causáis el mismo terror que si os viera lanzaros a ejecutar el *looping the loop*. No sé si mi razón podrá sobreponerse a estas sacudidas. Ved... Esto nos faltaba; el caballero Rosmer; no puede llegar en peor ocasión. Cuando sepa que habéis hablado con vuestro

primo..., que va a seros presentado el conde de Tournerelles...

PRINCESA ELENA

Es lo mejor que puede hacer, escandalizarse. Avisadme cuando lleguen mi primo y el Conde. *(Sale la Baronesa.)*

ESCENA VIII

La PRINCESA ELENA y el CABALLERO ALBERTO ROSMER

PRINCESA ELENA

¡Oh, Alberto! ¿Qué ha sido de ti? Has jugado y has perdido. No quieres convencerte. No se puede ser afortunado en todo. Bueno, bueno; cambia de cara, ¿o prefieres que cambie la suerte?

ALBERTO

Esta noche no he jugado. Ya sabes que por mi no jugaría nunca, ni vendríamos al Casino, ni estaríamos aquí.

PRINCESA ELENA

Sí, sí; conozco el idilio. Tu corazón y una cabaña. ¡Pobre de quien se fíe!... Recuerdo todavía los ocho días que pasamos en el campo, sin ver a nadie, sin hablar con nadie, solos son nuestro inmenso amor. ¿Quién se aburrió primero?

ALBERTO

Yo me aburrí de verte a ti aburrida.

PRINCESA ELENA

Yo me aburrí sin duda de verte a ti muy divertido. ¿Para qué engañarnos? Nos aburrimos los dos. El cari-

ño es muy hermoso, ¡quien lo duda!, lo más hermoso del mundo; pero es como el sol: no está su hermosura en la luz propia, sino en que su luz ilumine cosas alegres y risueñas que a su luz parecen más hermosas. Por eso quisiera yo rodear nuestro cariño de todas las cosas alegres y risueñas de este mundo.

ALBERTO

Sí, ya lo veo. Quieres estar alegre, siempre alegre; eso es el cariño para ti, no pensar nunca en nada serio.

PRINCESA ELENA

Si yo hubiera pensado seriamente como tú quieres, no hubiéramos sido nunca felices con nuestro cariño, no estaríamos ahora juntos. Porque amo la alegría sobre todas las cosas, no quiero entristecer mi vida ni con la resignación, renunciando a tu cariño para siempre, ni ahora con el remordimiento porque te seguí con toda mi alma. ¿Es que debí aceptar sumisa el destino de toda mi vida impuesto por un Emperador y una corte toda tradición y veneraciones, donde la voz de los muertos significa más que la voluntad de los que viven? No; yo tenía mi corazón, mi alma, mi vida, que no podía ser aquélla, y debí luchar... La vida es sólo esto: o aceptar el medio y el ambiente que nos rodean, sin rebelión, sin protesta, vivir en quietud, en calma, resignados, algo parecido a la muerte, y entonces sientan bien a nuestro alrededor todas las virtudes como estatuas de monumento funerario, o rebelarse, protestar, luchar contra todo, y para luchar sólo hay una virtud: el valor; las demás, por muy respetables que sean sus nombres, no son sino fantasmas del miedo..., miedo, lo único que nos impide correr hacia la felicidad con el corazón alegre, cuando la felicidad nos llama en la vida con un solo nombre: amor.

ALBERTO

¿Y si algún día el amor volviera a llamarte a la felicidad y su voz no fuera la mía? ¿Tampoco te detendría nada?

PRINCESA ELENA

¿Por qué dices eso? No puedes dudar de mi cariño.

ALBERTO

Crees tú que no puedo dudar porque te parece que has sacrificado mucho por él.

PRINCESA ELENA

No es sacrificio renunciar sin pena y sin esfuerzo al medio odioso en que vivía.

ALBERTO

Si no fué sacrificio, si era tan odioso para ti ese medio, ¿no puedo temer entonces que el deseo de abandonarle significaría para ti más que mi cariño. ., que sin darte cuenta yo solo representara para ti esa nueva vida, este nuevo ambiente..., esta libertad en que ahora te complaces, olvidada de quien eres y de lo que te debes a ti misma?

PRINCESA ELENA

¡Ah, vamos! Era todo para terminar censurándome como de costumbre. Yo sí que puedo dudar de tu cariñó al oírte, porque no ahora, antes debiste advertir que me había olvidado de quién era y de lo que me debo a mí misma, si es que sólo quisiste en mí a la princesa Elena de Suavia.

ALBERTO

No hables así; es que no me comprendes. Es que yo quiero verte respetada siempre, digna de tu posición y

de tu rango; es que yo no quiero que nadie juzgue que no fué el amor, sino el deseo de una vida aventurera y fácil, lo que nos hizo olvidarlo todo. Es que temo también que tú misma despiertes cuando adviertas las privaciones, para ti intolerables, a que nos obligará muy pronto la realidad... Y entonces quiero que no hayas descendido tanto que te sea imposible recobrar el puesto a que renunciaste por mi cariño, por mi cariño, sí, quiero creerlo, por mi cariño sólo. ¿No es verdad? Mi princesa Bebé, nacida donde menos debió nacer, para ser el espanto de la corte de Suavia, como chicuelo travieso en tertulia de anticuarios, para burlarse de ellos y revolver sus pergaminos y sus diplomas y derribar sus cachivaches empolvados.

PRINCESA ELENA

¡La rebeldía es tan hermosa! ¡Fué en el cielo, fué junto a Dios, y hubo un ángel rebelde que por serlo cambió el cielo por el infierno!

ALBERTO

Tú lo has dicho, el infierno. ¿Y si algún día lloraras por tu cielo perdido?

PRINCESA ELENA

Será porque no habré encontrado el que buscaba. ¿De quién sería la culpa? Yo sé decirte que, suceda lo que suceda, no retrocederá nunca.

ALBERTO

¿Me querrás siempre?

PRINCESA ELENA

Si tu cariño responde a lo que de él espero...

ALBERTO

¿Qué quieres decir?

PRINCESA ELENA

Ya lo oiste: que no retrocederé nunca.

ALBERTO

¿Conoces la verdad de nuestra situación? Lee estas cartas.

PRINCESA ELENA

Sí; acreedores, banqueros que nos cierran sus cajas, amigos que aconsejan... Lo sé; lo esperaba...

ALBERTO

Es que hasta ahora sólo renunciaste a lo enojoso de tu posición. ¿Sabrás renunciar lo mismo a las ventajas?

PRINCESA ELENA

No, no renuncio. Lucharé por nuestro cariño... Necesitamos dinero, lo tendremos. Dentro de un instante mi primo Esteban me presentará al conde de Tournerelles.

ALBERTO

¿Has hablado con tu primo? ¿Piensas que te presente al conde de Tournerelles? ¿Tú sabes de qué gente se rodean? Tendrás que admitir en tu compañía a la mujer del Príncipe, a la querida del Conde... y a todo su círculo, esa sociedad de advenedizos y de trapisondistas... No, no es posible; piensa que nos observan desde la corte de Suavia, que el Emperador puede llegar a perdonarnos si nuestra conducta es digna y corresponde a nuestra situación; pero de este modo...

PRINCESA ELENA

Di de una vez que toda tu esperanza y toda tu ilusión es que el Emperador consienta en mi divorcio, en que yo vuelva a ser princesa de Suavia y tú príncipe a mi lado. ¿No es eso? ¿Y crees que a fuerza de ser juiciosos, de pasar mil privaciones, vamos a obtener la gracia del Emperador? ¡Qué locura! Sé a qué atenerme; el Emperador sólo cederá por miedo al escándalo, cuando mis acreedores le pongan en ridículo.

ALBERTO

Pero ¿piensas aceptar del conde de Tournerelles...? ¿Has pensado? ¿Estás loca? ¿Sabes a lo que te obligas, lo que él puede creer, lo que puede atreverse a esperar de ti?...

PRINCESA ELENA

No cree nada; no espera nada. Cree sencillamente que paga muy barato el lujo de recibir a una princesa en su casa.

ALBERTO

Pero ¿tú sabes a quién tendrás que tratar en su casa?

PRINCESA ELENA

Sí; ya lo sé, ya lo supongo. A hombres y mujeres con pasiones, con vicios, con necesidades, con nervios, con sangre; a gente que vive, que lucha por la vida, que ama, que odia, que intriga; a gente como toda, como tú, como yo. ¡Qué afán de separarnos, de clasificarnos, de creernos distintos los unos de los otros, si todos somos iguales, de la misma raza, la pobre raza humana, que se empeña en dividirse, en odiarse, en separarse en castas, en clases, en personas, cuando toda la simpatía y todo el amor que puedan estrecharnos aún es poco para sobrellevar entre todos la pena de vivir nuestra vida!...

ESCENA IX

Dichos, la BARONESA y después el PRÍNCIPE ESTEBAN, el CONDE, ELSA y DIANA

BARONESA

¡Señora!... ¡Su Alteza..., el Conde!... Caballero... ¿Sabéis? No tendréis influencia bastante para impedir... ¡Si supierais! Hoy mismo he recibido cartas de Suavia... Todo se sabe, todo se aumenta. Suponen que vivimos en la mayor depravación, entregados al juego, en perpetua orgía... ¿Queréis creerlo? Hasta suponen que yo tengo un amante... Notaréis que sólo me sostengo a fuerza de nervios...

ALBERTO

Es inútil. Su Alteza no atiende a ninguna consideración razonable...

PRÍNCIPE ESTEBAN

Querida prima. *(Presentando.)* El conde de Tournerelles.

CONDE

¡Alteza!... No sé cómo presentaros mis excusas por el desagradable incidente.

ELSA

¡Esteban!... *(Deteniéndose, a Diana.)* ¿Qué es esto? La princesa Elena. ¿Es posible? Y os juraba que no la saludaría nunca... ¡Cuando lo sepa el Emperador!

PRINCESA ELENA

Voy a presentarte al caballero Alberto Rosmer. ¿No tendréis inconveniente?

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Por qué? Sería ridículo suponer que no le conozco.

PRINCESA ELENA

Alberto. El príncipe Esteban desea saludarte.

ALBERTO

¡Alteza!

PRINCIPE ESTEBAN

Ya tenía el gusto de haberle saludado muchas veces en Suavia...

PRINCESA ELENA

Preséntame ahora a tu esposa. ¿Lo piensas? ¿Es por ti?

PRÍNCIPE ESTEBAN

No; puedes creerlo...

PRINCESA ELENA

¡Ah, vamos..., es por ella!... ¿Será tan celosa como el caballero Rosmer de guardar distancias y respetos? Es gracioso; por ellos renunciamos a nuestro rango, y son ellos los que procuran conservarlo...

PRÍNCIPE ESTEBAN

Es gracioso, en efecto, Elsa...

ELSA

¿Cómo ha sido hablar con la princesa Elena? Supongo que no me obligarás a que yo la salude.

ALBERTO

(A Elena.) ¿Por qué me has obligado a saludar al Príncipe?

PRÍNCIPE ESTEBAN

Comprende que es ridículo; es mi prima; estamos los dos en tierra extranjera...

ELSA

Está con su amante; es una mujer casada.

ALBERTO

Si estuviera solo... Pero está con su mujer, ¡una cantante de opereta!...

PRINCESA ELENA

¡Oh, basta ya! Es insoportable. Veréis cómo se aclara la situación. Conde, presentadme a vuestra prometida, a la condesa Diana de Lys...

CONDE

¡Oh! Encantado... Diana...

DIANA

¡Tanto honor! Alteza..., la mayor felicidad para mí...

ALBERTO

¿Qué decís de esto, Baronesa?

BARONESA

El bromuro ya no me hace efecto; necesito emborracharme, lo que se llama emborracharme de morfina.

PRINCESA ELENA

Tendré mucho gusto en asistir a su concierto.

DIANA

¿De veras asistiréis? ¡Oh, Alteza! ¡Tanta bondad!

CONDE

Será un honor incomparable para nosotros.

PRINCESA ELENA

Ahora, como nuevo favor, presentadme a la mujer de mi primo. Veo que él no se atreve, y discuten muy acalorados.

CONDE

¡Oh, no! Ahora veréis... Querida amiga. La princesa Elena desea saludaros.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Lo ves? Con ella, no hay medio.

ELSA

¡Alteza!

PRINCESA ELENA

Alteza, no; por mi nombre, Elena... ¿Por qué no queríais saludarme?

ELSA

No; ¿quién os ha dicho...?

PRINCESA ELENA

¡Bah! No me ofende. Estoy segura de que llegaréis a quererme mucho.

ELSA

Es posible... Permitid; la Condesa me hablaba...

PRINCESA ELENA

Esteban, ¿no lo ves? ¿No observas a tu mujer y al caballero Rosmer?... Están disgustados, les contraría

nuestra amistad, les molesta que no guardemos distancias, respetos y etiquetas.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Es verdad.

PRINCESA ELENA

Merecían..., sí, lo merecían.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Qué piensas?

PRINCESA ELENA

¡Nada! ¡Vale la pena de hacer revoluciones en el corazón y en el mundo para esto! Merecían que volviéramos a acordarnos de lo que somos, ya que ellos no saben olvidarlo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

PERSONAJES DEL TERCER ACTO

EL PRÍNCIPE ESTEBAN.
LA PRINCESA ELENA.
LA CONDESA DIANA DE LYS.
ELSA KENISBERG.
LA BARONESA DE ROSEMBERK.
EL CONDE DE TOURNERELLES.
EL CABALLERO ALBERTO ROSMER.
Mr. DE CHANTEL.
EL MAESTRO WULF.
Mme. CLEMENCIA WILF.
GODOFREDO WILF.
LA DUQUESA DE ARCOLE.

Acompañamiento.

Una sala en la «villa» del conde de Tournerelles.

ACTO TERCERO

ESCENA I

La PRINCESA ELENA y el CONDE DE TOURNERELLES

CONDE

La verdad, querida amiga... ¡Perdonad, Alteza!...

PRINCESA ELENA

Amiga me agrada más.

CONDE

No extrañéis la familiaridad; sois de esas personas que cuando las habla uno por primera vez le parece que las conocía de toda la vida. Yo, que, podéis creerlo, no peco de franco ni de confiado, siento que no podría ocultaros ningún secreto de mi vida. Sois como un hada bienhechora: tenéis el don de alegrarlo y de embellecerlo todo. ¡Si os dijera que hasta ahora no he comprendido por qué vivía!

PRINCESA ELENA

¿Hasta ahora? Pues contad que desde ahora empezaréis a ser muy desgraciado.

CONDE

¿Por qué?

PRINCESA ELENA

Porque el único modo de vivir dichoso es vivir sin comprender por qué se vive. Pero, ¿qué ibais a decirme antes?...

CONDE

¡No recuerdo!... Sí, recuerdo que era un rodeo para deciros otra cosa...

PRINCESA ELENA

Pues empezad por el rodeo...

CONDE

Antes de ser vuestro amigo, cuando sólo os admiraba de lejos, me figuraba yo al caballero Rosmer como.... ¿cómo lo diré sin ofenderos?

PRINCESA ELENA

Como un ser ideal, un caballero del cisne, un héroe de leyenda... Y ahora os parece un hombre vulgar, un hombre cualquiera... Se explica: no tenéis término de comparación, no habéis conocido a mi marido.

CONDE

¡Sois encantadora!

PRINCESA ELENA

Pero quedamos en que el hablarme del caballero era sólo un rodeo.

CONDE

¡Para terminar diciendo que os adoro!

PRINCESA ELENA

Tenéis motivos para creeros mi Lohengrín, puesto que me habéis salvado de una situación difícil; por eso

mismo, yo, en vuestro caso, retrasaría esa declaración de amor.

CONDE

¿Por qué?

PRINCESA ELENA

Porque de ningún modo debe complaceros mi contestación, que, favorable, puede pareceros agradecimiento; desfavorable, ingratitud.

CONDE

Me bastará con que sea sincera.

PRINCESA ELENA

¿Sincera? Lo soy estimando vuestras palabras como una galantería obligada, aunque en este caso un poco atrevida.

CONDE

¿Atrevida? ¿Recordáis distancias?

PRINCESA ELENA

Al contrario, recuerdo aproximaciones: la de nuestra amistad. De la amistad puede aceptarse todo.

CONDE

¿Y del amor no, cuando une con mayor fuerza que la amistad? ¡Extraña teoría!

PRINCESA ELENA

Del amor, no; cuando no puede ser correspondido. A la amistad puede corresponderse siempre.

CONDE

¿Y si hubiera ocasiones en que sólo con amor se puede corresponder a la amistad?

PRINCESA ELENA

Si entraba en vuestros cálculos que mi amistad sólo pudiera pagaros con mi amor, desde ahora os lo digo: mi corazón se declara insolvente, y aceptad la palabra insolvente en toda su amplitud, mi querido amigo.

ESCENA II

Dichos y la BARONESA

BARONESA

¡Alteza!

PRINCESA ELENA

¿Terminó ya el concierto? ¿Duermen ya todos los oyentes o bostezan en éxtasis?

BARONESA

Lo que sucede es que todo el mundo comenta vuestra desaparición.

PRINCESA ELENA

La música de Wilf me entristece. ¡Es demasiado evocadora! Creo que ausentarme ha sido el mayor elogio que he podido hacer de ella.

BARONESA

Pero habéis obligado al Conde a que os acompañe.

PRINCESA ELENA

Nada de eso. El Conde había huído antes que yo.

BARONESA

Pero todo el mundo ha notado la coincidencia de vuestra desaparición. ¡Si hubierais oido lo que decian!

PRINCESA ELENA

¡Qué imprudentes! ¡Decirlo cuando estabais cerca y podian suponer que yo no tardaria en saberlo!

BARONESA

Yo fingia dormir, Alteza.

PRINCESA ELENA

¿No dormiriais de verdad y habréis soñado? Esa música es propicia.

BARONESA

Ya sé que mis advertencias no significan nada. Desde ahora permaneceré muda, oiga lo que oiga; muda como vuestro sentido moral, Alteza.

PRINCESA ELENA

Ya lo ois, Conde: volved al concierto, tranquilizad a los que murmuran.

CONDE

Volvamos juntos. Ya debe terminar; reforzaremos los aplausos.

PRINCESA ELENA

Si volvemos juntos seguirán notando coincidencias. No; dejadme aquí. ¡Necesito recoger mi espíritu, mirar al cielo, la noche está hermosa!

CONDE

No os asoméis al balcón. ¡La noche está muy fría!

PRINCESA ELENA

Para estas regiones en que florece el naranjo, como canta Mignon; para mí, después de las noches de hielo de Suavia, es una hermosa noche de verano. Dejadme... ¿Oís? ¿Qué música es esa? No es la del concierto; viene de fuera, viene de lejos. Es un vals, un delicioso vals.

CONDE

Una de las muchas orquestas de tziganes que infestan el país. Muy cerca, a espaldas de mi «villa», hay un *restaurant* nocturno al que acude muy mala gente. Como se aproxima Carnaval, habrán empezado los bailes de máscaras; unos bailes muy originales. Todo el almanaque de Gotha del crimen se da cita en ellos.

BARONESA

¡Qué espanto! ¿Y eso se consiente?

PRINCESA ELENA

¿No podríamos asistir a uno de ellos?

BARONESA

¡Alteza!... ¿Qué digo? Debí presumir que se os ocurriría en cuanto el Conde lo dijo.

CONDE

No os lo aconsejo. Ir solos es muy peligroso; ir acompañados de la Policía es muy aburrido, porque el baile pierde todo su carácter.

PRINCESA ELENA

¡Silencio!

CONDE

¿Qué habéis oído?

PRINCESA ELENA

¿No veis?

CONDE

Sí; en el jardín... Es mi secretario Chantel.

PRINCESA ELENA

¿Y ella, y ella? Alguna de vuestras invitadas.

CONDE

No lo creo... Esperad... Desde aquí no distingo.

PRINCESA ELENA

Baronesa, dejadme vuestros lentes... No; es una muchacha de la servidumbre... ¡Ja! ¡ja! Es muy gracioso... ¿Habéis oído?

CONDE

¡Ah, sí! Es indudable, ha sido un beso.

BARONESA

¡Un beso! ¡Señora, retiraos!

PRINCESA ELENA

¿Lo veis? El único que se divierte aquí esta noche es vuestro secretario. Y lo mismo sucede en todas las fiestas, y lo mismo sucede en la vida. Los salones son el escenario donde se representa la diversión oficial, que es el aburrimiento íntimo; la verdadera diversión está siempre entre bastidores.

CONDE

¿Y queréis que los deje por el escenario? Permitidme que permanezca a vuestro lado. ¡Soy tan dichoso! No os diré nada; miraremos juntos al cielo; oiremos esa mú-

sica y esos besos, y nuestras almas sabrán armonizarlo todo con nuestro silencio, y callaremos hasta que las lágrimas asomen a nuestros ojos, porque habrán pasado por nuestras almas, unidas en un solo pensamiento, las dos únicas verdades de la tierra: el amor y la muerte...

PRINCESA ELENA

¡Qué poético!... ¿Qué veo? ¡Es verdad! Hay lágrimas en vuestros ojos... ¿Estáis emocionado?

CONDE

¿Lo dudabais?

PRINCESA ELENA

¡No, no! ¡Cerremos el balcón; volvamos al concierto: me habéis asustado!

CONDE

¿Yo? ¿Por qué?

PRINCESA ELENA

Porque me siento también emocionado, a pesar mío, y lloraría también sin saber por qué..., y eso es lo que no quiero, que dependa mi voluntad de una noche azul, de una musiquilla que se oye a lo lejos y de unas palabras que a la luz, en medio de mucha gente, me hubieran hecho reir como me río ahora...

CONDE

¡Alteza! ¡Elena! *(Le besa la mano.)*

BARONESA

¡Caballero!

PRINCESA ELENA

No os alarméis, Baronesa... Al contrario; el Conde

es un cumplido caballero y me besa la mano como... princesa de Suavia... El conde es uno de mis mejores amigos...

ESCENA III

Dichos y Mr. CHANTEL

PRINCESA ELENA

¡Ah, monsieur de Chantel! ¿Falta mucho para que termine el concierto? ¡Vendréis del salón seguramente!

CHANTEL

Sí, del salón; de allí vengo. Aun falta, aun falta.

PRINCESA ELENA

Vendréis entusiasmado... ¡Esa música es algo divino! Espero impaciente vuestra opinión, monsieur de Chantel.

CHANTEL

¿Mi opinión? Después de oír la de Vuestra Alteza... Yo creí, al hallaros aquí, que era porque os habíais aburrido como el señor Conde.

PRINCESA ELENA

Nada de eso. ¡Aburrirme! Al contrario, me emocionaba demasiado; temí un ataque de nervios. ¡Oh, qué música!

CHANTEL

Sí, en efecto; es sublime.

PRINCESA ELENA

Es algo así como una esencia de cosas inefables..;

oyéndola se experimentan las sensaciones más extrañas; hubo un momento en que me parecía estar a la luz de la luna, en un hermoso jardín saturado de violetas; la música era como susurro de besos de enamorados que paseaban por el jardín, en parejas tan unidas, que la sombra de sus cuerpos sobre la arena era sólo una, como sus almas en aquel instante.

CHANTEL

Sí, en efecto; es una música sugestiva sobremanera.

CONDE

(Bajo a Chantel.) ¿No advertís que la Princesa se está divirtiendo? Lo ha visto todo.

CHANTEL

¿Cómo todo?

CONDE

Todo lo que hemos podido ver desde aquí...

CHANTEL

¡Oh! Alteza...

PRINCESA ELENA

Os felicito, monsieur de Chantel: un jardín obscuro es siempre preferible a un salón iluminado; una camarista joven, bonita, sin preocupaciones, debe ser también preferible a una gran dama; y en cuanto a mi preferencia por los besos sobre todas las músicas del mundo, nada os digo, por no espantar una vez más a la Baronesa. Creedme: sólo los espíritus vulgares aceptan el Arte de segunda mano, confeccionado a fuerza de recetas por artistas de profesión; los espíritus superiores viven de su arte propio: el Arte libre... Sois un espíritu superior, monsieur de Chantel; ¡os felicito, os

felicito! Vamos, querido Conde; volvamos al concierto; veréis cómo esa música sublime no nos emociona tan hondamente como la música natural que escuchamos hace un instante desde esa ventana.

CONDE

A vuestro lado todo emociona, y todo es arte y todo es bello.

PRINCESA ELENA

Porque es todo alegría... Vamos, vamos.

ESCENA IV

La BARONESA y Mr. CHANTEL

BARONESA

Monsieur de Chantel, compadecedme. ¿Habéis conocido nada más horrible que mi situación?

CHANTEL

¡Oh, querida Baronesa! Yo no he nacido ni me he educado en una corte entre príncipes y grandes señores; nací muy bajo; he visto de todo; he pasado por todo: días de hambre, no sólo para mí, sino para seres muy queridos: para mi madre, para mis hermanos; de esto no sabéis nada, señora Baronesa, ni quiero yo que lo sepáis nunca. De humillaciones no hablo; de traiciones a mi conciencia y a mis sentimientos, tampoco... Y aparte de lo que yo he padecido y he luchado, ¡he visto tanto!... La miseria humana no tiene secretos para mí... Sé que hay fábricas, talleres, minas en que seres humanos trabajan como bestias para ganar... su muerte,

porque sería una burla decir que ganan la vida; sé que hay cárceles para encerrar a los que, faltos de resignación, se revuelven un día contra la fatalidad y la injusticia de su destino; sé que hay asilos y hospitales para recoger, sin amor ni piedad, a los que se resignan, y sé... que hay más, mucho más, que desde la corte de Suavia no podíais imaginar siquiera... Y cuando yo conozco y he visto todo esto muy de cerca..., no extrañaréis que guarde toda mi compasión para estas situaciones, un poco más horribles que la vuestra, que bien podéis sobrellevar no careciendo de nada en esta vida y esperando, como esperáis sin duda, hallar después recompensa en la otra. ¡Señora Baronesa!...

BARONESA

¿Os burláis de mí? Todo está desquiciado. Es aire de destrucción lo que se respira en todas partes.

CHANTEL

Gracias a ese aire se puede respirar, querida Baronera, porque la atmósfera está muy cargada.

ESCENA V

DICHOS, DIANA DE LYS y la DUQUESA DE ARCOLE

DIANA.

Es intolerable; dejo el salón por no dar un escándalo.

DUQUESA

Es que no se han separado un momento en toda la noche.

DIANA

Lo molesto para mí es que todo el mundo se cree en el caso de compadecerme. Si el Conde fuese ya mi marido, no me importaría: mi situación sería más airosa; pero eso de que mis buenas amigas crean que la Princesa puede desbaratar mi boda... Y la verdad es que no estoy tranquila... Los hombres son muy vanidosos. Una princesa no es una conquista vulgar... Yo sé que ha aceptado dinero del Conde...

DUQUESA

Mucho dinero; tenedlo por seguro.

DIANA

Eso es lo que necesito saber. Llama a Chantel y llévate a la Baronesa con cualquier pretexto.

DUQUESA

Querido Chantel, la Condesa desea hablaros... Con vuestro permiso, Baronesa.

BARONESA

Concedido.

DUQUESA

¿No habéis oído el concierto?

BARONESA

No. Su Alteza se sintió indispuesta y salí con ella del salón.

DUQUESA

Con ella... y con el Conde. Todo el mundo lo ha notado.

BARONESA

El Conde es muy amable...

DUQUESA

La Condesa está muy disgustada.

BARONESA

¿La Condesa? No sabía yo que el Conde estuviera casado.

DUQUESA

Se casará muy pronto. La Princesa ha coqueteado esta noche de un modo escandaloso con el Conde..., y la Condesa...

BARONESA

¿Esa Condesa es una que fué bailarina?.. . ¡o qué sé yo!... No estoy muy bien enterada... En esta sociedad estoy como sobre ascuas. Oigo decir a unos y a otros: Condesa..., Duquesa... Pero yo, que sé de memoria todo el Anuario de la nobleza europea, no he oído en mi vida semejantes títulos. Sin ir más lejos: hay aquí una duquesa de Arcole...

DUQUESA

Un título del primer Imperio, de lo más ilustre de Francia.

BARONESA

No está en mis libros. Además, el primer Imperio, en cuanto a la nobleza, como si no hubiera existido. Es un borrón en la historia de Europa.

DUQUESA

¡Baronesa! El primer duque de Arcole fué mi bisabuelo, y no cambio mi título por todos los vuestros...

BARONESA

Deploro mis indiscreciones y deploro mucho más las

circunstancias que me han traído a un sitio donde es inevitable cometerlas a cada paso. Muy señora mía... *(Sale.)*

DUQUESA

¡Habrá grulla! Tú serás más noble que yo; pero, después de todo, las dos hacemos el mismo papel en el mundo.

DIANA

¿Qué te ocurre?

DUQUESA

Nada. ¡Esa Baronesa!... Lo que siento es que se ha ido sin escucharme .. ¿Qué te dice Chantel?

DIANA

Que, en efecto, la Princesa ha realizado un empréstito con el Conde... Un empréstito sin garantías.

CHANTEL

Su nombre...

DIANA

Y su amor. No cabe descuidarse. El Conde, tan aburrido y desengañado de todo, por snobismo y por vanidad sería capaz de concluir de arruinarse por la Princesa, y no he de consentirlo después de haber estado tanto tiempo sacrificada a sus rarezas y a una vida de aburrimiento.

DUQUESA

¡No faltaba más! Si no se casara contigo... Por él dejaste tu carrera artística, un porvenir brillante; por él abandonaste a tu pobre padre, que desde entonces se entregó a la bebida.

DIANA

¡Eso no! Ya bebía antes mucho...

DUQUESA

Sí; pero desde entonces, como le mandas más dinero, puede beber más...

DIANA

Querido Chantel, siempre hemos sido fieles aliados; ¿qué me aconsejáis? Por primera vez creo hallarme enfrente de un peligro serio.

CHANTEL

¿Preferís la ofensiva o la defensiva? La defensiva es más digna, porque os permite no daros por entendida. Esperar, ese es todo el secreto. Contamos para el triunfo definitivo, en primer lugar, con el cariño que el Conde os profesa, ese cariño que es ya algo más fuerte que la pasión y que todos los caprichos; en segundo lugar, con que la Princesa no está enamorada del Conde, y esta aventura no puede significar para ella más que un medio fácil de salvar apuros del momento...

DIANA

Sí, sí... La defensiva me parece muy bien.

CHANTEL

Sólo veo un peligro en ella.

DIANA

¿Cuál?

CHANTEL

Consiste en esperar, y no sabemos cuánto tiempo. Puede haber tiempo para que el Conde se arruine por completo. Ese es el peligro...

DIANA

Entonces, estudiemos la ofensiva.

CHANTEL

Me parece mejor...

DIANA

¿Creéis que los celos del amante de la Princesa puedan servirnos?

CHANTEL

Desconfío de la sinceridad de esos celos. El caballero Rosmer debe estar enterado de las combinaciones financieras de la Princesa. Además, el hombre que ama o se presta a ser amado por una mujer de condición superior a la suya, demuestra desde luego que no es celoso. El que nada ofrece y todo lo acepta, o es porque ama mucho y prescinde de su dignidad, del amor propio, de todo..., o es que no ama en absoluto y sólo piensa en su conveniencia; en cualquiera de los dos casos, o por amor o por cálculo, es seguro que, vea lo que vea, no se entere de nada... El amor es ciego, y el interés cierra los ojos... Para el caso es lo mismo.

DIANA

¿Entonces...?

CHANTEL

Os queda el escándalo, que todo el mundo se entere... Os mostráis celosa, increpáis al Conde y a la Princesa..., la arrojáis de esta casa..., la obligáis a no presentarse nunca en donde estéis... De este modo el caballero Rosmer tiene que darse por enterado, y como aspira á casarse con la Princesa una vez divorciada...

DIANA

Pero una escena violenta pudiera dar lugar a un lance.

CHANTEL

¿Entre quién? Entre el Conde y el caballero Rosmer... ¡Imposible! ¿A título de qué? A título de amante de la Princesa. En ese caso, antes de batirse con el Conde tendría que empezar por pagarle lo que le debe... Y por lo pronto eso iríais ganando.

DIANA

Eso, sí.

CHANTEL

Son quinientos mil francos, Condesa, sin contar facturas de comerciantes; sin contar...

DUQUESA

¡Qué escándalo! ¡Una princesa quinientos mil francos!

CHANTEL

De modo...

DIANA

No hay duda; la ofensiva. El todo por el todo. Silencio; ha terminado el concierto y vuelven aquí; observemos.

ESCENA VI

DICHOS, la PRINCESA ELENA, ELSA, MME. WILF, la BARONESA, el PRÍNCIPE ESTEBAN, el CABALLERO ROSMER, el CONDE, WULF y GODOFREDO WILF.

CONDE

¡Ha sido admirable, admirable!... Una velada de esas que no se olvidan nunca...

VARIOS

¡Admirable! ¡Admirable! *(Un silencio.)*

CONDE

¡Qué silencio! Parece que están todos tristes...

MME. WILF

Es la caricia de lo sublime que estremece todavía nuestras almas.

WULF

Es el efecto de siempre... Anonada.

MR. WILF

¿Y habéis observado cómo el maestro se transfigura ante sus músicos?

WULF

En ese momento no soy yo; es él, es su espíritu... Ponedme la mano sobre el corazón..., aplicad el oído...

ELSA

Sí..., sí...; es extraordinario.

WULF

Permitid... Señora...

CHANTEL

Baronesa, ¿no os acercáis a escuchar?

BARONESA

¿Yo? ¡Aplicar mi oído sobre el pecho de un hombre!...

CHANTEL

Es sobre la pechera...

WULF

Los médicos han estudiado en mí fenómenos muy curiosos al terminar de dirigir un concierto... Figuraos, señores, que aproximándome al cerebro una aguja imantada...

CONDE

¡Oh, oh! Es demasiado..., concierto y conferencia...

MR. WILF

Y hoy ha sido la primera vez que las trompas no han desafinado.

WULF

Las suprimí por precaución.

MR. WILF

¡Ya decía yo!... Supongo que cenaremos.

WULF

Al dirigir la orquesta, por detrás de la tribuna he visto pasar un magnífico salmón rodeado de langostinos.

MR. WILF

Es un detalle.

WULF

Eso creo, que sea un detalle. El Conde tiene fama de espléndido.

DIANA

(A la Duquesa.) ¿Lo veis? No se separan... Y el Conde habla con un calor..., como no lo he visto nunca... Sería la ocasión de dar el escándalo.

DUQUESA

No te lo aconsejo. El Conde tiene el deber de no dejar insultar a la Princesa en su casa, y puedes quedar en situación muy desairada.

MME. WILF

(A Elsa.) ¡Cuánto siento que Vuestra Alteza no se haya decidido a cantar como nos prometió! Hubiera sido una delicia oíros cantar la balada de los «Gatos monteses», que sólo un alma de artista como la vuestra es capaz de comprender y de interpretar...

ELSA

Si hubiéramos estado en confianza, hubiera cantado con mucho gusto; pero la princesa Elena ha destruído el encanto de nuestra intimidad.

MME. WILF

¡Si apenas ha permanecido un momento en el concierto!

ELSA

Su actitud ha sido bastante incorrecta.

MME. WILF

Yo no me atrevía a decirlo.

BARONESA

(Al príncipe Esteban.) Sí, Alteza; puesto que sois aquí el único representante de la familia, y ya veis que la Princesa os distingue con su simpatía, ejerced una influencia saludable, hacedle comprender que de este modo sólo consigue agravar su situación... Esta noche..., ya lo habéis visto, todo el mundo murmura...

Ahora mismo, ya veis..., todos tan serios, y la única que ríe como una loca es Su Alteza.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Y mi prima dirá, con razón, que si en casa del conde de Tournerelles se escandalizan por tan poco, no valía la pena de asistir á ella.

BARONESA

¿Si creéis que Su Alteza hace bien?

PRÍNCIPE ESTEBAN

No, no lo creo; hace mal, muy mal..., pero creo que no es esta sociedad la que puede escandalizarse.

BARONESA

La Condesa está celosa...; temo que dé un escándalo.

PRÍNCIPE ESTEBAN

No temáis. La Condesa es mujer de mundo, ni el Conde consentiría un escándalo en su casa. Por parte del caballero Rosmer no hay que temer nada; está muy tranquilo... ¡Pobre Elena!

BARONESA

¿La compadecéis?

PRÍNCIPE ESTEBAN

Con toda mi alma. Temo que ha equivocado su camino. Ella amó en el caballero Rosmer una vida distinta de la suya; el caballero, en cambio, sólo amó en ella a la princesa de Suavia. Ni uno ni otro han hallado en su amor lo que soñaban. ¿Y cómo rectificar de nuevo? El mundo perdona todo lo más una equivocación y una

rectificación en la vida. La mujer que deja a su marido por un amante, desmerece menos que la que deja después al amante por otro, aunque sea por volver con su marido: la única disculpa de ciertas culpas es perseverar en ellas.

BARONESA

¡Otro amante, decís! ¡Oh, sería horrible!...

PRÍNCIPE ESTEBAN

Sería muy natural. ¿Por qué ha de resignarse Elena a la segunda equivocación si no se resignó a la primera?

BARONESA

¡No quiero pensarlo! ¡Qué se dirá en Suavia!... Que no os oiga Su Alteza.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Sin hablarnos, estoy seguro de que pensamos lo mismo. Acaso la aventura de nuestro corazón haya sido idéntica.

BARONESA

¿También habéis equivocado vuestro camino?

PRÍNCIPE ESTEBAN

No lo sé; por no saberlo, digo lo mismo que decís, Baronesa, cuando os obstináis en no ver algo que salta a los ojos: no quiero pensarlo, y eso hago yo, no pienso en ello, no quiero pensarlo.

MME. WILF

Llevo media hora conteniéndome..., pero mis nervios saltan..., estallan... No puedo más... ¡Ay..., ay!...

TODOS

¿Qué es eso? ¿Qué le ocurre a Mme. Wilf?... ¿Qué pasa?

WULF

Nada, nada; el efecto de siempre.

MR. WILF

Mamá, mamá... Ya se sabe... Siempre le sucede lo mismo después de oir música de papá...

CONDE

¡Oh, es insoportable!... No, no perdonan nada.

MME. WILF

¡Ay! ¡Ay!

MR. WILF

Traedme un violín; oyendo el principio del poema de la Vida, es como se recobra más pronto...

CONDE

Sí, sí..., pero en otra habitación, a solas... Allí podéis tocar el violín, y allí puede llorar y gritar a sus anchas...

WULF

Sí, sí, no se molesten, señor Conde. Vemos, madame, haceos superior...

MME. WILF

Es su espíritu, es él...; me habla, me parece verle.

CONDE

Chantel... Acompañad a estos señores... Disponed que les sirvan la cena, y después despedidlos en segui-

da, que no vuelvan a molestarnos; es demasiado *pose* para imponernos su música. *(Salen Mme. Wilf, Wulf, Godofredo y Chantel.)*

ESCENA VII

La PRINDESA ELENA, ELSA, DIANA, la DUQUESA, la BARONESA, el PRÍNCIPE, el CONDE y el CABALLERO ALBERTO ROSMER.

CONDE

Supongo que será el último concierto...

PRINCESA ELENA

Yo confieso que me he aburrido mucho... Sólo siento no haber oído cantar a mi querida prima...

ELSA

¿A mí? No he cantado...

PRINCESA ELENA

Pero ahora que estamos en familia...

DIANA

¿En familia?

PRINCESA ELENA

Como en familia. En una intimidad deliciosa, donde todo puede decirse y todo podemos oírlo... ¿De qué vamos a asustarnos? Por eso, querida Elsa, voy a pedirte un favor.

ELSA

¿A mí?

PRINCESA ELENA

Quiero oirte cantar; pero tus canciones, tu repertorio, el del teatro. ¡Habia oido hablar tanto de ti, tenia tantas ganas de oirte!; pero figúrate, en la corte, ni se podia hablar de esto.

ELSA

¡Esteban! ¿Su Alteza se ha vuelto loca?

PRÍNCIPE ESTEBAN

¡Elsa!

ELSA

Debes decirle que merezco más respeto; que no debe, que no puede ofenderme así.

PRINCESA ELENA

¿Qué sucede? ¿Por qué llora?

PRÍNCIPE ESTEBAN

¡Calla..., calla!... Cree que has tratado de ofenderla.

PRINCESA ELENA

¿Yo? ¿Ofenderla? ¿Por qué? ¡Qué locura!

ELSA

Dejadme, dejadme; no merezco ser tratada así. La culpa es tuya.

PRÍNCIPE NSTEBAN

¡Oh! Vamos, vamos...

PRINCESA ELENA

¡Pero Esteban!...

PRÍNCIPE ESTEBAN

Ya lo dije. Son ellos los que no saben olvidar. *(Sale con Elsa.)*

PRINCESA ELENA

Pero, ¿puede creer que yo he querido ofenderla? ¿Tiene razón? Decídmelo, seré yo la primera en pedirla que me perdone... ¿No pensaba cantar esta noche en el concierto? ¿Es una ofensa rogarla que cante aquí para nosotros? Todos saben que ha cantado en el teatro: a eso debe su personalidad, su posición... Y reniega de su pasado y la ofende el recuerdo... Y supone la ofensa en mí, que admiré siempre a todo el que lucha por su vida en cualquier esfera y todo se lo debe a sí propio. *(A Diana.)* Es como si dudarais de que por eso mismo os admiro y os envidio. El Conde me refería ahora mismo vuestra vida, cómo os conoció, cómo a fuerza de voluntad y de genio, de verdadero genio, llegasteis a imponeros a la admiración de París, de sus literatos, de sus artistas.

DIANA

¿Y pretendéis también que yo os ofrezca en representación particular alguna de las pantomimas que me han hecho célebre? Ya veis que yo no reniego de mi pasado como la Kenisberg... A mí no me ofenden vuestras impertinencias.

CONDE

¡Diana!

PRINCESA ELENA

¿Qué dice también esta mujer?

DIANA

Seguramente que si alguno de nosotros hubiéramos sido presentados en la corte de Suavia, y hubiéramos

procedido con la misma falta de tacto de Su Alteza entre nosotros, no hubieran tardado mucho en ponernos a la puerta.

CONDE

¡Diana!

PRINCESA ELENA

¡Me insulta!

BARONESA

¡Tenía que suceder! ¡El escándalo! Habrá quien telegrafíe a Suavia.

DUQUESA

Ya has dicho bastante. Has quedado en tu puesto. *(Salen Diana y la Duquesa.)*

PRINCESA ELENA

¡Ah, son celos! ¿De vuestro Conde? ¿Qué habéis creído? Porque me he dignado oir por bondad sus tonterías...

CONDE

¡Alteza!

PRINCESA ELENA

Porque le he dispensado el honor de permitirle que sea mi acreedor...

ALBERTO

¡Elena!

BARONESA

¡Señor!

CONDE

Alteza, vuestros nervios están muy altereados... Sois una dama. . No os acompaña ningún caballero de vuestra familia...

ALBERTO

¡Señor Conde!... Tenéis razón... Os suplico que perdonéis... Cuestión de nervios... *(Salen el Conde y Diana.)*

ESCENA VIII

La PRINCESA ELENA, la BARONESA y el CABALLERO ALBERTO ROSMER

PRINCESA ELENA

¿Celos? ¿Celos de mí? ¿Ha creído que por tan poco precio se compra a una princesa de Suavia? Ni la molestia de visitar su casa pagaría con todo su dinero de advenedizo vanidoso. Vine por mi gusto, por un capricho, por mi diversión, ¿y valía la pena para hallar más hipocresías, más ceremonias y menos libertad que en mis palacios reales? Mi corazón rebosaba alegría y sinceridad; creí hallarme entre gente franca sin temor a la verdad de la vida, y todo es una ofensa, en todo hallan mala intención. Me sentía yo orgullosa de haber descendido, porque descendí por amor, y ellos reniegan de su pasado y del amor que los elevó adonde nunca debieron subir. ¡Almas bajas, corazones mezquinos! ¡Ahora lo veo, ahora comprendo! ¿Cómo es posible la igualdad en el mundo, si los pequeños con sus ruindades, sin quererlo nosotros, nos obligan a recordar que somos grandes?

BARONESA

Nunca debisteis olvidarlo. Ya sabía yo que el orgullo de raza despertaría.

PRINCESA ELENA

El de mi raza, no; el de mi corazón.

ALBERTO

Y ahora, ¿comprendes por qué debía yo oponerme a que vinieras a esta casa, entre esta gente? Estás satisfecha con esta humillación? La querida del Conde te insulta, y no puedo aceptar ni pedir una explicación, porque antes sería preciso no serle deudores en nada. Entretanto, esa mujer tiene razón para estar celosa, y tu conducta de esta noche lo justifica todo.

PRINCESA ELENA

Basta. No más cargos; nada de recriminaciones, ni de ti ni de nadie. Sé cómo recobrar mi libertad y la tuya... Baronesa, telegrafiad hoy mismo a Suavia, y en mi nombre, ese dinero a cualquier precio; haré lo que disponga el Emperador.

ALBERTO

¡Elena! Eso no, no será...

PRINCESA ELENA

¿No te pesa tanto la humillación de esta vida? ¿Es así como sabes agradecer que yo las acepte por defender nuestro cariño? En cuanto a pedir explicaciones al Conde, si hubiera llegado el caso, no hubieras sido tú, sino mi primo Esteban el que las habría exigido... Ni él ni yo hemos olvidado todavía lo que debemos a nuestro nombre... *(Viendo a Esteban, que ha entrado un momento antes.)* ¿No es verdad, Esteban?

ESCENA IX

Dichos y el PRÍNCIPE ESTEBAN

PRÍNCIPE ESTEBAN

¡Querida prima! Es tarde para acordarnos de quién somos. Mi situación es tan difícil como la tuya; tus palabras me decidieron. Yo también soy deudor del Conde de Tournerelles; para exigirle una satisfacción tendría, como tú, que ponerme a merced del Emperador..., y el Emperador es implacable.

BARONESA

Sólo impondría una condición.

ALBERTO

Que volvieses con tu marido.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Que yo me divorciara de mi mujer.

BARONESA

Seguramente; sólo así perdonaría.

PRINCESA ELENA

¿Sólo así? Lo pensaremos.

ALBERTO

¿Qué dices?

PRINCESA ELENA

Lo pensaremos. ¿No es verdad, Esteban?... No, yo no volveré a Suavia; sería retrocer, y te dije en una oca-

sión que yo no retrocedía nunca. Ahoar, déjame; debo salir de esta casa acompañada del Príncipe, de su brazo, como princesa de Suavia...

PRÍNCIPE ESTEBAN

Estoy a tu disposición.

PRINCESA ELENA

El caballero Rosmer os acompañará... Yo deseo hablar con el Príncipe...; quizás de esta entrevista dependa toda nuestra vida.

ALBERTO

Baronesa, evitad una nueva locura de Su Alteza.

BARONESA

¡Ay! La primera es la que debí evitar. *(Salen la Baronesa y el caballero Rosmer.)*

ESCENA X

La PRINCESA ELENA y el PRÍNCIPE ESTEBAN

PRINCESA ELENA

¿Qué te ha dicho Elsa?

PRÍNCIPE ESTEBAN

¡Es ridículo, es odioso!.. Supone que yo tengo la culpa, porque no he sabido rodearla de bastante respeto.

PRINCESA ELENA

¿Habla también de humillaciones ¡Si nosotros contáramos las nuestras!

PRÍNCIPE ESTEBAN

Que ellos no agradecen...

PRINCESA ELENA

Ya lo sé, ya lo he visto... ¡Nos hemos engañado! ¿Y ahora?

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Confesar nuestro engaño?

PRINCESA ELENA

Sí.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Aceptarle resignados?

PRINCESA ELENA

No.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Qué hacer entonces?

PRINCESA ELENA

Vivir.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Cómo?

PRINCESA ELENA

Aceptando cuanto ofrezca la vida a nuestro paso: tristeza cuando es tristeza; alegría cuando es alegría... En este momento, ya lo ves, nos ofrece... nuestra amistad; nos ofrece las confidencias de nuestro corazón, y nos ofrece... esa música que obsesiona y atrae hacia ella. Es una fiesta popular, un baile con leyenda de horrores misteriosos. Yo propuse antes que hubiéramos ido todos; pero, es natural, se asustaron. Tú no te asustas, ¿verdad?

PRÍNCIPE ESTEBAN

Me divierte. Iremos... La corrección me ahoga como a ti.

PRINCESA ELENA

Sobre todo cuando se encuentra donde menos pensaba uno encontrarla... ¿Lo ves? Ya estoy contenta, ya lo olvidé todo. Esta escapada me indemnizará del mal rato que he pasado esta noche... ¡Yo que pensaba divertirme tanto!... ¡Qué hermoso es escaparse y volar, huir siempre de algo o de alguien!

PRÍNCIPE ESTEBAN

Cuando cree uno que va hacia la felicidad...

PRINCESA ELENA

¡La felicidad, no! La felicidad no existe en la vida... Sólo existen momentos felices.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¡Es verdad..., momentos felices!

PRINCESA ELENA

¿Por qué no ha de ser éste uno de ellos?

FIN DEL ACTO TERCERO

PERSONAJES DEL CUARTO ACTO

LA PRINCESA ELENA.
EL PRÍNCIPE ESTEBAN.
MARGOT.
BIONDINETTA.
LA DEGOLLADA.
EL INGLÉS.
EL MARQUESITO.
COSI-COSI.
UN POLICÍA.

Un «restaurant» al aire libre. Es de noche.

ACTO CUARTO

ESCENA I

El INGLÉS, sentado a una mesa, bebe cerveza.
MARGOT y BIONDINETTA

BIONDINETTA

¿Lo ves? No está aquí. Tampoco viene esta noche. Me dice que vendrá, porque no le busque donde yo sé que puedo encontrarle, donde iré una noche a partirle el corazón como siga engañándome.

MARGOT

¡Estás loca! ¡Matar a un hombre! Ni matarlos, ni morirse por ellos. ¿Tú crees que no volverá a buscarte antes de lo que quisieras?

BIONDINETTA

No, no vuelve. Ahora tiene dinero. ¿No le has visto? ¿Y sabes de dónde saca ese dinero?

MARGOT

Claro está que lo sé. ¡Si yo fuera a matar al mío por eso! Cuando me apura es cuando no tiene dinero; cuando lo tiene, nunca le pregunto de dónde lo saca ¿Nos preguntan ellos a nosotras?

BIONDINETTA

Pero yo no quiero a nadie, a nadie más que a él, y él lo sabe.

MARGOT

Y él te quiere. Pero hay que vivir. Después de todo, debes agradecerlo; no vas a ser tú sola la que trabaje. Ea, vamos a bailar. Si le dicen que no te acuerdas de él y se figura que puedes querer a otro, verás cómo vuelve más pronto. Ya se desengañará, como todos. Cien francos, quinientos, mil, hay quien los da en un día por un capricho; pero los cinco y los diez francos diarios y lo que se puede y lo que no se tiene y se busca debajo de tierra para que nada les falte, eso como no se quiera de corazón como tú le quieres, no lo encontrará nunca... Conque vamos...

BIONDINETTA

No, no voy; vine porque esperaba encontrarle; pero no voy, no; iré a buscarle; aunque me mate iré a buscarle.

MARGOT

Eso sí que no. ¡Ir allí! Ya sabes que está con gente muy encopetada, que no quiere ni consiente escándalos, y sabe guardarse cuando se divierte.

BIONDINETTA

Ya lo sé. Una gran señora y gente muy de arriba..., podridos de vicios, peores que nosotros, pero muy respetables.

MARGOT

A eso se está expuesta cuando se tiene un buen mozo. ¿Por qué no quise yo a ése?

BIONDINETTA

¿A Fred, al inglés? Hiciste bien. Es un borracho. Por un *bock* marcha con cualquiera que se presente. Yo lo he visto. Tú eres feliz; el tuyo te quiere de corazón.

MARGOT

Eso sí, tiene delicadezas. Porque no me faltara nada cuando estuve tan enferma en París, le costó verse en un mal asunto... Seis meses de correccional, y eso que nadie declaró en contra suya, ni el mismo herido, porque le convenía callarse... Otra *quadrille;* vamos, yo no puedo faltar; luego se enfada con nosotras monsieur Boniface; dice que si no bailamos y no hacemos gasto en el *restaurant* no vale la pena de darnos billetes de favor. Acompáñame; esta noche hay unos marineros italianos. Tú que hablas su lengua puedes servirme. Traen dinero de largo, los ahorros de la travesía. Conque vamos...

BIONDINETTA

Les diré lo que tú quieras; pero por mi cuenta, ni una palabra.

INGLÉS

My darling, ¿pagáis un *bock?*

MARGOT

Ya sabes tú quién los paga, y brillantes también.

INGLÉS

¿Brillantes? No hay brillantes ya.

MARGOT

Te los habrás bebido, como todo.

INGLÉS

(Señalando a la cerveza.) Esto no engaña como vosotras. Estoy siempre triste..., muy enfermo. Préstame cinco francos, Margot; sé buena con el pobre Fred...

MARGOT

¡Cinco francos! ¡Si sabes tú encontrarlos mejor que nosotras!

INGLÉS

¿No quieres prestármelos? Yo me veré con tu hombre; le mataré. Yo soy más fuerte.

MARGOT

¡Anda de ahí! ¡Suelta!... ¡No seas bruto!

INGLÉS

¡Dame cinco francos!...

MARGOT

¡Suelta!...

BIONDINETTA

¡Verás si grito!

MARGOT

No grites. Viene la Policía, y luego son historias. Me basto yo. ¡Si no puede tenerse! ¡Anda de ahí!...

INGLÉS

¡Por cinco francos!... No eres buena conmigo. ¡Te acordarás de mí, te acordarás de mí!...

MARGOT

Vamos.

ESCENA II

DICHOS, el MARQUESITO y COSI-COSI

MARQUESITO

¿Qué os sucede?

BIONDINETTA

¡Ah! ¿Eres tú? Ya no te esperaba.

MARQUESITO

¿Por qué? Te dije que venía, y he venido. ¿Es que yo no tengo palabra?

BIONDINETTA

¿Palabra?... ¿Y ahora de dónde vienes?

MARQUESITO

Eso es. Primero se pregunta de dónde viene uno; después por la salud, que importa menos. ¡Podía uno haber estado muriéndose!...

BIONDINETTA

¿Muriéndote? Voy a creerlo.

MARQUESITO

¿No lo crees? Díselo tú.

COSI-COSI

Pues sí, ha estado muriéndose.

BIONDINETTA

¿De veras?

MARQUESITO

Tú crees que uno es de piedra, que uno no siente los disgustos... Desde la otra noche... Díselo tú: ¿cómo he estado yo?

COSI-COSI

Muy malo. Con unos ahogos y unos...

MARGOT

No hagas caso. Se habrán puesto de acuerdo los compadres, como siempre. ¿No lo ves? Enseña esa mano. ¡Otra sortija!

BIONDINETTA

¿Quién te ha dado esa sortija?

MARQUESITO

No es mía. Es para venderla.

BIONDINETTA

¿Quién te ha dado esa sortija?

MARQUESITO

La he comprado yo, ¡ea! Y no hay más explicaciones. ¿Conviene así? Pues se acabó. ¿No conviene? Se acabó también.

COSI-COSI

¿Qué os ocurría con el inglés cuando llegamos?

MARGOT

Nada; que está borracho.

COSI-COSI

A ése hay que escarmentarle, y va a ser ahora mismo.

MARGOT

Déjale.

MARQUESITO

No; si voy a ser yo. Ahora verás...

MARGOT

Dejadle.

MARQUESITO

Eso quisiera. Yo te aseguro que no vuelve a parecer por aquí. *What es the matter?*

INGLÉS

¿Quieres reñir? Yo no riño por mujeres. Siéntate. ¡Mozo!... ¡Un *bock,* dos *bocks!*... Llama a tu amigo...

COSI-COSI

Yo no me siento.

INGLÉS

Siéntate, digo. Los hombres hablan primero, beben primero; luego se matan, pero no se matan por las mujeres. ¡Imbéciles! Somos amigos. Vamos a tratar de negocios, negocios serios.

MARGOT

¿Pero vais a tener la paciencia de oírle?

MARQUESITO

¿Por qué no? El hombre se pone en razón.

INGLÉS

Diles que nos dejen. No es para mujeres nuestro asunto. Son cosas serias.

BIONDINETTA

Pero...

MARQUESITO

Ahora vamos; dejadnos solos, ¿No habéis oido?

BIONDINETTA

¡Oye, tú!..., ¿de qué asuntos tienes tú que hablar con éstos? Porque yo conozco bien tus asuntos.

INGLÉS

Diles que callen. No sois hombres para hacer callar a las mujeres.

MARQUESITO

He dicho que te calles y que esperes allí.

MARGOT

Déjalos. Siempre es lo mismo. Van a pegarse por defendernos, y acaban por hacerse ellos amigos y por pegarnos a nosotras. Vamos al baile. *(Salen Margot y Biondinetta.)*

INGLÉS

¡Mozo!... ¡Tres *bocks*!...

ESCENA III

DICHOS, la PRINCESA ELENA y el PRÍNCIPE ESTEBAN

PRINCESA ELENA

El baile tiene el mejor tono. Y todo el mundo ha estado muy respetuoso con nosotros. Es posible que, si hubiéramos permanecido un momento más, los inco-

rrectos hubiéramos sido nosotros, como en casa del Conde.

PRÍNCIPE ESTEBAN

No creas que hemos guardado el incógnito. Al pasar oí yo murmurar nuestros nombres.

PRINCESA ELENA

Sí, muy gracioso. Unos te conocían a ti, y decían: «El príncipe Esteban de Suavia, que acompaña a una *cocotte*.» Otros me conocían a mí, y murmuraban: «La princesa Elena con su amante..., o con un amante.»

PRÍNCIPE ESTEBAN

Muchos nos conocían a los dos. ¿Y ésos, qué habrán pensado?

PRINCESA ELENA

Que nos trajo la curiosidad o el deseo de aventuras escabrosas.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Pero ya debemos volver.

PRINCESA ELENA

¿Tan pronto te arrepientes de haberme acompañado?

PRÍNCIPE ESTEBAN

No es por mí, es por ti. Mañana todo el mundo comentará nuestra aventura.

PRINCESA ELENA

Eres más cobarde que yo. Comprendes que te has equivocado, y en vez de proseguir, retrocedes. Eres como esos pueblos que destruyen una monarquía tirá-

nica, proclaman la república, y porque la república no les hace felices, vuelven a restaurar la monarquía. Yo no soy así; si me fuera mal con la república, proclamaría la anarquía; retroceder, ¡nunca! Estoy encantada de hallarme aquí. Esta es la vida: no cerrar los ojos a nada; comprenderlo todo, simpatizar con todo.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Lo ves? Eso fué lo que te enamoró del caballero Rosmer. No fué su persona, fué un nuevo aspecto de la vida...

PRINCESA ELENA

Es verdad. Era el único que en nuestro palacio vivía fuera de su ambiente, el único por quien yo tenía noticia de otra vida, de otras verdades... No hubo elección en mi cariño hacia él, como no puede haberla en el prisionero, que sólo desea su libertad y huye por el primer camino que encuentra abierto al aire libre.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Y al huir sólo conseguiste cambiar de prisión.

PRINCESA ELENA

Con desventaja. Porque nunca tuve a mi lado más celoso guardador de etiquetas y ceremonias que el caballero Rosmer. Y si eres franco conmigo y contigo mismo, confiesa que tu aventura ha sido idéntica, y, como yo, te equivocaste al haber creído que un amor desigual era el mejor medio de vivir una vida distinta. Debimos empezar por vivir esa vida; ya hubiera llegado el amor a su tiempo.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Nuestra historia me recuerda un lance que me refería un oficial de mi regimiento, un joven de la más linajuda

nobleza de Suavia. Se enamoró de una muchacha del pueblo, de una obrerilla, y para él todo el encanto de aquellas relaciones era pasear por los barrios de obreros del brazo de su amada; recorrer los cafetines y teatrillos populares; sentirse otro, en fin; alejarse cuanto podía de su sociedad, de sus relaciones, de su vida oficial. Pero advirtió que la muchacha, en cambio, se aburría siempre a su lado y se hallaba a disgusto en aquellos lugares demasiado conocidos para ella. Su deseo era conocer los paseos bien frecuentados, los *restaurants* a la moda, los teatros aristocráticos..., la otra vida, en fin; y es natural, lo que divertía al uno le aburría al otro, y entonces mi amigo se enamoró de una gran señora, y fué cuando a sus anchas pudo recorrer los barrios bajos, los cafetines y los teatros populares, porque a la gran señora también le divertía mucho aquello, y los dos estaban siempre de acuerdo. ¿No es esta nuestra historia?

PRINCESA ELENA

Esa es.

PRÍNCIPE ESTEBAN

No vivimos en el mundo como abstracciones, como seres ideales; algo somos nosotros, pero es mucho más el ambiente que nos rodea: el paisaje de nuestras figuras. La decoración es la mitad de la comedia, en la vida como en el teatro...

PRINCESA ELENA

Sí: hay momentos y hay sitios en que amaríamos a cualquiera que se presentara, sin haberle visto antes nunca, sin preguntarle siquiera su nombre... ¿En qué piensas?

PRÍNCIPE ESTEBAN

Escuchaba ese vals; es un recuerdo de mi vida. Elsa lo cantaba en el teatro.

PRINCESA ELENA

Cuando era para ti la artista celebrada del público, no la respetable dama que se ofende si alguien le recuerda sus triunfos de artista... También hay un vals en mis recuerdos. Los valses armonizan muy bien con los recuerdos. ¿No te has fijado nunca? En todo vals hay una parte alegre, viva, triunfal; y luego el *ritornello* apagado, lento, lloroso como el recuerdo de toda aquella alegría pasada. Por eso, de las fiestas mundanas como de las fiestas del alma, queda siempre el recuerdo de un vals, un vals que llora.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Cuál es tu músico preferido?

PRINCESA ELENA

No quieras examinar mis gustos musicales; son de una deplorable vulgaridad. La música me agrada por la letra que yo le pongo; así me es igual toda. ¿Qué lleva en el alma quien no lleve letra para todas las músicas? Con poetas soy más exigente; como son ellos los que me hablan, no les tolero vulgaridades.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Cuál es tu poeta preferido?

PRINCESA ELENA

A las mujeres nos sucede con los poetas como con los hombres: no amamos al que todo el mundo admira. Para el cariño y para la admiración preferimos a veces por una cualidad única entre muchos defectos, o quizás por los mismos defectos, para que la elección sea más nuestra, más nuestra.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Admiras a Shelley, al divino Shelley?

PRINCESA ELENA

Le admiro y le amo como él lo amaba todo.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Conoces su vida?

PRINCESA ELENA

Es admirable, aún más admirable que su poesía. ¡Conseguir que su misma esposa le ayudase a raptar a su amada Emilia Viviani! ¿Qué poder de sugestión no habría en su espíritu para unir a dos mujeres en un mismo amor?

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Recuerdas aquellos versos suyos? *El amor no es como el oro ni como la arcilla, no disminuye repartido. Es como la inteligencia, que más brilla cuando más verdades comprende;* y luego añade: *¡Mezquinos el corazón que ama, el cerebro que piensa, la vida que abarca, el espíritu que crea un solo objeto, una sola forma, y en ellos pretende enterrar la inmortalidad del espíritu!*

PRINCESA ELENA

¿Y el canto a la vida de Gabriel d'Annunzio? *Diversidad, sirena del mundo; nunca elegí, porque pensaba que elegir era excluirte, diversidad, sirena del mundo. Que la rosa blanca y la bermeja sean iguales para mi deseo, y todos los sabores para mi gusto, y todos los amores puros e impuros, para mis amores, porque yo soy el que te ama, diversidad, sirena del mundo, yo soy el que ama. (Pausa.)* ¿En qué piensas?

PRÍNCIPE ESTEBAN

Pienso... cuál era nuestra vida en la corte de Suavia; qué muralla de severidad, de preocupaciones y de re-

celos se levantó siempre entre nosotros, que vivimos allí muy cerca uno de otro sin conocernos... Yo te juzgué siempre una criatura insubstancial; alocada, tu misma aventura de amor me pareció ridícula, porque pensé que si tu carácter era tan independiente, tan enérgico, como aseguraban, antes debías oponerte a que te casaran contra tu voluntad.

PRINCESA ELENA

El matrimonio me pareció entonces un principio de libertad... y lo acepté sin pena..., debes comprenderlo. También yo había oído decir de ti que eras un espíritu seco, atiborrado de lecturas, que por eso mismo ignorabas la vida por completo, y una mujer cualquiera había podido engañarte.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Y ahora, ¿qué piensas de mí?

PRINCESA ELENA

Ahora pienso que hubiéramos podido ser muy felices.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Como en este momento, ¿verdad? ¡Qué extraña es la vida! Pensar que de todas nuestras luchas, de todos nuestros afanes por conseguir la felicidad, acaso al llegar el día inevitable en que pidamos cuenta al corazón de las tristezas y alegrías de nuestra vida, el único recuerdo que no entristezca nuestra alma sea el de algún instante como éste, deparado por la casualidad. Un alto en la vida, algo que recordaremos como un sueño dichoso.

PRINCESA ELENA

Y ya ves de qué poco se compone esta felicidad. De una noche hermosa, muy azul, muy profunda, el ruido

del mar a lo lejos, un baile canallesco a nuestro alrededor, una música callejera, y entre todo esto, las confidencias de nuestro corazón, la dulce simpatía de dos almas que buscan palabras de verdad para confiarse por entero.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Y versos de poetas preferidos que hablan por nosotros, y silencios profundos como la noche, pero tan claros como la noche de este cielo con todas sus estrellas, porque como las estrellas en la noche las miradas son la luz del silencio...

PRINCESA ELENA

Acaso nunca seremos más dichosos. ¿Es que será inútil todo esfuerzo de nuestra voluntad para conseguir algo de lo que deseamos en la vida? ¿Es que la vida no consiente violencia, y sólo cuando no se busca, cuando no se espera, cuando no luchamos, deja caer como al descuido sobre nosotros un poco de la mucha alegría que atesora? Si es así, no pensemos en nada, que duerma nuestra voluntad, que la vida nos traiga alegrías o tristezas a su grado. ¿Quién sabe si cuando creemos imponer nuestra voluntad con más fuerza es cuando más ciegamente se impone a nosotros la fatalidad?

ESCENA IV

DICHOS, la DEGOLLADA y un POLICÍA

PRINCESA ELENA

(La Degollada se acerca rápidamente a los Príncipes.) (Asustada.) ¡Ah!

DEGOLLADA

¡Ah! Perdón, señores... No se asuste, señora... Creí

conocer... Pero no, no es; me engañé... Son extranjeros, ¿verdad? No me conocen... Perdón, señores... Siento haber asustado a la señora. Es muy hermosa...

MARQUESITO

(Llamándola desde dentro.) Ven aquí; convida esta noche...

DEGOLLADA

¡Dejadme, dejadme! *(Sale.)*

POLICÍA

(Acercándose más respetuoso a los Príncipes.) ¿Les ha molestado en algo esa mujer?

PRINCESA ELENA

No, ¡pobrecilla!; es un tipo extraño. Se acercó creyendo conocernos sin duda...

POLICÍA

Perdonad, Alteza...

PRÍNCIPE ESTEBAN

¡Ah!, ¿sabéis...?

POLICÍA

No he dejado de vigilar desde que Sus Altezas llegaron. Sus Altezas han sido muy imprudentes en venir aquí solos...

PRINCESA ELENA

¿Por qué? La actitud de toda esta gente no puede ser más correcta... Sobre todo viniendo de casa del conde de Tournerelles... ¿No es verdad, Esteban?

POLICÍA

En la superficie; pero es rara la noche que no termina con algún incidente desagradable. Toda es gente de cuidado... Cerca de aquí, y sin quitar la vista de nosotros, están tres de los más temibles... El Marquesito, el Inglés..., un antiguo jockey descalificado por sus trampas, y una buena pieza de italiano llamado Cosi-Cosi..., todos han tenido cuentas largas con la Justicia, y alguno ha estado a dos pasos de la guillotina.

PRINCESA ELENA

Admirable gente, que por astucia o por valor vive en lucha continua contra la sociedad, burlando su moral y sus leyes .. Y vive ..

PRÍNCIPE ESTEBAN

Son profesores de energía, como ahora se dice.

PRINCESA ELENA

¿Y esa extraña mujer que se acercó?

POLICÍA

Está loca. La llaman la Degollada.

PRINCESA ELENA

¡Qué horrible nombre!

POLICÍA

Ahora veréis; voy a llamarla. Acércate; no tengas miedo. Estos señores desean saber tu historia.

DEGOLLADA

No, no; dejadme. Mi historia..., no es verdad esa historia.

POLICÍA

Ven, más cerca; quita esa cinta de tu cuello.

DEGOLLADA

No, no; dejadme...

PRINCESA ELENA

Por fuerza no... ¡Pobrecilla!

DEGOLLADA

Gracias, señora. Lo veréis..., ved.

PRINCESA ELENA

¡Oh! ¡Qué horrible!

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Qué es?

PRINCESA ELENA

Mira, una cicatriz honda que rodea su cuello como un collar. ¿Cómo fué eso?

DEGOLLADA

No fué nada, fuí yo...

POLICÍA

No hagáis caso: una noche, hará de esto dos años, conoció a un extranjero en el Casino; salieron juntos una de tantas aventuras; el extranjero era un jugador de oficio de los que acuden aquí todos los años; lo había perdido todo al juego y tuvo un mal pensamiento: robar a cualquiera de estas infelices que, por necesidad, no pueden informarse mucho de la gente que tratan... Creyéndola dormida, descerrajó el mueblecillo

en que pensó hallar lo que buscaba; ella despertó, y antes de que pudiera gritar, el hombre se arrojó sobre ella para matarla; creyó que la había matado. Ya lo veis, la herida fué horrible. Huyó...

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Y no consiguieron detenerle?

POLICÍA

Sí, a la mañana siguiente; aunque ella no pudo declarar todavía; todo el mundo los había visto salir juntos del Casino..., entrar en la casa...; no tardó en encontrarse al hombre.

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Y pagaría cara su hazaña?

POLICÍA

Ahora veréis: llevado a presencia de esta mujer, negó rotundamente que aquél fuera el hombre con quien había pasado la noche y que había intentado matarla.

PRINCESA ELENA

Acaso no lo fuera..., ¿es verdad eso?

POLICÍA

No había duda. Era él; se le hallaron las alhajas, el dinero...

PRÍNCIPE ESTEBAN

Entonces...

POLICÍA

No hubo medio; contra la afirmación categórica de la víctima, ¿qué podía intentarse?

DEGOLLADA

No es verdad; no fué él..., no era él...

POLICÍA

¡Bah! Sabemos la historia; sabemos por qué fué todo. A cualquiera que se le diga...

PRINCESA ELENA

No..., lo comprendo; comprendo aquel silencio sublime; aquel hombre había sabido hacerse amar en una noche. ¿No es eso?

DEGOLLADA

¡Señora!

PRINCESA ELENA

¿Y qué fué de él? ¿No supo agradecer su silencio?

POLICÍA

Se embarcó para América, y desde entonces ella sólo piensa en ir a buscarle. Todo lo que gana lo va ahorrando para emprender el viaje. Vive miserablemente. Llega a pedir limosna cuando no gana lo bastante.

PRINCESA ELENA

¿Es cierto? ¿Toda tu ilusión es ir a reunirte con él? Háblame con franqueza, mujer.

DEGOLLADA

¡Es verdad!

PRINCESA ELENA

(A Esteban.) ¿Oyes? Aún puede ser más feliz el recuerdo de este instante. Está en nuestra mano la felicidad de esta criatura.

DEGOLLADA

¿Qué decís?

PRINCESA ELENA

Nada, nada. Irás a encontrarle. *(Al Policía.)* No dejéis de llevarme mañana sus señas...

DEGOLLADA

¿Pero qué dice? Es mentira, es una burla...

POLICÍA

No, mujer; no sabes con quién hablas... Saluda, y ya puedes marcharte.

DEGOLLADA

¡Ah, señora, señora mía! Dejadme que bese vuestra mano... ¡Mi viaje, mi viaje! No llegaré, no lo creo, es mucha alegría... Me moriré antes...

POLICÍA

No; le verás, te matará, y esta vez será la buena...

DEGOLLADA

¡Verle! Después, que me mate si quiere; puede hacerlo.

POLICÍA

Es que si te mata y le cogen como la otra vez, ya no podrás tú salvarle.

DEGOLLADA

¡Siempre! Llevo una carta. Sería un suicidio. Le salvaré siempre. Lo he pensado todo. *(Sale.)*

PRÍNCIPE ESTEBAN

¡Qué extraña mujer!

POLICÍA

¿Habéis visto locura igual?

PRINCESA ELENA

¡Oh! Si la pasión, si la locura no pasaran alguna vez por las almas..., ¿qué valdría la vida?

POLICÍA

¿Sus Altezas desean que les acompañe?

PRÍNCIPE ESTEBAN

No, no es preciso... Tomad...

POLICÍA

De ningún modo.

PRINCESA ELENA

No dejéis de enviarme las señas de esa mujer.

POLICÍA

A vuestras órdenes. *(Sale)*

ESCENA V

PRINCESA ELENA y PRÍNCIPE ESTEBAN

PRÍNCIPE ESTEBAN

Ya lo ves, nuestra presencia aquí no es un secreto.

PRINCESA ELENA

¿Adónde iremos que dejemos de ser quien somos? En esta sociedad, aparte de la sociedad, nos creíamos ol-

vidados; pero la Policía llega a recordarnos que está de nuestra parte, que nos protege... y que nos vigila...

PRÍNCIPE ESTEBAN

¡Qué remedio! Ya lo oíste. Estamos entre tan mala gente...

PRINCESA ELENA

Como toda; todo el mundo es como esto; nuestro mismo espíritu lo es. La eterna lucha humana: fuerza contra fuerza; la que lucha por la vida propia en nombre del instinto humano; la que lucha por la vida de todos en nombre del orden social. Criminales de un lado, Policía del otro. Y en el mundo entero, como en este reducido mundo, todo lo que es Policía, con su moral, sus leyes y todos sus atributos sacrosantos, sólo consigue al luchar contra todo lo que llamamos criminal, lo mismo que consigue aquí: dar apariencias de baile alegre, ordenado, a una reunión de gente que, mientras parece divertirse bajo la mirada paternal de la Policía, sólo proyecta y combina el modo de burlarla. Y como esta gente no podría vivir sin burlar a la Policía, ¿qué vida humana sería posible si no pudiéramos burlar las leyes sociales?

PRÍNCIPE ESTEBAN

Te escucho espantado. ¿Cómo es que en la corte de Suavia te permitían lecturas tan peligrosas, tan demoledoras?

PRINCESA ELENA

¿Crees que son lecturas? No; son pensamientos míos. Pienso así porque nunca me asustó ninguna verdad, y nunca tampoco me enamoré de ninguna para temer al verla convertirse en mentira. Si cada día hallara una nueva verdad en mi espíritu, y al hallarla tuviera que destruir cada día mi vida por completo, sin dudar la

destruiría para vivir cada día una nueva vida con una nueva verdad. ¿Y tú?

PRÍNCIPE ESTEBAN

¡Es tan doloroso destruir! Cuando un amor es ya mentira en nuestro corazón, acaso es todavía la verdad de otro corazón que no tenemos derecho a destrozar.

PRINCESA ELENA

¿Crees que Elsa y el caballero Rosmer se morirían de pena?

PRÍNCIPE ESTEBAN

Creo que no es tán fácil en la vida suprimir el remordimiento y la responsabilidad. Acaso las miras de la que es hoy mi mujer, del que es tu amante, fueran interesadas al aceptar nuestro cariño; pero nosotros les hicimos creer que podían fundar en él toda su vida; si nosotros faltásemos ahora, ¿qué vida sería posible para ellos? ¿Qué falsa situación la suya, a qué represalias expuestos? Y nosotros también, piensa que ya no seríamos los enamorados que al amor lo sacrifican todo; una nueva aventura sería perder algo más que la dignidad de príncipes: la estimación personal.

PRINCESA ELENA

Entonces... siempre habrá un pasado que influirá sobre nuestra vida; no habrá un instante nuestro para lo que de verdad se siente y se quiere en aquel instante... Siempre arrastraremos el cadáver de algo... No, yo no sé rezar sin fe ante ningún altar. Acabó la creencia, acabaron las oraciones. Quiero amar cuando amo, olvidar cuando olvido... Para retroceder iría más lejos, volvería a la corte de Suavia, a ser la princesa; respetos por respetos, deberes por deberes, aceptaría los

nuestros, los de mi raza, los de mi nombre. Nuestros plebeyos, ya lo hemos visto, sólo aspiraban por nuestro amor a ser príncipes como nosotros.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Es a lo que aspiran siempre los plebeyos cuando hacen revoluciones.

PRINCESA ELENA

Por eso la verdadera revolución del mundo, la única fecunda, sólo podremos hacerla los grandes, los iguales. Será una revolución desinteresada; no pediremos riquezas ni libertades, ni siquiera justicia; sólo pediremos la verdad. Y nuestra verdad es que podemos ser felices, que debemos unir nuestra vida y nuestro destino, y que tan lejos debe estar para nuestro corazón la corte de Suavia como el hogar burgués que soñamos en nombre de nuestra felicidad. No, no era la felicidad todavía, no era nuestra vida; nuestra vida es amarnos, amarte...

PRÍNCIPE ESTEBAN

¿Siempre?

PRINCESA ELENA

Ahora, mañana, unos días... Esta noche sólo. ¿Quien sabe? ¿Qué importa? Hay sueños que valen toda una vida. No sé si dentro de un instante pensaré como tú, que hay deberes, y responsabilidades, y remordimiento, que debemos volver..., que volveremos..., sí. Acaso... es justo..., debe ser, pero aún no; hablemos como antes, de nosotros, de todo..., versos..., la música allí, el cielo azul sobre nosotros, el mar a lo lejos y silencios profundos como la noche...

PRÍNCIPE ESTEBAN

¡Mi princesa Bebé! Todo lo alegras, todo lo embelle-

ces. Cerca de ti la vida es más intensa, y se siente que el alma es infinita...

PRINCESA ELENA

Como la vida. Comprenderlo todo, amarlo todo..., vivir en todo, vivir toda la vida.

PRÍNCIPE ESTEBAN

Vivir, no; vivir es doloroso, es triste, es hacer mal y padecerlo... Soñar, soñar como ahora...

PRINCESA ELENA

¡Vivir..., soñar!... Las dos cosas... ¡Amar..., amar es todo..., es sueño y es vida!...

FIN DE LA OBRA

NO FUMADORES

CHASCARRILLO EN ACCIÓN EN UN ACTO Y EN PROSA

Estrenado en el Teatro Lara el 3 de marzo de 1904,
en el beneficio de Leocadia Alba.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
UNA SEÑORA.....	Sta. Alba.
UNA SEÑORITA.....	» Rodríguez.
UN CABALLERO.....	Sr. Santiago.
UN REVISOR.....	» Alemán.

Voocs dentro.

NO FUMADORES

ACTO ÚNICO

Un coche de primera.

ESCENA ÚNICA

El CABALLERO; después la SEÑORA y la SEÑORITA

VOZ

(Dentro.) ¡Ooh, ooh! ¡Tres minutos! ¡Ooh! ¡Tres minutos!

OTRA VOZ

¡Agua fresquita, agua! ¿Quién quiere agua?

OTRA

¡Aguadora!... ¡Aquí!... *(Entran la Señora y la Señorita.)*

SEÑORA

Anda lista, que para muy poco... Creí que no dábamos con el coche. ¿A ver si falta algo? Uno, dos... ¡La cestita, la cestita!...

SEÑORITA

Aquí está, mamá.

SEÑORA

¡Hay, qué susto he llevado! ¡Si llega a perderse!... Lo primero que nos encargó tu tia... Creería que la habíamos perdido aposta... Muy buenas tardes, caballero.

CABALLERO

Servidor de ustedes... Y ustedes perdonen. Como iba solo, aunque dice: «No fumadores»...

SEÑORA

¡Por Dios! No se prive usted... Fume usted todo lo que quiera... Si a mí no me molesta, ni a mi hija tampoco... Estamos muy acostumbradas. Su pobre padre, mi primer marido, que en gloria esté, no se quitaba el cigarro de la boca; encendía uno en la punta de otro... Y mi segundo, que en paz descanse, dos cuartos de lo mismo... Y yo, una vez que padecí unos ahoguillos, y los médicos empezaron a decir que si era asma, que si no era asma, tuve que fumar unos cigarrillos aromáticos, que no me sirvieron de nada, entre paréntesis. Conque ya ve usted, por nosotras... ¡Niña! ¿Cómo has puesto esa cesta? ¿No ves que tiene los agujeritos a la parte de dentro, y se va a ahogar el animalito? Es un gato, ¿sabe usted?, un encargo que nos ha dado una tia de ésta, cuñada mía... Nos está dando el viaje, porque el indino, lo mismo es asomar el Revisor, que empieza a maullar como un descosido... Ésta tiene que ponerse a cantar como una loca para taparle... Así el Revisor no sabe quién maúlla. ¡Le digo a usted que hay encargos! ..

VOZ

(Dentro.) ¡Señores viajeros, al tren!... ¡Señores viajeros, al tren!...

SEÑORA

¡Si nos descuidamos!... Pero no tenga usted reparo en fumar... Si, verá usted... Nosotras veníamos en el reservado de señoras, y el cambiarnos a este coche, en cuanto hemos podido, ha sido porque hay gente con la que no se puede viajar..., ni ir a ninguna parte. Parece que, al viajar en primera, todo el mundo debía tener educación; ¡pues no, señor! Crea usted que, tanto como en la mesa y en el juego, en viaje es donde se conoce a las personas. Venía en el coche una señora, digo señora porque no sé cómo calificarla, con una acompañanta; digo yo que sería acompañanta... Le digo a usted que yo venía avergonzada... ¡Qué conversación entre las dos!... ¡Como si fueran solas! Yo, por mi, comprenda usted, que dos veces viuda, de qué voy a asustarme...; pero la niña... Yo la mandé que fuera todo el tiempo a la ventanilla; pero el día está fresco y, ya ve usted, se ha constipado... y se le ha metido un carboncito en un ojo, que ya ve usted cómo se le ha puesto... Ella que lo mejor que tiene son los ojos...

SEÑORITA

¡Por Dios, mamá! ¿Qué va a decir este caballero? No haga usted caso a mamá.

SEÑORA

¡Calle usted, por Dios! ¡Qué señoras! No paró aquí... Luego, figúrese usted que una de ellas, cansada de charlotear, saca un libro y se pone a leer... ¡Y qué libro! ¡En el forro tenía una mujer en camisa y abanicándose!

CABALLERO

¡Vaya un calor!

SEÑORA

¡Dígame usted qué libro sería! *(El Caballero rec*
ge, con disimulo, un libro que había dejado sobre
asiento.)

CABALLERO

¡Quién sabe! Muchas veces los editores .., por llama
la atención... Y luego el libro no tiene nada de pa
ticular...

SEÑORA

¡Calle usted! ¡Si de pronto empieza a reír a carcaj
das la que leía, y la otra a preguntar de qué se reía!.
Y la otra se pone a leer en voz alta... Yo aquí no pud
más. Me creí en el caso de suplicarles que tuviera
consideración a la niña. ¡Nunca se lo hubiera dicho
¡Cómo nos pusieron! No toqué el timbre de alarm
para que parara el tren allí mismo porque estaba des
compuesto. Le digo a usted que no se puede viajar co
esas personas que, sin más ni más, arman conversació
y cuentan sus historias como si estuvieran en su casa
¡Y que no se debe hablar sin saber! A lo mejor se habl
mal de una persona delante de usted, de don Fulano
por ejemplo: que si es esto, que si es lo otro, y result
que es su padre de usted. Y quien dice su padre d
usted, dice un tío, o cualquiera de la familia... ¡Ya v
usted qué plancha!

REVISOR

¡Señores!...

SEÑORA

¡Niña, los billetes! ¿Dónde has puesto los billetes?

SEÑORITA

¡Si te los has guardado tú, mamá!

SEÑORA

¡Que no, hija! ¡Si te los di a ti la última vez que nos los pidieron! Usted perdone... *(Maúlla el gato.)* ¡Niña, niña! *(La Señorita empieza a cantar.)* ¡No los encuentro! ¡Si los tienes tú! ¿Qué dices? ¡Ah! Aquí; espere usted, tome usted.

REVISOR

Muy buenas tardes. *(Vase.)*

SEÑORITA

¿No ves que no podía dejar de cantar?

SEÑORA

¿Lo ve usted? ¿Pero qué tendrá este animalito con el Revisor? Le digo a usted que es una incumbencia. Si no fuera porque estoy en relaciones muy tirantes con mi cuñada, y por lo mismo no quiero que tenga que decir... Todo porque llevó muy a mal que yo volviera a casarme... Ya ve usted, como si hubiera olvidado a mi primer marido por eso... Póngase usted en mi caso; viuda a los veintiséis años, sin recursos... Y que el hombre que me pretendía, sin ofender al primero, y sin quitarle a nadie su mérito, era el hombre más de bien que ha habido en el mundo. ¡Por eso se murió! ¡Si hubiera sido un perdido!... ¡Ay! ¿Qué pasa?

CABALLERO

Entramos en un túnel.

SEÑORA

¡Ay, qué miedo! *(Túnel.)* No mires a este caballero... He sido yo quien te he agarrado el brazo...

CABALLERO

¡Señora!...

SEÑORA

Pues no crea usted que han acabado los disgustos... Porque mi cuñada tiene un genio muy dominante. ¡Como es la persona rica de la familia, y todos son a adularla y hacerle la rueda..., y yo no tengo carácter para eso!... Porque si digo algo que no sienta, que reviente aquí mismo. Ahora se le ha puesto casar a mi hija con otro sobrino suyo a quien no conocemos. ¡Ya ve usted, un asunto tan delicado! Él creo que es un buen muchacho, porque yo me he informado muy bien, y aunque alguien me ha dicho... — ¡niña, asómate a la ventanilla! — que es muy aficionado a faldas, eso no tiene nada de particular; todos los hombres son lo mismo. Ya ve usted, a mi primer marido, a los ocho días de casados, le sorprendí abrazando a la niñera.

CABALLERO

¿Tenían ustedes niñera a los ocho días de casados?

SEÑORA

¡De una hermana mía pequeña! ¿Qué había usted pensado, por Dios?

SEÑORITA

¡Mamá, mamá! ¡Mira cuántos borregos!

SEÑORA

¡Déjate de borregos! Ya puedes venir. Hablábamos de tu futuro.

SEÑORITA

¿Y qué dice este caballero?

SEÑORA

Dice lo mismo que yo. Que sin conocerle a fondo... Y dice muy bien.

CABALLERO

(Aparte.) ¿De dónde habrá sacado esta señora que yo he dicho nada?

SEÑORA

¿Llegamos a una estación?

SEÑORITA

Ya van cinco estaciones.

CABALLERO

Yo, con permiso de ustedes, bajo un momento.

SEÑORA

Mire usted si para bastante.

CABALLERO

Creo que sí. Debe tomar agua la máquina. *(Sale.)*

VOZ

¡Aaaa, dos minutos! ¡Aaaa, dos minutos!

OTRA

¡Agua! ¡Quién pide agua?

OTRA

¡Bizcochos de canela, bizcochos de canela!

SEÑORITA

Mamá, voy a comprar bizcochos.

SEÑORA

¡Déjate de bizcochos! Ya sabes que en viaje hay que tener mucho cuidado con lo que se come. ¿Ves cómo he

hecho muy bien en cambiar de coche? ¡Qué caballero más decente! Tiene trazas de ser comerciante... Yo tengo idea de haberle visto en Madrid con una señora gruesa, una tarde que estuvimos en el Lírico a ver *El anillo de hierro*... Aquella señora que estaba delante de nosotros con un sombrero que no te dejaba ver... Sí, ¿no te acuerdas? ¿Una señora que lloraba mucho en las escenas tristes?

SEÑORITA

No me acuerdo, mamá.

SEÑORA

Yo, en viendo a una persona una vez no se me despinta. Cuando vuelva voy a preguntárselo.

VOCES

¡Señores viajeros, al tren!

SEÑORA

¡Ay, ya tocan!... Y ese señor no viene... A ver si se queda en tierra... ¿No le ves?

SEÑORITA

No.

SEÑORITA

¡Eh, que no ande, que falta un caballero!... ¿Dónde estará? ¡Digo, ya me figuro!... ¡Que se marcha el tren!... ¡Que se queda! ¿En que habrá estado pensando?... ¡Qué trastorno!

SEÑORITA

Y no se ha ido a otro coche, porque ha dejado el equipaje...

SEÑORA

¡Claro que no! Lo mejor será echárselo por la ventanilla. ¡Ya lo encontrará! Será un trastorno menos.

SEÑORITA

Eso sí... Le haremos ese favor.

SEÑORA

¡Ayúdame!

SEÑORITA

¡Allá va!

SEÑORA

¡Es de un caballero que pierde el tren! ¡Entréguenselo ustedes! ¡Ahora saldrá!... ¡Pero qué descuido! ¡Como si no supiera que el tren no espera a nadie!

SEÑORITA

Se ha quedado el libro.

SEÑORA

¡Déjalo, no sea como el de marras!... ¡Pero, vamos, que ha sido ocurrencia!

SEÑORITA

¡Ya, ya!

SEÑORA

Si tarda en pasar otro tren... y su familia le espera y no pueda avisar... ¡Vamos, no quiero pensarlo!

SEÑORITA

¡Ya, ya!

SEÑORA

¡El Señor nos libre! Yo lo siento porque siempre íbamos acompañadas... y tenía una conversación muy agradable; se veía que era persona de educación.

SEÑORITA

Y muy simpático. Oye, mamá, ¿fué del brazo de donde me cogiste en el túnel?

SEÑORA

¿Por qué lo preguntas?

SEÑORITA

Por nada. Es que me duele.

SEÑORA

Es que soy tan nerviosa, y los túneles me dan un miedo... ¡Cualquier cosa que sucediera en un túnel!... Pero, ¡pobre señor, pobre señor! Mira, ¿no sientes apetito?

SEÑORITA

Yo, sí. El tren me da mucho apetito.

SEÑORA

Debías estar viajando siempre a ver si te nutrías. Pareces la dama de la media almendra... Alcanza la cesta... De paso mira cómo va ese animalito.

SEÑORITA

¡Ay, cómo bufa! ¡Michito, michito! ¡Uy, qué ojos! ¡Parecen ascuas!

SEÑORA

Milagro será que no nos dé un disgusto. Vamos a merendar.

SEÑORITA

Otra estación.

SEÑORA

Mejor; así podremos arreglarlo todo.

VOZ

¡Taaa, un minuto! ¡Taaa, un minuto!

VOZ

¡Agua! ¿Quién quiere agua?

SEÑORA

Estas chuletas empanadas deben estas riquísimas. Pon aquí estos papeles de mantel... Así; la servilleta... Que no se vierta el vino... *(Entra el Caballero.)*

CABALLERO

Señoras...

SEÑORA

¿Eh?

SEÑORITA

¡Ah!

SEÑORA

¿Usted? ¿Está usted aquí?

CABALLERO

Sí; iba en el furgón de cola.

SEÑORA

¿No se ha quedado usted en tierra?

SEÑORITA

Nosotros creímos...

CABALLERO

¿Y mi equipaje? ¿Qué es esto?

SEÑORA

¡Ah, usted perdone!

SEÑORITA

Caballero...

SEÑORA

Creímos que había usted perdido el tren, y por hacerle un favor...

SEÑORITA

Lo hemos tirado por la ventanilla...

CABALLERO

¡Señoras!... ¿Y quién les manda a ustedes...?

SEÑORA

¡Caballero, nosotras, con la mejor intención...!

SEÑORITA

¡Quién iba a figurarse!...

CABALLERO

¿Y qué hago yo ahora? ¡Demonio de mujeres!... ¡Tenían ustedes que hacer alguna atrocidad!

SEÑORA

¡Oiga usted, caballero! ¡Si lo toma usted así...!

CABALLERO

¿Cómo he de tomarlo?

SEÑORA

¿Y por qué no advirtió usted adónde iba?

CABALLERO

¡No faltaba más que hubiera levantado el dedo! ¡Si no fueran ustedes locas!...

SEÑORA

¡Oiga usted! ¡A mi no me llame usted loca, y a mi hija mucho menos!... ¡Más valía que tuviera usted educación!...

CABALLERO

¡Señora! ¡Usted sí que no la conoce!

SEÑORA

¡Me está usted faltando, y usted no sabe con quién habla!

SEÑORITA

¡Mamá, mamá!

VOZ

¡Señores viajeros, al tren! ¡Señores viajeros, al tren!

SEÑORA

Cuando lleguemos a otra estación, verá usted...

CABALLERO

¡Haga usted lo que quiera!... ¡Mi equipaje, mi equipaje!

SEÑORA

¡Si no se puede viajar más que en reservado!

CABALLERO

¡Podía usted haber ido en perrera!...

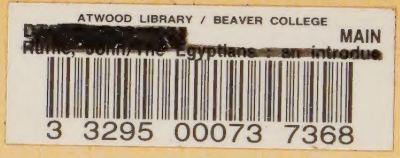
SEÑORA

¿Yo en perrera?

SEÑORITA

¡Mamá, mamá! *(Siguen disputando.)*

TELÓN


ATWOOD LIBRARY / BEAVER COLLEGE
MAIN
3 3295 00073 7368

DATE DUE

S0-FDI-730